

MÍNDELE 1955

(Una novela judía de Medellín)

MÍNDELE 1955

(Una novela judía de Medellín)

José Guillermo Ángel Rendo

MENCIÓN ESPECIAL

VIII CONCURSO NACIONAL DE NOVELA Y CUENTO
CÁMARA DE COMERCIO DE MEDELLÍN PARA ANTIOQUIA

© José Guillermo Ángel Rendo
© Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
ISBN:

Primera edición: Agosto 2007

Diseño de cubierta: Agustín Vélez Álvarez
Diagramación: Taller de Edición S.A.
Fotografía cubierta: Juan David Márquez
Impresión: Litotipo Ltda.
Mención Especial

JOSÉ GUILLERMO ÁNJEL R.
MÍNDELE 1995 (*UNA NOVELA JUDÍA DE MEDELLÍN*)

1 ed. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2007.

232 p. ; 21 cm.

Mención Especial. VIII Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

1. NOVELA COLOMBIANA. Título.

Impreso y hecho en Colombia | Printed and made in Colombia
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier
medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita
en la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

A vos, que te busqué en París sabiendo que no vendrías.

En *yidisch*, *Míndele* traduce *muñequita*. Y de algo así puede tratar esta novela. Todo depende de lo que el azar provea.

Mis personajes hacen lo que quieren
y yo sólo soy testigo de eso que hacen.

Y esto es lo que escribo.

I.

DOS COSAS NUNCA TUVIMOS CLARAS EN CASA: cómo podíamos bailar bien la música tropical, que se bailaba abrazado al otro, y en qué consistía eso de casarse por amor. Lo de bailar apenas si nos interesaba un poco: éramos unos tímidos. Y aunque tratábamos de practicar cuando se daba el motivo, como sucedió en bodas y otras fiestas en las que hubo músicos que tocaron canciones populares, siempre salíamos perdiendo y riéndonos de nosotros mismos. Bailábamos moviéndonos como D-s nos ayudaba, tratando de no pisar los pies del otro y sin lograr mover bien las caderas, que nos dolían cuando intentábamos seguir el ritmo o hacíamos un giro tratando de lucirnos, pero no nos lucíamos sino que casi nos íbamos de bruces al piso y teníamos que apoyarnos en el otro o en las paredes para no caer. Bailando, lo hacíamos fatal. De todas formas no veníamos de una familia de bailarines y ni siquiera en las historias fabulosas del tío Jaim él aparecía como un gran bailarín, cosa que pudo contarnos porque le creíamos todo lo que decía. Entonces, moverse al son de esa música era casi un milagro para nosotros. Mi hermana Victoria decía que nos faltaba un músculo y por eso éramos tan rígidos. Realmente bailábamos con las manos, moviendo los dedos y las muñecas y tratando de lle-

var este movimiento a los pies, lo que era tan difícil como enhebrar agujas en la oscuridad. Con las caderas y los pies no había nada que hacer: eran de bronce. Esa teoría del músculo faltante la aceptamos entre risas. Y lo de casarse por amor, es decir, enamorados el uno del otro, como pasaba en las novelas y sabíamos que sucedía en el mundo no judío cercano, no se hablaba en la mesa. La frase “casarse por amor” nunca estuvo presente en nuestras conversaciones, ni aun cuando la tía Lía planeaba irse a Londres para casarse de nuevo allí. Esto de otro matrimonio lo dijo la tía un par de veces mientras tomaba un café en nuestra casa y mi madre hizo ruido con las cucharillas o tosió fuerte para que no escucháramos bien a mi tía que, con sus ideas de casarse otra vez, ahora con alguien inteligente, serio y ojalá joven, como nos dijo, hacía soñar a mis hermanas. Lo que debíamos tener claro era que la gente se casaba para tener hijos, hacer un hogar y discutir. “Para estar vivos”, dijo mi padre y mi madre le apretó el hombro con cariño. Los dos se amaban pero nunca habían perdido la cabeza colocándose el uno al otro en el cielo o haciendo metáforas sobre eso de que fueran la luz, los diamantes o un metal más puro que el oro. Del amor sabíamos que era una palabra extraña, una especie de locura poética, una fiebre, no más. Y si bien sucedía que algún judío hablaba en la sinagoga de cómo su hija se había enamorado de un galán de la radio o de un cantante de revista, todo se resolvía diciendo: “ya le pasará, eso sucede mientras

se le equilibran los glóbulos blancos con los rojos”. O sea que el amor intenso, la pasión, pasaba por nuestra casa igual que el ángel de Egipto, sin tocarla. Pero el mundo es un azar y el demonio de la confusión teje donde menos se espera.

2.

MÍNDELE SE CASÓ CON REUVÉN TOLEDO A FINALES DE junio de 1955, después de *shavuot*¹, cuando los días son calientes y es malo sufrir de los bronquios porque hay mucha humedad en el aire, o sea que no se debe salir en la noche sin estar debidamente cubierto; eso decía mi abuela materna y más parecía darnos una orden que estar diciendo cómo cuidarnos. Pero de todas maneras el día fue propicio para la boda: uno de esos buenos para la navegación y la lectura de las estrellas. Así que todos fuimos alegres a ese matrimonio y sin que ninguna de mis hermanas o mi madre hubieran rabiado antes de salir. Casi siempre pasaba que cuando salíamos todos juntos de casa, aparecía un motivo para rabiar. Y mi padre, que nos esperaba en la puerta fumando, movía el hombro derecho de manera intermitente porque, al impacientarse, le aparecía un tic que habría puesto en aprietos a cualquier loro si él hubiera sido un capitán de barco. Pero él no era ningún marino sino alguien que habitaba la confusión de sus máquinas imprevistas inventadas en las noches y se divertía o rabiaba con ello, como si ir de un opuesto a otro fuera lo más normal. Mi padre nunca estuvo en equilibrio

1 Festividad de las semanas.

con el orden, espacio por el que subía y descendía como un zepelín sin piloto. El señor Súdit, su jefe (un ruso que pasaba de una lengua a otra como si viviera en la torre de Babel o siguiera en el puerto de Odessa), le había dicho que eso que le entraba en la sangre se debía a que no iba a la sinagoga. Los que iban a rezar se equilibraban con la confusión y el vacío, decía, pero mi padre no creía en esas palabras. Para él los extremos (y con ellos el azar) eran tan necesarios como el agua y el aire. Pero para la boda de Míndeles no hubo demoras porque nadie lloró alegando que no se podía anudar los cordones ni se perdió nada, un zapato o una media por ejemplo, a última hora. Así que mi padre no fumó ni sufrió de su tic nervioso y la familia asistió al matrimonio de Míndeles sin huellas de discusión o de llanto. Y como llegamos antes de que la novia se presentara, nos colocaron en un lugar principal, aunque si hubiéramos llegado tarde también lo hubieran hecho porque éramos de la casa de la novia y, a través de mi padre, los únicos amigos directos del novio y, para el caso, la única representación casi familiar. Y esto llamó la atención de todos los invitados: de la familia de Reuvén Toledo no vino nadie, como si el hombre estuviera solo en el mundo y su suerte dependiera de los muertos que habitaban su memoria y de la voluntad de D-s. Y aunque él no era un paria porque tenía un hermano y una hermana al otro lado del mar, ellos no pudieron venir a pesar de que les enviaron los pasajes y ya tenían una habitación en casa de

la madre de Mínde. La hermana, que al menos llamó por teléfono, dijo que estaba mal de las piernas. Algo como unos hongos, eso dijo mi madre, se las habían hinchado y caminar le producía mucho dolor. El hermano sólo envió una carta en la que felicitaba a Reuvén, sin dar más explicaciones. De ese hermano mi padre tenía una noción lejana: sabía que jugaba a las cartas y siempre lucía un sombrero grande, como de gitano. Pero esto lo contó más tarde, cuando los recién casados ya no estaban en la ciudad y podía hablar sin inflamar imaginaciones, sobre todo en mi hermana Victoria que le hubiera preguntado si ese hermano de Reuvén realmente no había venido por problemas en algún puerto o porque no quería que se descubriera algo de él, como que manejara mujeres o hablara en alguna jerga delirante que habría puesto en aprietos a Reuvén y a la madre de la novia, que hablaba tantas bellezas de su yerno, no porque lo conociera bien sino empujada por las palabras de él que, antes de casarse con Mínde y mientras le hacía compañía en las interminables cenas que ella le preparaba, le pintaba mundos habitados por grandes señores y princesas. Y viajes en transatlánticos donde se bailaba el vals y se hablaban todas las lenguas importantes. Ese hermano de sombrero grande quizá hubiera sido un problema, pero él mismo lo había resuelto al no venir. Esa idea quedó en el aire, como un pájaro que busca nido. Lo mismo que el sombrero de gitano de ese hermano ausente.

3.

ANTES DEL MATRIMONIO CON MÍNDELE (ella no estaba en Medellín sino que vagaba por alguna parte en Nueva York), cuando debió haber existido el amor pero no lo hubo, Reuvén Toledo se había quedado en nuestra casa mientras nosotros viajábamos a Jerusalén y allí, según nos dijo, revisó los planos previos de una máquina de hacer pan que había diseñado mi padre; no la copia de los que se había llevado Samuel Barcas sino unos iniciales que se conservaban entre sus herramientas y papeles. Y llegó a la conclusión de que no se podría hacer nada con una máquina así porque ya existían máquinas más eficientes y menos complicadas en su estructura, entonces lo que había inventado mi padre era más un juego que algo serio. Esto molestó mucho al señor Súdít que lo oyó y de inmediato fue por las revistas que llegaban a su fábrica, en las que hablaban de inventos recientes, y se las mostró a Reuvén preguntándole: “¿Dónde dice eso? ¡Muéstrame algo que diga que una máquina así ya está inventada!”. Claro que no lo dijo correctamente sino haciendo uso de su lengua de Babel y de un tremendo esfuerzo, porque cuando estaba furioso su lengua se trababa y soltaba las palabras a medias y muy mal pronunciadas, así que no era posible saber en qué idioma estaba hablando ni

determinar si iba a estallar, de lo rojo que se ponía, o ya había estallado por dentro. Y también molestó a mi madre que, al saberlo precisamente por boca del señor Súdít y después de que se hubo celebrado el matrimonio de Mínde, dijo que a Reuvén le había dado confianza para vivir en nuestra casa pero no para esculcar en las habitaciones ni en el taller, lo que obligó a mi padre a dar una serie de razones incomprensibles y a veces incoherentes a favor de su amigo, como que él le había permitido que le ordenara su taller o que fue bueno que hubiera estado allí porque así podría tener ideas para cuando regresáramos de Jerusalén, a fin de cuentas era un amigo de confianza y además no había nada en el taller que estuviéramos escondiendo, etc. Y repetía las razones que se le ocurrían tratando de darle una lógica al asunto hasta que finalmente se unieron, como pasa con la ley del caos, y dieron cierto viso de coherencia y orden, y así lo que dijo mi padre, que era un incondicional de su amigo, acabó con la furia de mi madre pero no con el malestar de saber que alguien había hurgado en la casa, no en toda, aunque a mi madre le pareció que la invasión había sido total y no hubo forma de demostrarle lo contrario, porque si bien no había nada misterioso en casa, sí existía una intimidad, un olor a nosotros y muchas cosas que no debían ser tocadas por nadie que no fuera estrictamente de la familia cercana. Mi madre era terrible cuando sentía violentado su territorio.

—Qué amigos los tuyos —dijo mi madre con el tono que usaba para maldecir, que era lento y seco, como cuando alguien abre una puerta tratando de que no lo oigan.

—Pero ya está casado y forma parte de la familia.

—¡Con mayor razón, ahora vendrá más a menudo y hasta se pondrá tu ropa interior!

Desde el viaje a Jerusalén el humor de mi madre se había vuelto variable y nosotros éramos la veleta que se movía en dirección a los vientos que le salían por la boca y por los ojos. —Es que mi casa es lo más importante del mundo —dijo en la mesa y en eso que dijo entendimos que había extrañado mucho la casa en el viaje y le había dado un valor de hecho necesario para su vida—. Los pequeños espacios de mi madre, representados por el patio, la cocina y la habitación donde tejía y compartía con la mujer del servicio, se le convirtieron en una enorme necesidad mientras estuvimos en Jerusalén y en el barco. En muchas ocasiones la escuchamos hablar con Zoila de cómo se sentía perdida por fuera de su casa. Y la mujer del servicio, encendiendo un cigarrillo, le decía: “Dentro de poco estaremos de nuevo en la cocina”, y al hablar de la cocina estaba diciendo: haciendo comidas, tratando de interpretar recetas viejas, escuchando la radio y charlando sobre los vecinos o el tiempo. Y cuando Zoila supo que Reuvén Toledo había metido las narices en el taller de mi padre, sintió que también habría podido entrar en la cocina y seguro se había hecho preguntas y hasta se

habría burlado de los pequeños santos que ella mantenía en un rincón de su cuarto y que mi madre no sólo le permitía tener sino que a veces le compraba, diciendo que en su casa podría haber de todo menos ateos. Pero Reuvén no pasó de abrir los planos, como juró, y mi padre defendió que había sido así.

—¿Y por qué precisamente vino a casarse con Míndele si tenía tantas mujeres? —preguntó mi madre buscando más pecados en Reuvén Toledo.

—Porque así estaba escrito en el libro de la vida que escribe el ángel del *Kol Nidre*² —dijo Victoria.

—No creo —dijo mi madre—. Y quizá tuvo razón porque en los días que siguieron a ese matrimonio el diablo del amor sembró su semilla en la familia, pero no como se entiende y siente el amor sino para dividir y unir al mismo tiempo, pero sin juntar ni separar sino algo así como la máquina de hacer pan que había inventado mi padre, que funcionaba y no lo hacía, que sería famosa y al mismo tiempo desconocida. Y como no entendíamos bien, entonces nos demoramos para hablar del asunto porque nos tocaba y de inmediato desaparecía, o sea que había una intención y a la par un asombro que callábamos porque no sabíamos qué estaba pasando y esto nos cerraba la boca, ya se sabe, hay miedos que no se zafan fácil y que no se mencionan para que no

2 Víspera del Día del Perdón.

cobren vida. Y si bien los hombres mayores tenían un poco de claridad con relación a la palabra amor, a la que tenían más como una situación pasajera y no como algo real que pudiera sentirse de manera completa como una naranja o el frío y por eso hacían tantos chistes, no pasaba así con las mujeres para quienes el amor era una estrella bella y lejana. Estaba en el infinito para verlo y sonreír. Y para temer cuando entraba en la piel. De estas cosas sabíamos poco los chicos y por eso el silencio en la mesa: para que los diablos no hicieran nido en nuestra ignorancia.

4.

COMO REGALO DE BODAS, A MÍNDELE LE LLEVAMOS UN jarrón que mi madre había comprado en Jerusalén. Era un jarrón azul y antiguo, de los tiempos turcos, que el comerciante estuvo alabando mientras mi madre lo miraba y Victoria examinaba con una lupa, porque para mi hermana el jarrón podía ser una falsificación o alguna pieza mal catalogada. Ella había leído en una revista de arqueología que las antigüedades de los comercios en su mayoría eran creaciones recientes o piezas mal clasificadas, lo que a veces, en este último caso, permitía encontrar una joya en manos de alguno que consideraba la pieza como sólo un objeto trivial. Pero esa suerte no era pan diario. Resultaba más común que se encontraran engaños, como ya lo había descubierto mi hermana en unos platos que mi padre quiso comprar, que resultaron no ser de Baviera sino del Líbano y no del siglo XIX sino de apenas hacía un par de años. Por esto mi madre dejó que Victoria mirara el jarrón a través de la lente buscando pistas mientras el comerciante le clavaba encima unos ojos negros y asustados, de ratón de zoco, que el hombre al ver la pericia de mi hermana ya estaba dudando de sus propias palabras y se cogía las manos nerviosamente como si estuviera pegado a una cuerda que bajarán al fondo de un

pozo repleto de serpientes. Pero el jarrón resultó legítimo y el comerciante suspiró con alivio y agradecimiento, tanto que le hizo una rebaja significativa a mi madre y le regaló un pocillo a mi hermana, seguro rezándole a su D-s para que ella se largara y no siguiera utilizando esa lupa que podría poner en evidencia buena parte de la mercancía. Lo que más nos llamó la atención del vendedor fue la *chilaba*³ a rayas azules que tenía puesta, seguro de judío marroquí o del Yemen. Claro que el pelo rojo que acreditaba el hombre no era de esas tierras. ¿Estaría vendiendo la *chilaba*?, fue la pregunta que nos hizo Victoria y no tuvimos palabras en la boca para decirle nada sino para reír.

Dentro del jarrón, mi madre colocó una pequeña carpeta de *shabat* para cubrir el pan, que ella misma había tejido en el barco cuando regresábamos a casa con la cabeza llena de imágenes y palabras de la tierra de Israel y de los puertos que habíamos tocado. Las palabras las anotaba mi padre en un cuaderno y luego, cuando caía la tarde y el mar se iba poniendo rojo y negro, nos las leía despacio para que las aprendiéramos. La lectura de esas palabras dormía a Miriam, mi hermana menor, que siempre se iba a la cama sin comer, hecho que había provocado pequeñas discusiones entre mi madre y mi padre.

3 Vestido amplio de una pieza que se usa en algunas partes del Medio Oriente. La usan los hombres.

—La tercera comida es importante —decía mi madre en voz baja para que mi hermana no se despertara.

—Los niños comen a cualquier hora, mañana recuperará fuerzas con el desayuno —murmuraba mi padre.

—Vas a matar a tus hijos —cuando mi madre decía estas palabras, la cara se le encendía y los ojos parecían dos disparos.

—La vida no es sólo comer.

—Si no es comer, ¿entonces qué es?

—Quererse y ayudarse —contestaba mi padre y mi madre se quedaba mirando a cualquier parte, como si se le hubiera perdido algo.

—Mañana la obligarás a comerse todo el desayuno.

—No soy un torturador.

—¡Se lo tendrá que comer!

Para nosotros la palabra amor siempre fue tratar de entender lo que sucedía o al menos de dar un sentido a las cosas que pasaban. O discutir sin peligros. No era algo que creciera y se desbordara. Esto lo teníamos más claro en el baile y la música, que cuando se animaba nos hacía enloquecer y saltar, pero que llegaba a un final en el que acabábamos sentados y sudorosos. Victoria, que leía tantos libros y ya había tenido un novio, nos dijo que el amor era tener a un tonto en frente con la cara llena de granos. Y no dijo más porque Zoila soltó una carcajada. O sea que el amor que apareció después de que Mínde

se había casado carecía de referencias y ni aun el señor Súdit, con sus palabras en todas las lenguas, supo cómo expresar lo que pasaba y terminó separando la palabra de su cara como si fuera humo que le estuviera entrando en la nariz.

5.

LA BODA DE MÍNDELE SE CELEBRÓ EN LA NOCHE y a ella vinieron los primos de Nueva York y un rabino ortodoxo que se tiraba con furia de las crenchas cada vez que alguno de nosotros pasaba corriendo o gateando por entre sus piernas haciendo que le temblara el libro que mantuvo siempre entre las manos. Era un hombre pequeño, de barbas canosas y cara muy pálida. A mí se me ocurrió que esa palidez le podía venir de habitar un sótano o de ascender al cielo cuando rezaba. Por Victoria había sabido que algunos rabinos cabalistas preferían los sitios oscuros, silenciosos y húmedos para poder meditar mejor en las palabras y las letras y que cuando rezaban, como lo hacían en las puntas de los pies, se elevaban como un pájaro. Y que allí, alejados de la gente, hacían transformaciones maravillosas que hubieran enloquecido a cualquiera que no fuera un iniciado en los secretos del Nombre, como volverse corderos de cristal que caminaban lento para no quebrarse o convertirse en largos hilos de oro que se movían por las paredes haciendo dibujos sobre el más allá o el sentido oculto de las noches y los amaneceres, porque después de las estrellas y los soles había mundos habitados por otros seres y otras lunas. Pero el rabino

que había acompañado a los primos de Míndele para la boda no era cabalista y conocía mal a Maimónides, como dijo mi padre que intentó una charla con él sin llegar a nada que no fuera “usted parece saber muchas cosas, pero no es el momento, estamos en una fiesta”, como respondió el rabino estirando los *tsit-tsit*⁴ que sobresalían del *talit katán*⁵ por encima de la correa del pantalón. Por las conversaciones que sostuvieron los hombres y mujeres que participaron de nuestra mesa en la fiesta, supimos que el rabino traducía libros sagrados y cantaba en las ceremonias religiosas. Y creímos, aunque no lo vimos cantar. Y como no se dijo nada sobre que tuviera una comunidad, mi tío Jaim acotó: “y debe vender diamantes”, lo que hizo reír al doctor Schmulson y al señor Súdít, que seguro recordaron algo que no quisieron decir. Entre ellos hubo miradas cómplices, demasiado evidentes para que ninguno las notara. Y esto llevó a que mi tío contara de cómo había conocido a una mujer, en el barco en el que vinimos de Jerusalén, que negociaba con joyas y para alentar a los clientes las llevaba puestas, pero era tan fea y vieja que más parecían baratijas copiadas de alguna pirámide. Pero esa mujer quizá no existió sino que le sirvió a Jaim como metáfora para hablar del rabino lector que nos

4 Pequeños cordones que sobresalen por entre la correa y la camisa, entre los judíos ortodoxos. Estos *Tsit-tsit* brotan del *Talit katán*, pequeña camisa ritual que va por debajo de la camisa normal.

5 Manto de oración pequeño.

hacía compañía. “Y que seguro canta, pero mal, porque tiene la boca amplia y los labios resquebrajados”, comentó mi hermano Joaquín que la estaba pasando mal porque le dolía el estómago, pero no lo decía para que mi madre no lo regañara. Ella le había dicho: “cuidado con comer mucho dulce que te dolerán las tripas”. Y él se había atiborrado de dulces como una abeja acabada de salir del arca de Noáj. Y dijo lo de la boca del rabino para que éste lo mirara mal y así el dolor se espantara.

—No te debes burlar —dijo Rivka, que para la boda se había puesto un traje rojo que le hacía destacar los hombros y la cara.

—No me estoy burlando. Lo de la mujer del barco es tan cierto como que tú estás aquí —dijo Jaim y besó a su mujer en la mejilla. Ella retiró la cara como si hubiera recibido un golpe.

—Estás pasado a whisky —dijo Rivka y se acercó a mi madre, que estaba a su lado—. No es fácil el matrimonio —le dijo—. Mi madre sonrió.

El rabino de las crenchas permaneció todo el tiempo leyendo, así que no estuvo en la fiesta (aunque él había dicho que estaba en una fiesta y por eso no hablaba de Maimónides con mi padre) sino en algún sitio donde no se cantaba ni reía ni se cargaba ninguna novia, sino quizá en los silencios de más allá de las oraciones o en un amén que no traducía *cier-*

tamente sino puerta abierta a las preguntas. O quizá, como dijo después Victoria, estaría dormido a causa del calor. O golpeado en su honor, porque el rabino de nuestra comunidad apenas si le dio la importancia que tenía y lo llamó a la Torá porque la madre de Míndele lo había exigido en el rezo de la mañana, como ella misma dijo. Claro que eso no era cierto, pero ella quiso poner de manifiesto con esa acusación que su familia no había sido recibida con los honores que les acreditaba su posición no sólo de familiares directos sino de gente ilustrada. Sus palabras zumbaron y picaron a los hombres viejos, pero nadie replicó.

—¿Cuándo se acabará la envidia en la tierra? —nos repitió la viuda varias veces en la fiesta.

—Cuando hablemos menos —dijo mi tío Jaim que ya tenía la corbata suelta y los ojos brillantes.

—No me vayas a tocar esta noche —le dijo Rivka y mi madre golpeó la copa de champaña que tenía a medio beber con una cuchara para que nuestra atención se dirigiera a los golpes y no a lo que había dicho Rivka. Pero lo que había dicho la mujer de Jaim lo escuchamos bien y la memoria nos funcionó en dirección a mi madre: ella también le decía palabras así a mi padre, sobre todo los fines de mes o cuando una discusión no había llegado a un buen final. Así que ya sabíamos de qué se trataba y hubo mucha risa pícaro entre nosotros.

—Qué van a pensar de ustedes, ¡que son locos! —dijo mi madre.

En las conversaciones entre las mujeres de la mesa, nada de lo que hacían en su vida era fácil de hacer y lo único que no presentaba obstáculos era conversar y entrar en las vidas ajenas como ángeles exterminadores o ratones que corrían de un lado a otro moviendo los bigotes para olfatear y con la cola en movimiento para que nada quedara sin ser tocado. Si se miraba a cualquiera de las mesas que había en la fiesta, todas las mujeres hablaban sin detenerse, moviendo las manos y la boca, las cejas y lo que tenían a su alcance. Mi padre las veía como si fueran sus máquinas de hacer pan en pleno funcionamiento, supuse, porque así me parecían a mí esas mujeres parlantes. En ocasiones mi padre y yo pensábamos lo mismo. Estábamos conectados por algo que él debía entender desde la ingeniería y que para mí sólo era un asombro o las palabras de uno de esos ángeles que dicen cosas en las orejas. Esto de pensar como mi padre me enorgullecía bastante, pero cuando llegó el amor a casa, creando un enorme desorden que intentamos ordenar con silencios o palabras cercanas, no coincidí con lo que pensaba él. Mientras él iba por un camino yo caminaba en dirección contraria. Y como las preguntas sobre el amor fueron prohibidas por mi madre, incluso aquellas donde nuestro concepto del amor era correcto, o sea, el admitido según la religión, todo lo que insinuáramos eran meros destellos en una noche inmensa y estrellada en la que se multiplicaron las estrellas fugaces, lo que nos creó una enorme confusión

en lo que mirábamos porque el cielo ya no estuvo quieto, sino en un movimiento desequilibrado que nos hizo perder la ubicación de las lunas y los planetas. Si Abraham *abinu*⁶ hubiera asistido a un cielo así, no le habría creído a D-s lo de una tierra prometida.

6 Abraham, nuestro padre.

6.

LA BODA DE REUVÉN TOLEDO CON MÍNDELE comenzó a planearse una semana antes de *Pésaj*⁷ (no sé si esto sea pecado o no) cuando se hacían las compras para el *séder*⁸ que realizaron en casa de la viuda. Y aunque todos teníamos claro que cosas así tenían que suceder porque todo tiene su tiempo y su lugar y además por algún misterio Míndelev y Reuvén habían quedado unidos en el cielo desde el principio, se sabe que nacemos y desde ese momento nuestra estrella busca aquella que la habrá de complementar o destruir (esta última palabra “destruir” fue acotación de Jaim y Rivka le dio un codazo en las costillas), la fecha del compromiso sólo se hizo pública en esa mesa de Pascua, después del *Ma Nishtaná HaLaila*⁹. Nosotros estábamos en Jerusalén por esos días y el señor Súdit fue quien nos contó cómo la viuda, que seguía siendo empujada en una silla de ruedas por la mujer india que para esa noche se había puesto un vestido de flores enormes, estiró la boca, miró como un periscopio que certifica la limpieza de la superficie del mar, se pasó una

7 Pascua hebrea. Se celebra por los días de marzo-abril.

8 Cena de Pascua. Orden.

9 Qué hace especial esta noche. Pregunta que los más viejos hacen a los niños en la cena de Pascua.

mano anillada por la nariz y, tomando una servilleta, dijo: “Míndele se casa después de la cuenta de Omer”. Reuvén Toledo, que estaba al lado de la viuda, sonrió, bajó un poco la cabeza y movió una aceituna con el tenedor (esto lo supuso Victoria). De inmediato los presentes lo felicitaron. El *mazal tov*¹⁰ más sentido, dicho en palabras agudas y largas, fue el de la mujer del doctor Schmulson. “No tienes por qué chillar”, le dijo el marido, pero ella no oyó. Estaba realmente emocionada. Victoria, que la conocía bastante bien, nos hablaba de cómo esa mujer recibía las noticias de cualquier matrimonio como si el corazón se le duplicara de tamaño. Y desde ese corazón amplio donde la sangre entraba y salía creando las palabras que ella diría por teléfono y que escribiría en cartas, ella chillaba y luego se llevaba las manos a la boca, siempre pintada de un rojo intenso.

La viuda, que por los preámbulos de la Pascua había ido recobrando la salud, quizá porque nos tenía lejos y Jaim no le secaba la boca con su presencia, se inclinaba coqueta sobre el hombro de su futuro yerno y le tomaba la mano. Y Reuvén, ya olvidado de las mujeres que había tenido o inventado, la mentira y la verdad flotaban juntas en su memoria creando una mixtura imposible de zafar que le permitía manejar realidades diversas, así lo interpretó mi padre, aceptaba los

10 En hebreo, buena estrella.

ronroneos de la mujer haciendo gestos de qué puedo hacer, así es la fortuna. “Este va a ser el yerno preferido”, nos dijo el señor Súdit, pero no hizo más elucubraciones para que las palabras no le dañaran el ánimo y mejor se entretuvo mirando la copa de vino que tenía enfrente. Era un vino rojo y brillante, de buena cosecha y cepa acreditada en Francia, lo que es una herejía porque en Pascua no se bebe ese tipo de vino sino vinos dulces, pero Súdit no estaba para hablar de lo que había pasado en Egipto sino para ayudarse un poco con esos vinos *trefas*¹¹, no permitidos, y llegar a la conclusión de que se notaba bien que en la casa de la viuda no se vivían días egipcios y todos los vacíos y confusiones se habían ido con la llegada del amigo de mi padre, que ya se dejaba un bigotito recortado y se abrillantaba el pelo con una gomina que olía a jabón de rosas. Y que por el vestido y los zapatos parecía que manejara una orquesta de cabaret. El señor Súdit, al que ya no le importaba hablar su lengua de Babel porque consideraba que los demás eran inteligentes y que con una palabra que entendieran ya sabrían de qué les estaba hablando, se tiró hacia al espaldar del taburete para buscar una posición mejor y hacer un comentario sobre nosotros y de una postal que le habíamos enviado, pero el taburete crujió y él se vino al suelo, llevándose en la caída una estatua de bronce que representaba a una Diana cazadora y que milagrosamente

11 No permitidos por la ley judía.

cayó del lado contrario de su cuerpo viejo porque la figura pesaba más de diez kilos. Fue ayudado por la mujer india, que lo tomó por las axilas y lo levantó como a un saco vacío. Los ojos de los comensales lo envolvieron con preguntas y el señor Súdít apenas si movió las manos buscando una explicación a lo sucedido porque de la boca no le salió ninguna palabra sino el aliento a vino. Todo fue como si un espíritu se hubiera encargado de que él no hablara. El doctor Schmulson salvó la situación hablando sobre la suerte de Reuven Toledo al tomar para sí una mujer como Míndeles, cosa que le gustó a la viuda, quien de inmediato le pidió a la mujer india que trajera una botella de champaña para celebrar que el destino los tuviera reunidos allí. Y de reojo miró a Súdít y al taburete, certificando que los dos estaban bien. Y se olvidó de la estatua de bronce porque ya tenía los ojos brillantes debido al vino francés y lo único que le importaba era lucir a su nuevo yerno, que era un gatito fino y no como Jaim, la entrada al infierno. Luego ella nos diría (maldiciendo esas palabras) que estaba poseída por el espíritu de Sara la de Abraham *avinu* y que, como ella, también sería la matriarca de un pueblo abundante y próspero. El señor Súdít, por el contrario, dijo que estaba borracha y aclaró: “no quise beber de esa champaña. Ya había pecado demasiado esa noche”.

En ese séder en casa de la viuda, Míndeles parecía estar en un barco que hiciera un crucero por el Caribe. Y desde la

baranda miraba el mar y el cielo cuajado de estrellas. A su lado, un hombre con ojos oblicuos trataba de ponerle conversación, pero las palabras de él chocaban contra ella y caían al agua que se movía lenta. Eso fue lo que interpretó de ella Reuvén Toledo, diciéndolo a todos como un lector de cartas, y los ojos de su suegra brillaron más y largaron algunas lágrimas porque ese mar de verano y el chino o coreano o mongol de la interpretación le habían tocado las entrañas. Al señor Súdít las palabras del novio lo llevaron a un libro que estaba leyendo. Era la historia de unos hombres que cruzaban el Mediterráneo mientras, leyendo el *Tanaj*¹², trataban de descifrar el nombre de D-s. Las novelas que leía Súdít se las proporcionaba Victoria y a él le gustaban porque la letra era grande y los capítulos cortos. “Un día de estos lo vas a enloquecer con esos libros”, dijo mi madre. Y mi hermana se encogió de hombros: “nosotros ya no nos enloquecemos”.

La palabra locura siempre formó parte de nuestras conversaciones adquiriendo un sentido contrario: la definíamos como un desorden que necesariamente se ordenaba y que al final había sido necesario para entender algo que no de otra manera se podía comprender. O sea que mi hermana tenía razón: nosotros no enloquecíamos sino que atravesábamos

12 Antiguo Testamento. La palabra Tanaj es una sigla compuesta por Torá (instrucción para vivir), Neviim (profetas) y Ketuvim (crónicas o escritos).

la locura como quien cruza un mar tormentoso plagado de monstruos. Y mientras navegábamos por allí aprendíamos cosas, alucinábamos los más diversos delirios y finalmente, por un hecho milagroso o incomprensible, el cielo se abría y aparecía el sol. Nuestro mundo siempre estaba en los seis primeros días de la creación y se repetía en ellos de manera constante. Mi padre lo había explicado una noche tomando la *menorá*¹³: “tiene siete brazos porque ahí están los dos ojos, las dos orejas, los dos orificios de la nariz y la boca. Y esa cara se enciende y se apaga, mira, siente, vibra, gusta y oye. Y se mueve como un pájaro que lleva el viento y al fin se detiene e ilumina el shabat. Y tiene mucho que decir, porque le ha dado la vuelta a los mundos”.

—¿Y qué son los mundos? —pregunté.

—Lo que se mueve —dijo mi padre.

Así que Victoria fue lógica al decir que no enloqueceríamos. Claro que esa racionalidad casi se rompe cuando el amor, bajo la forma contraria a como suponíamos que era, llegó hasta nosotros y no como un amanecer rosado sino como un ejército de soldados afganos.

13 Candelabro de siete brazos.

7.

MÍNDELE LLEGÓ A CASA DE SU MADRE UNA MAÑANA DE marzo. Aún no sabía que se iba a casar y llegaba de Nueva York después de un viaje muy largo. Y si bien parecía una mujer ahogada que venía por sus recuerdos de niña, la viuda la abrazó llorando y sin hacerle preguntas, lo que agradeció Míndele porque ese día en que regresó tenía claro que si le preguntaban algo volvería a irse para no regresar nunca más. Y quizá eso se le reflejó en la cara porque la madre no le preguntó nada sino que sólo se abrazó a ella y repitió muchas veces su nombre como si la estuviera invocando y la invocación se le hubiera vuelto realidad o, tal vez porque creía, como nos dijo, que si no la nombraba de seguido ella podría desaparecer y entonces la puerta de su casa ya estaría abierta para el ángel de la muerte y las plagas que la visitarían antes de morir. Y en ese abrazo Míndele lloró también y cuando se pudo zafar corrió a su habitación y allí se encerró hasta el día siguiente, pero no para acostarse sino que se sentó en la cama y miró fijamente a la ventana hasta que apareció de nuevo el sol. Y así en esa casa no durmió nadie esa noche porque la viuda y la mujer del servicio también estuvieron despiertas y sentadas delante de la puerta de la habitación de Míndele, listas

a servirle cuando ella lo solicitara, o sea que la llegada de la muchacha se pareció mucho a la parábola del hijo pródigo (Victoria discutía esta parábola con Zoila, diciéndole que en una casa judía no pasaban cosas así) pero sin fiesta aunque la mujer del servicio, como le había pedido la viuda, preparó el estofado que le gustaba a Míndeles y lo acompañó con pan fresco y hasta trajo una botella de vino porque no se sabía qué costumbres había adquirido la muchacha en los días de Nueva York (y los de la desaparición de ella) y así estuviera embarazada todo sería bendito en ella. Ya cosas así habían pasado y formaban parte de vivir en la tierra. La madre de Rivka, con la llegada de Míndeles, estaba como poseída y desprendía un entusiasmo que había contagiado a la mujer del servicio. Y si bien pasaron la noche en vela, cada movimiento que escuchaban dentro de la habitación donde estaba la hija recién llegada fue como un concierto alegre que anunciara la primavera. Nunca unos ruidos habían sido tan beneficiosos para alguien. Y ya, cuando al día siguiente salió Míndeles y se encontró con la madre y la mujer del servicio sentadas delante de la puerta de la habitación, las dos arropadas en sus chales, fue ella la que se abrazó a su madre. Esta escena la contaba la viuda agregándole o quitándole detalles, según fuera la persona que tuviera en frente, añadiéndole: “Nunca estuvimos separadas, sólo fue un intento del demonio de dividir lo indivisible y la bestia salió derrotada”.

Y en esos días antes de nuestra llegada, porque el regreso de Míndele antecedió en dos semanas nuestro regreso de la tierra de Israel, toda la casa de la viuda se movió como en el primer día de la creación porque ahí apareció Reuvén Toledo y no hubo necesidad de casamentero para que se interesara en Míndele ni ella en él, o sea que todo fue como un acto de magia mayor, suspiraba Victoria, pero en verdad no lo había sido sino que la viuda había llamado a Reuvén para exigirle que se casara con Míndele, como habían acordado. Y llamó al doctor Schmulson y le pidió que legalizara el asunto.

—Pero yo soy médico.

—Por eso lo llamo, busque un rabino sano entre sus historias clínicas o cree alguno como el doctor Frankenstein (esto último lo añadió Jaim) —y no fueron palabras locas sino órdenes las que salieron por la boca de la mujer, a lo que el médico asintió y no hubo que hacer un *gólem*¹⁴ ni nada parecido sino una cena privada donde se invitó al amigo de mi padre y al rabino de la comunidad, que si bien no le caía bien a la madre de Míndele porque lo suponía enfermo y raro al fin lo aceptó después de que el doctor Schmulson le aseguró que estaba en sus cabales y tan fuerte como un caballo de granja. Y allí, bajo la mirada de la mujer del servicio que luego le contó a Zoila lo que había sucedido y así todos nos enteramos, la viuda fue clara en

14 Personaje de barro creado por un rabino de Praga en el siglo XVIII.

Es una leyenda.

decir: “Quiero que se comprometa legalmente”. Y como Míndele no era fea y por el contrario ya estaba un poco robusta y el peinado que lucía le redondeaba la cara, así que pudo parecersele a una de las mujeres suecas con las que se escribía o inventaba, Reuvén aceptó de nuevo lo que antes había aceptado estando Rivka presente, y acercó su mano a la de la muchacha y ella se dejó tomar los dedos.

—Te querré mucho —dijo Reuvén.

—Soy una tórtola —dijo Míndele—. Y eso que sólo pasa en las películas malas, en las que por falta de presupuesto no se dan amoríos largos, pasó allí y le sentó bien al amigo de mi padre, que por esos días le había propuesto al señor Súdit trabajar en la fábrica y todavía no había recibido respuesta. Después el señor Súdit nos diría que había pensado decirle que “no”, pero no encontraba las palabras adecuadas porque a un hombre no se le dice “no” sino que se le da una razón válida para que entienda que está buscando en un lugar equivocado, así que no ha fallado sino que ha abierto la puerta que no es. Se enredó mucho el señor Súdit diciendo esto y sólo mi padre lo entendió bien. Entonces fue una suerte que Reuvén tomara la mano de Míndele y ella dijera que sí quería casarse con él. Y como el milagro se hace completo, la viuda propuso una buena dote y que vivieran con ella porque esa casa tan grande para una mujer sola sería como el desierto y la tristeza de la primera Sara, cuando aún no estaba preñada. Y a Reuvén se le abrieron

los ojos pero se controló, contó la mujer india que le ayudaba a la viuda, y puso cara de enamorado, cosa que no hizo Míndele quien desde su regreso a veces quedaba en estado de ensimismamiento, o sea que estaba presente pero al mismo tiempo ausente y esto lo achacó la madre a las tensiones de los últimos días y no a que Míndele recorría con el pensamiento una y otra vez, como le dijo después a Jaim, la ciudad de Nueva York, tratando de resolver qué había estado haciendo allí rodeada de fantasmas que la tiraban de las manos y los pies y luego la llevaban por el río Hudson arrastrándola como si ella fuera un pez muerto o la entraban en los bares de Manhattan y allí la hacían bailar y enloquecer y luego no era ella sino un viento turbio que arrastraba hojas, zapatos y paraguas de todos los colores.

—La persiguen los días de Nueva York —dijo Rivka, y el tío Jaim certificó que esas cosas pasaban, que todavía le sucedían a él cuando pensaba en las ciudades y mares que había conocido.

—A ti lo que te persiguen son tus pecados —le dijo Rivka.

—Y a Míndele también —anotó Jaim.

Zoila creía que el amor sólo habitaba las canciones. A ella, como nos dijo en la cocina, sólo la había tocado un amor de manos frías. Y para que no la volviera a tocar se puso a fumar cigarrillos que le dieran un mal sabor en la boca. Se reía

diciendo esto. Pero nos estaba mintiendo, se le veía en los ojos. También nos mintió cuando dijo que no sabía bailar. Nosotros la habíamos visto mover las piernas y las caderas cuando lavaba los trastos y escuchaba música. Mi hermana Clara la imitaba para burlarse de ella.

8.

EN LA BODA, LOS MUCHACHOS DE LA COMUNIDAD sentaron a Mindele en un taburete y, levantándola, danzaron con ella por entre los invitados, lo que molestó al rabino que leía porque lo obligaron a cerrar el libro de improviso y perder la página que estaba leyendo. Ese rabino que había venido de Nueva York tenía las barbas divididas en dos puntas largas y miraba por encima de los anteojos y en esa mirada parecía un ave de las que Nój cargó en el arca no para volar sino para estar siempre en guardia y quizá aterrorizada, o sea que el rabino de las crenchas no estaba bien entre nosotros y quizá les hubiera dicho a los primos de Míndeles que no lo estaba, y ellos, también es presumible, le pudieron contestar que apenas faltaban un par de días para regresar, así que haber venido hasta aquí pronto formaría parte de la memoria y que eso que pasaba ahora después sería como un sueño. Pero el rabino que leía pudo estar mejor, dijo mi madre, si hubiera conversado más con nosotros o con alguno de la fiesta, porque pudo hacerlo ya que muchos hablaban yidisch y con mi padre podía conversar en un inglés muy aceptable, pero el hombre prefería leer y de vez en cuando miraba para certificar si tenía tierra cerca de la viuda, a la que buscaba desesperado cuando no la veía, pero ella seguía a los mu-

chachos que bailaban y cargaban a Míndeles y ya no estaba en la silla de ruedas con la mujer india detrás sino que había rejuvenecido y parecía que Rivka estaba más vieja que ella.

—Tienes que parar de beber —le dijo Rivka a Jaim y lo miró como si en lugar de ojos tuviera un horno encendido en la cara.

—Me hace bien, hace días que no duermo —contestó Jaim y miró a su mujer a través del vaso que tenía en la mano y, en esa posición, aprovechó también para mirar a la mujer del doctor Schmulson que de inmediato se puso en guardia porque Jaim la alteraba cada vez que lo tenía cerca. La mujer del doctor sentía a mi tío como un mal presagio y trataba siempre de no mirarlo y de no darse cuenta de que estaba ahí, a lo que Jaim respondía mirándola de frente y guiñándole un ojo. Le gustaba ese veneno y a la mujer también. Había entre ellos una dosis de odio necesario.

—Si sigues bebiendo así tendrás que dormir en un hotel —dijo Rivka.

—Dormiré en casa de mi hermana —dijo Jaim mirando a mi madre y ella se incomodó y miró a mi padre pidiendo ayuda, pero fue como mirar por una ventana que daba a un abismo porque él cerró los ojos para evitar responder algo, así que no la veía y al no verla evadió la respuesta y la pregunta que mi madre hizo con los ojos se quedó en el aire y al fin fue a parar a la cara del señor Súdít, pero éste

seguía el baile de los muchachos haciendo palmas y parecía estar en Rusia y no ser un invitado sino el propio padre de la novia. Y en esa alegría no escuchó lo que dijo Jaim ni entendió a mi madre sino que olía el aire del mar de Odessa y el aroma del *gefilte fisch*¹⁵ que provenía de las cocinas judías. Esa imagen del gefilte fisch y de las cocinas era persistente en el señor Súdit y se le aparecía aun cuando estaba rezando en la sinagoga. Y cuando hablaba con mi padre, siempre metía en la conversación unas palabras que hablaran de ese plato de pescado y de las mujeres que lo hacían.

—Pero no beberé más —terminó por decir Jaim y se levantó de la mesa y comenzó a bailar con los brazos estirados y, como mi tío era un artista y aplicaba aquello de que antes que actuar hay que dejarse actuar, los que bailaban comenzaron a mirarlo y a seguirle el paso, así que Míndele fue bajada del taburete y todos comenzaron a bailar en corro, la novia en el centro del círculo y Jaim, abrazado a los otros, la miraba riendo.

—Está borracho —dijo Rivka y mi madre asintió, pero para nosotros el tío no estaba ebrio sino con el cuerpo invadido por los recuerdos del viaje y seguro bailaba recordando la orquesta del barco o la música que habíamos escuchado en un café de Haifa donde vimos a una mujer que movía el vientre haciendo sonar una correa llena de

15 Plato judío que se hace a base de pescado.

monedas y las pulseras que tenía en los brazos, baile que alteró un poco a mi madre pero que nosotros miramos con atención porque de eso que pasaba no teníamos noción clara, ni siquiera Victoria la tenía, y estábamos emocionados mirando a la mujer y a los hombres que la miraban.

—Debe de ser una danza de la fertilidad —dijo Victoria y a mí me pareció que mi hermana se había equivocado porque la mujer no representaba la lluvia ni las cosechas sino algo que alteraba a los presentes, todos hombres curtidos por el sol y con demasiadas arrugas. Entre los que miraban a la mujer danzante había un hombre con una nariz curva y enorme que parecía más grande de lo que era debido a que tenía unos ojos pequeños y le faltaban dientes, así que sólo era una gran nariz y una boca que chupaba profundamente de un narguile cada tanto y en esas chupadas parecía que los ojos le fueran a estallar. Y creo que esto que contenía el narguile era lo que tenía Jaim en la sangre cuando bailaba delante de Míndele y los demás lo seguían y ella de alguna manera entendió y entonces bailó para Jaim un par de segundos, no más eso, porque ya estaba casada y, como después comentó Victoria, que lo veía todo, no podía dejar que el diablo la poseyera sino su marido. Esta versión de mi hermana la tomó mi madre como un imperativo categórico para esconderle los libros que leía pero al fin no lo hizo sino que, para cuando Victoria lo dijo, se fue a la cocina y allí estuvo un rato largo. Cuando regresó a la mesa ya

no hablábamos de la boda de Míndeles ni del tío Jaim sino del señor Súdít que estaba enfermo y, aunque él lo negaba, debía cuidarse y no estar tanto tiempo en la fábrica sino mejor en su casa, pero allí no le gustaba estar porque sentía los espacios vacíos que había dejado la muerte de su mujer, sobre todo los de la sala y el comedor donde ella le partía tomates mientras él bebía vodka o le hablaba de los días de Francia o le clasificaba libros en yidisch y en ruso, aunque estos últimos siempre estaban malditos y él la obligaba a cerrarlos y guardarlos de inmediato en una caja que él denominaba la de los días terribles y que no botaba ni regalaba porque “hay que tener conciencia del mal”. Estar en su casa enfermaba más al señor Súdít y nos preguntábamos qué hacer con él porque a veces lo veíamos pálido y casi sin poderse mover o lo sentíamos delirar en el baño (él siempre habló fuerte) o cuando se lavaba las manos para sentarse a comer con nosotros. Si había agua cerca, el señor Súdít sufría transformaciones y él hacía lo posible porque no notáramos lo que le pasaba, pero terminaba denunciándose sin poder evitarlo. Y comenzaba a delirar en su multilingua, anunciando paisajes que no veíamos o hablando con rabinos invisibles sobre algún pasaje del Talmud que tenía que ver con los males que él había vivido en Rusia, sobre todo en los días del hambre y del aborto de su mujer, que no sólo escupió un hijo muerto sino que cerró su vientre para que no se fecundara ya ninguna semilla en él.

—¿Qué ha dicho el doctor Schmulson? —preguntó mi madre.

—Nada. O sí, que así le llegará la muerte sin dolor —contestó mi padre como si estuviera jugando con esas palabras.

Y de lo que pasó en la cocina cuando mi madre estuvo allí, empujada por las palabras de mi hermana que insinuaron los dos segundos en los que Míndele se dio a Jaim, no supimos nada. Hoy, supongo que mi madre presintió que *Asmodeo*¹⁶ rondaba la familia y quizá, apoyando bien los pies en el suelo, lo conminó a que se hiciera presente partiendo algunos ajos, pero ese diablo es ágil y astuto y se burló de ella. También, creo yo, pudo haber conminado a *Astaroth*¹⁷, pero no le funcionó el ensalmo porque ese diablo ya había sido vencido varias veces en casa y no quería que mi padre le rompiera de nuevo el lomo, ya se sabe cómo son los inventores cuando enfrentan diablos con fórmulas matemáticas. En casa se hablaba poco de demonios y diablos, pero había visto a mi madre leyendo sobre ellos en compañía de Zoila. Cuando terminaban de leer, las dos mujeres se veían muy asustadas. Y mi padre, cuando se mencionaba algo, se dirigía a ellos burlándose. O sea que nunca dependimos de si esta-

16 Demonio de la lujuria.

17 Demonio dañino y travieso, que esconde las cosas. Actúa como los duendes burlones.

ban presentes o no, pero había ocasiones en que teníamos que llamarlos al orden. Eso pudo pasar en la cocina a consecuencia de los dos segundos que Mínde le bailó a Jaim, dato que mi hermana, para no alterar más a mi madre, guardó en las entrañas y en la lengua.

9.

CON EL MATRIMONIO DE REUVÉN Y MÍNDELE, la viuda sufrió cambios notables y hasta nos pareció que ella estaba más joven que sus hijas, no en su cuerpo sino en la manera de ver las cosas. Comenzó a lucir una peluca roja y a vestir trajes de colores y al negocio de la librería le adicionó uno de discos de música clásica, así que mientras mi tío Jaim vendía libros, ella ponía a sonar a Mozart o a Beethoven y no paraba ni un momento de hablar por teléfono llamando a sus clientes para que vinieran a visitarla. La boda le dio los ánimos necesarios para rescatar el negocio y ampliarlo, y Jaim se vio en aprietos para atender a los que llegaban y despachar los pedidos a domicilio, trabajo que hacía él.

—¿Por qué no le dices a Reuvén que me ayude? —le dijo Jaim a la viuda.

—Te has vuelto un haragán —le contestó ella, pero no de malas maneras sino burlándose. Porque ya no se enojaba sino que trataba de ponerle a todo un toque de humor y eso lo percibió mi hermana Victoria, que lo mencionó en la mesa, y trató de hacérselo entender al señor Súdít pero éste ya tenía los ojos muy hundidos y rojos, como si flotaran en aceite, y no estaba para saber qué hacía la viuda sino para sus delirios a los que cada vez más les sacaba mayor gusto y no

trataba de evitarlos ni esconderlos sino que permitía que lo invadieran en el lugar donde estaba y así lo vimos conversar con su esposa muerta y discutir con el rabino de Rumania, país al que había ido una vez para la circuncisión de un sobrino y esa fue la única vez que se sintió inmensamente feliz, como nos contó muchas veces diciendo que ya al menos tendría quien le rezara un *kadisch*¹⁸ cuando muriera. Esto le gustó poco a mi madre.

—En la mesa no se habla de muerte —dijo.

—No está hablando de muerte sino de Rumania —anotó mi padre tratando de que la conversación se fuera hacia el viaje del señor Súdit a ese país, al que llamaba “el más hermoso del mundo pero lastimosamente en poder de los comunistas”, pero ya vendría la rebelión de los ángeles y todos los camaradas de Stalin arderían en azufre y serían atravesados por clavos de hierro y mordidos por lepras y pestes. De su viaje a Rumania, el señor Súdit tenía cuatro fotografías, dos de ellas ampliadas, donde aparecía al lado del rabino Rosen, un hombre de barba larga y blanca que lucía un sombrero negro. Y no estaba claro si el rabino era su amigo o simplemente había posado con él, pero era el certificado de que había estado en Rumania y de que allí habló del Talmud y de la Torá con alguien importante que entendía sobre significados ocultos y no se burlaba de los

18 Oración funeraria judía, escrita en arameo. Exalta la vida.

logros del pueblo de Israel en la Biblia, como nosotros aquí, sino que magnificaba a Moshé *rabenu*¹⁹ y daba razón del poder de las palabras que escuchó Abraham. Y eso que había hablado con el rabino Rosen lo repetía en nuestra casa y en la sinagoga para que entendiéramos que aun entre los más sordos la sabiduría se abría paso si alguien repetía permanentemente palabras sabias. Claro que él lo hacía para que nuestro rabino supiera que aunque era rabino y había sido contratado para rezar y educar a los niños, las palabras de él no eran las más contundentes sino las de Súdít, que se consideraba fundador de la comunidad y era el que más sabía sobre cómo rezar en un yidisch-hebreo que sonaba como un permanente chasquido. Y en esta posición (o mejor discusión) lo apoyaban los hombres viejos, así que lo que Súdít decía se tenía como una verdad incuestionable y esto le permitía estar todo el tiempo en la *Bimá*²⁰ y mientras el rabino leía los rollos él indicaba la página donde estaba la oración que rezaba. Y allí en la *Bimá*, en los días de su enfermedad, el señor Súdít había delirado también alegando que ese día no se rezaba sino que se debía cantar. Cuando esto pasó varias veces, Jaim y el administrador de la sinagoga, un hombre venido de Estambul, tomaron al señor Súdít por los brazos y lo llevaron hasta el puesto que ocupaba el doctor Schmulson para que determinara qué

19 Moisés, nuestro maestro.

20 Mesa central de la sinagoga, sobre la cual se lee la Torá.

hacer con él. Los que estaban rezando miraron la escena con ojos llorosos, incluso el rabino que consideraba a Súdít como una molestia necesaria, algo así como la luz cuando uno todavía esta dormido.

—Si dice que no se reza sino que se canta, háganle caso. A este hombre le debemos que no seamos una de las diez tribus perdidas —dijo el doctor y clavó sus ojos en el libro de rezos mientras su mano derecha se movía como un ganso que trata de tragar algo que le obstruye el cuello. Súdít lo miraba como alguien a punto de ser ahorcado todavía con el talit sobre los hombros y su dedo índice arrugado señalando la página del libro que tenía en las manos.

—Los delirios —decía mi padre— son segundas realidades, espacios por los que andamos cuando dormimos. Y si bien no sabemos ciertamente cuándo estamos despiertos o dormidos, porque lo primero puede ser lo segundo, delirar puede ser lo cierto. Y esto que decía animaba a Victoria para que hablara del significado de los sueños y de cómo Sigmund Freud no era difícil de entender si se tenía un buen diccionario a mano. Mi madre, oyendo estas cosas, terminaba diciendo: “Loco el padre, loca la hija. ¡D-s nos ampare!”. Y al final concluía: “Casar a esta muchacha va a ser un milagro tan grande como pasar el mar Rojo”.

Cuando sentimos que la palabra amor (o mejor la premo-

nición de que ahí estaba y no como un camino sino igual que clavos calientes que esperan ser pisados) se hubo convertido en planta esponjada y enredadera que se iba tomando nuestra casa, aunque no mencionamos una palabra sino que esperamos a que todo se revelara ante nosotros como un Moshé rabenu descendiendo del Sinaí, mi madre dijo no acordarse de las palabras que le había dicho a mi hermana con relación a casarla. Y miró el libro de Freud que Victoria tenía en las manos como una especie de tabla de salvación a lo que nos rondaba. Quizá en ese libro estuviera el agua fresca con la que lavaríamos nuestras manos en *Yom Kipur*²¹, esa que se lleva los pecados y los hunde en el cieno.

—Dinos qué dice ahí —dijo mi madre.

—Que el psicoanálisis está equivocado —respondió Victoria y miró a Rivka, que por esos días encontraba siempre una disculpa para estar en nuestra mesa porque en la suya se sentía extraña. Algo se movía entre ella y mi tío, pero no sabía qué era. “Debe ser el vientre que se está abriendo para fecundar”, dijo mi madre.

—Hubiera sangrado un poco —dijo Rivka—. Pero quizá no fuera eso sino lo que presentíamos sin mencionarlo. Por esto, la mujer de Jaim asintió. En los libros de Freud no se decía nada de lo que estaba pasando.

—Entonces lees para volverte una chica interesante

21 En hebreo, Día del Perdón. Es uno de los grandes días y se celebra diez días después del día de Año Nuevo o Rosh Hashaná.

—dijo mi madre con sarcasmo y acotó: “Si no comen las cebollas, ya no se comen más cebollas en casa”. Esto lo dijo con una voz muy triste.

—Leo para no casarme con quien tú me digas —respondió Victoria y no alcanzó a mover el brazo cuando mi madre le dio un pellizco.

—¡Coman las cebollas primero! —ordenó furioso mi padre. Y lo dijo con la boca llena de cebollas. Nos cubrimos la cara para que no nos viera la risa.

10.

UNA HISTORIA DE AMOR ES UNA CARAVANA que va por el desierto. Se mueve igual, lleva misterio y huele a canela y hachís. Y quienes la conducen van ensimismados siguiendo las rutas del álgebra o las palabras de un almuédano que llama a la oración y la batalla. Por eso la caravana puede ser borrada por la arena y convertirse en un canto, en una poesía o en una historia de terror. Esto lo fuimos entendiendo en casa lentamente, sin llevar el tema a la mesa ni tratar de dar explicaciones tomando como ejemplo antepasados o historias conocidas. Cada uno buscó por su cuenta la razón de eso que sucedía, que sentíamos sin ver, y nunca hubo respuesta clara. Y agradecemos que mi abuela materna no estuviera entre nosotros porque ella habría limpiado todo rastro de la palabra amor para reemplazarla por la palabra decadencia o por la frase “cosa de pobres, de gente que nunca prospera y por eso le suceden tantas cosas”. Y habría mirado a mi padre como un boxeador de peso pesado cuando se burla de un espectador flaco. No sé mis tías. Quizá a las hermanas de mi madre se les erizó la piel cuando mi madre les escribió, de esto estoy seguro, sobre lo que estaba pasando. Mi madre escribía cartas permanentemente dando cuenta de lo más simple, así que

esto de la pasión amorosa no debió dejarlo a un lado a pesar de que no estaba claro que sucedía y quizá no era una pasión amorosa sino una consecuencia de los calores y las lluvias, de que el dinero estaba cada vez más escaso y del exceso de trabajo que nos rodeaba: Jaim se quejaba a Rivka de que la librería lo estaba desbordando; mi padre también estaba desbordado, pero no lo decía sino que llegaba a casa cargado de informes por hacer y permanecía trabajando en su taller hasta pasada la medianoche, así que lo veíamos agotarse; y nuestra cocina se mantenía extrañamente sucia, lo que obligaba a Zoila y a mi madre a trabajar constantemente en la limpieza de ollas y sartenes, lavabos y electrodomésticos. La palabra amor, si eso era, nos tenía confundidos y desordenados. Claro que no sé si las tías la entendieron como la entendió la tía Lía, la hermana de mi padre. Como mi abuela, esas mujeres ya tenían la piel dura y según ellas eso que pasó no fue más que una extensión de los pecados que cometíamos en casa. Para mi tía Lía, en cambio, el hecho de que Mínde se le hubiera ofrecido a Jaim durante dos segundos en la boda, eso era lo que sabíamos hasta el momento, no pasó de ser algo bello y trágico. Ella sabía romanzas de memoria y allí se hablaba de grandes amores y también de grandes tragedias. Y de que dos segundos sentidos valen más que toda una vida.

—Fue inconsciente —dijo Lía que venía muy poco a casa y que por esos días se iba a Londres.

—Terriblemente inconsciente —anotó Victoria, atenta a que mi madre no la oyera.

—Pareces una musaraña —dijo mi hermana Marta.

—Y tú una cañería —dijo Victoria—. Mi hermana comparaba de manera absurda y esto nos divertía. Había heredado el absurdo de mi abuelo materno (mi madre, que estaba embarazada sin que nos lo hubiera dicho pero ya la habíamos visto vomitar, heredaría el humor y la paciencia). Y así como al principio nos divirtió que los dos segundos de ofrecimiento de Míndele a Jaim ya fuera toda una historia de amor prohibida, también esto nos dio miedo. Y no a nosotros primero sino a mi madre, que luego nos transmitió ese miedo con sus furias y la posibilidad de que nuestro próximo hermano no llegara a este mundo porque, como dijo Victoria, un mal paso, una angustia, un insomnio, todo eso podría podrir al feto. Rivka se escupió en las manos para que eso no pasara.

—Dos segundos pueden ser un diamante —dijo la tía Lía y le pidió a mi padre que no la fuera a olvidar nunca.

—¿Y por qué te habría de olvidar?

—No sé, así como se olvida a los muertos.

—Pero tú no estás muerta —dijo mi padre burlándose.

—Claro que no —dijo Lía jugando con una cucharilla. Últimamente se pintaba la boca de color rosa y tenía los ojos hundidos. Y las manos, que cuidaba muy bien, estaban arrugadas y un poco secas. En los negocios le iba

mal y había decidido que se iba a Londres. Y lo dijo de manera tan tajante que nadie se atrevió a preguntarle más. Cuando se fue, tratamos de recordarla como había sido antes de que fuéramos a Jerusalén y no como ahora. Antes había sido una mujer alegre y animosa. Pero después del matrimonio de Míndele, por alguna extraña coincidencia o porque las cosas se dan paralelas y a veces coinciden en un punto aunque nada tienen que ver entre ellas, la tía Lía había desaparecido de nuestra casa y sólo nos visitó un par de veces. La última nos dijo que se iba y que soñaba con casarse, aunque el ruido que hizo mi madre con los vasos no permitió saber con quién ni dónde. Y se fue. Como esos dos segundos entre Míndele y Jaim, lo que dijo mi tía fue bello y trágico. Y así lo tomó mi padre.

II.

LA IMAGEN DEL HERMANO GITANO de Reuvén Toledo apareció de nuevo en la mesa, como acotación a una conversación sobre Samuel Barcas y los planos de la máquina de hacer pan que habían desaparecido con él. Porque, mientras hablábamos, nos pareció que la desaparición de Barcas había sido una trampa que éste le tendió a mi padre y quizá hubiera negociado la máquina como un invento suyo y ya tendría el dinero que nos pertenecía, o sea que nos había robado y la palabra robo molestó mucho a mi padre que creía que su máquina no debía relacionarse con palabras criminales si queríamos que alguna vez funcionara, así Reuvén Toledo hablara de máquinas más modernas y prácticas. Y como en la mesa cundió el malestar y cuando esto pasa aparecen pequeños demonios que incitan a hablar de otras cosas molestas, Rivka habló de su cuñado y de cómo estaba jugando demasiado a las cartas en lugar de ayudar en la librería o buscarse otro trabajo si los libros no le gustaban.

—Mi madre le da mucho dinero y él se lo juega —dijo Rivka mirando unas hojas de lechuga y como si estuviera hablando con ellas. Se notaba que discutía con Jaim y que mi tío estaba perdiendo clase con esas discusiones porque

ya no era el de antes, con sus invenciones y cuentos sobre tantas cosas que no existían pero que cobraban forma en su boca y a partir de ahí ya existían entre nosotros y se integraban a nuestra enciclopedia familiar, escrita con cuidado por mi hermana Marta que si bien hablaba poco tenía unas orejas poderosas y una buena letra, lo que nos permitía leer después que había una ciudad en la que las mujeres tenían un solo ojo o animales que hablaban mejor que los humanos, pero morían de tristeza cuando eran capturados. Y en cada relato maravilloso estaba el tío. Pero Jaím hacía ya muchos días que no hablaba de nada que no fueran negocios y de cómo cada vez era más difícil vender libros, lo que lo hacía pensar en la posibilidad de volverse importador aunque no sabía de qué y por eso escribía cartas a sus amigos de otros países para que le dieran ideas o le ofrecieran objetos que importar. Y esto que decía molestaba a Rivka.

—Eres un malagradecido —decía ella mirando hacia el plato de lechugas.

—Soy realista. La librería no da dinero para una familia grande.

—Claro que da. Mira cómo mi madre ha pensado en discos. Tú podrías pensar en algo.

—Tal vez en vender libros de ocultismo, a la gente le gusta leer eso —dijo Victoria, y Rivka levantó los ojos del plato.

—Es mejor que te calles —dijo mi madre—. Si sigues así serás mi desgracia.

—No le hables así —intervino mi padre que después de la boda de Míndele y de la ida de Lía hablaba sólo lo necesario y pasaba mucho tiempo en su taller, revisando los planos de la máquina de hacer pan pero, según mi hermana Marta, no miraba esos planos sino que hacía otros dibujos y no sólo dibujos técnicos sino pequeños paisajes donde abundaba una naranja que siempre permanecía en el aire.

—Yo hablo como quiero, son mis hijos —dijo mi madre. Cada vez que se refería a Victoria la llamaba hijo en lugar de hija y la veía más como un hombre que como una mujer, aunque a Victoria ya se le notaran los pechos.

—Tranquilidad, demos la bienvenida a la tranquilidad —dijo Jaim y miró a su mujer. Y como Rivka se dio cuenta de que la miraba, dijo: “demos entonces la bienvenida a la tranquilidad”. Y al decir esto tomó la mano de su marido y quitó de enfrente el plato de lechugas. Ese acto nos calmó a todos porque quitar de sus ojos las lechugas fue arrancar por un momento las hierbas amargas que se estaban criando en nuestra mesa.

—El próximo shabat comeremos en mi casa —dijo Rivka y al decir esto la conversación se dirigió a cuáles serían los platos que comeríamos porque en casa de nuestra tía no se comía al estilo sefardí sino ashkenazí, así que ese shabat presagiaba una buena cena para nosotros los chicos,

no por la cena en sí sino porque Rivka siempre tenía en su mesa, para cuando íbamos nosotros, una buena cantidad de dulces y galletas que compraba en una salsamentaria donde todo era importado.

—Y yo les enseñaré la danza de los beduinos —dijo Jaim—. Y mi madre sonrió con lo que había dicho el tío.

—Bienvenida la tranquilidad —acotó mi padre y miró a Victoria—. ¿Cómo vas con tu inglés? —le preguntó.

—Mal —respondió mi hermana—. La mención del nombre de Barcas le dañaba el humor.

Y en esa cena a la que Rivka llegó a mirar lechugas algo pasó y a lo último nos burlamos de Barcas que seguramente, como dijo mi hermano Joaquín, imaginaba que lo estábamos buscando y entonces ya caminaría con la cabeza cubierta por un enorme sombrero negro y envuelto en un gabán que le llegaba hasta los tobillos porque la culpa de ser un ladrón es peor que tener encima una guerra.

—Y ese gabán debe de estar húmedo, así que Barcas tose y le duelen los huesos —dijo mi hermana Marta y todos nos reímos y más nos duró la risa con la acotación de mi hermana Clara: “y tiene la cara llena de moho”.

—Y pegado a su tobillo va el hermano gitano de Reuvén Toledo —dijo Rivka que ya estaba aprendiendo a imaginar a nuestra manera.

—No hay que burlarse de nadie —dijo mi madre, y

acotó: “Está escrito que cada uno lleve la vida que tenga”. Y miró a Jaim y éste la miró con ojos de interrogación—. Rivka, ayúdame en la cocina.

—Esas dos mujeres están chifladas —dijo el tío Jaim.

—El chiflado eres tú —se burló mi padre.

—Tal vez —y Jaim comenzó a mover los dedos de la mano derecha por encima de la mesa: “Imaginen que este es Barcas. Camina rápido, con los planos bajo el brazo, pero esos planos se le convierten en salchichones de carne de cerdo y cuando voltea la esquina se encuentra con el rabino. “¿Por qué llevas salchichones de cerdo?”. “Es que soy un cerdo, rabino. Oinc, oinc”. Y entonces el rabino le hunde el sombrero hasta los hombros y Barcas se queda en la esquina dando vueltas como una hélice.

—¿Y por qué mueves todos los dedos, tío? ¿Acaso Barcas tiene cinco pies? —preguntó mi hermana Marta.

—Sí, se ha convertido en una araña. Mira —y la mano de Jaim comenzó a caminar por encima de nuestras cabezas.

Por esos días las mañanas eran frías y llovía mucho. Así que toda historia de amor que se pudiera concebir llegaba con malos colores y con la baba de una piel de caracol.

12.

LO QUE SÍ SE EVIDENCIÓ CON EL MATRIMONIO de Míndele fue la salud de la viuda, que la mujer no sólo parecía más sana y alegre sino arriesgada en los negocios, como si le sobrara dinero y no le diera importancia a las posibles pérdidas. En un local de la calle Palacé donde estaba la librería abrió también un pequeño almacén de hilos y botones y puso a la mujer india como dependienta. Allí los botones eran grandes y chicos, de variados colores y diversas formas. Y los había de hueso, plástico y metal, forrados en tela o labrados al calor o prensados. Y la mujer india estaba maravillada con ese mundo de pequeñas cosas a las que ella les ponía el precio después de discutir con la madre de Míndele, que le enseñaba a negociar tras largas discusiones en las que aprendió que un botón primero había que entenderlo como una joya desconocida, una especie de esmeralda sin forma definida, y al final no sólo era un botón sino la clave de la belleza y la forma del vestido, un engarce fino y un principio de seducción que embellecería a la mujer que lo comprara. Al principio la mujer india la miraba divertida y asombrada porque no sabía que un botón o un hilo encerrara tantos misterios adentro, pero luego fue entendiendo el negocio y la manera de atender a los clientes, de llevar las cuentas en

una libreta y anotar en la noche todo el inventario vendido, confrontándolo con el que quedaba.

—No vas a ser pobre toda la vida —le decía la viuda a la mujer india.

—¿Entonces voy a ser rica? —preguntaba la mujer.

—No, tampoco serás rica. Tendrías muchos problemas —terminaba diciendo la viuda, jugando con los botones, como si estuviera moviendo las fichas para una apuesta en una mesa de juego, y mirando a Jaim que era testigo de esas enseñanzas. Mi tío, a pesar de que no era el preferido de la viuda, le daba mucha tranquilidad a ella. Jaim llevaba bien la librería y ya entendía el negocio de los discos, sabía de contabilidad y compras y de alguna manera servía como barrera a los pedidos que Reuvén Toledo siempre mantenía en la boca, porque el hombre llegaba a la librería a eso de las once de la mañana diciendo “tengo una idea brillante”. Y esa idea brillante, que nunca explicaba en forma lógica, era el preámbulo para pedir el dinero que jugaría en la tarde.

—La baraja me descansa —decía Reuvén.

—Pero no pareces cansado —soltaba Jaim burlándose.

—Mi pichón debe estar cansado, es un buen marido —decía la viuda. Y dirigiéndose a mi tío: “Ya habrás notado la felicidad de Míndele”. Pero Jaim, que sólo veía a Míndele en la cena de shabat, como presumíamos, no alcanzaba a notar que la mujer estuviera feliz. Como nosotros, sólo veía que estaba engordando y que se había vuelto muy tímida

para hablar. Apenas si decía una o dos palabras y el resto del tiempo se la pasaba mirando a un punto fijo, como si estuviera hipnotizada o no fuera ella sino una estatua de cera que ocupara su puesto en la mesa.

—¿En qué piensas? —le preguntó Rivka en una ocasión.

—En que ustedes fueron a Jerusalén y yo no he ido todavía. —Pero eso que pensaba nada tenía que ver con Jerusalén ni nosotros, como logró entender Jaim y cada shabat en casa lo veíamos mirarla con atención, sobre todo cuando partía el pan o levantaba la cuchara para llevarse un poco de sopa a la boca. Mi tío hacía lo posible por mirarla sin que nos diéramos cuenta, de manera rápida y hablando de algo que le había sucedido en la librería o en alguno de sus viajes, tratando de no crear un conflicto con estas miradas porque Rivka lo veía mirar a Míndeles y se ponía incómoda. “Hay situaciones que no se pueden esconder”, comentó mi madre con Zoila.

—Puedes ir a Jerusalén cuando quieras —dijo Rivka y miró a su madre, que para cada cena de shabat se vestía como una gran dama de Bucarest, como dijo Reuvén Toledo que siempre se sentaba a su lado para atenderla en el más mínimo movimiento. Y ésta movió la cabeza, o mejor su enorme sombrero, afirmativamente.

—Y la pasarás muy bien con Reuvén, él ya conoce la ciudad —anotó la viuda.

—O la desconoce —murmuró Jaim.

Pero no siempre había preguntas para esa actitud de la Míndele sedente, como dijo Victoria que se decía de las estatuas sentadas, burlándose de la hermana de Rivka, lo que le valió un regaño por parte de mi madre. Mi hermana se encogió de hombros y fue la primera que dijo la frase que nadie había querido decir: “A Míndele le corre el corazón cuando está en nuestra mesa”. Y si bien dijo mesa, los que estábamos cerca entendimos Jaim. Y como Rivka no estaba con nosotros sino que se había parado para ir a la cocina, la sombra que nos cayó encima no fue mayor.

La mujer india, como supimos por Zoila, tampoco sabía qué era casarse por amor. En su aldea los matrimonios se pactaban desde que estaban niños y cuando se celebraba el matrimonio todos parecían muy contentos y esta alegría era el amor para la mujer india. Ella la sintió antes que la violencia la echara de sus tierras y se viniera a la ciudad.

—¿Y tu marido? —le preguntó Zoila.

—Se fue con otra. Mi alegría no le agradó —contestó la mujer india y sonrió—. Ahora su amor eran los botones y los hilos, el espacio que ocupaba en el pequeño almacén y unos encuentros que tenía cada tanto con un hombre del que no hablaba.

—La van a salir embarazando —le dijo Zoila a mi madre.

—Pobre mujer.

—Le he dicho que use mucho limón cuando esté con ese hombre.

—¿Y tú cómo sabes eso? —se burló mi madre.

—No siempre he sido vieja, señora —dijo Zoila y encendió un cigarrillo.

—Vas a dañar el sabor de la carne —dijo mi madre—. Mi hermana Marta, que las estaba oyendo detrás de la puerta, se hizo la que entraba en la cocina.

—Tengo hambre —dijo Marta.

—No te daré nada, estás castigada por oír lo que no debes —dijo mi madre.

—No escuché nada.

—Entonces no tienes hambre. ¡Bendita muchacha! No parí hijos sino orejas. —Zoila se rió con estas palabras de mi madre. Y era que Marta tenía la facilidad de oírlo todo y la virtud de no saber mentir. Cuando mentía bajaba la cabeza y metía las manos en los bolsillos del delantal.

13.

LO QUE HIZO MÍNDELE CUANDO DESAPARECIÓ en Nueva York se lo contó ella a mi tío Jaim. Pasó una tarde en que Míndeles apareció por la librería y la viuda estaba en el almacén de botones. Esa tarde hacía mucho calor y no había ningún cliente presente, o sea que todo se dio para que mi tío mirara a la mujer, no como un cuñado sino como alguien que toca desesperadamente una puerta para que se la abran. Y ella abrió la puerta.

—Tú eres un aventurero —le dijo Míndeles—. Y quizá seas una aparición, tantas cosas nos han sucedido —hablaba lento, como si su voz fuera una barca navegando por un lago de aguas quietas.

—Sí, soy un aventurero —dijo mi tío y tomó a Míndeles por la mano para llevarla hasta la silla de su escritorio.

—Alguien puede entrar —dijo la mujer. Llevaba puesto un vestido de flores pequeñas y unos zapatos de hilo. Y se había maquillado suavemente, dándoles apenas fuerza a los ojos.

—Vamos a estar vestidos —dijo Jaim y se pasó la mano por el pelo. Por esos días tenía un pelo abundante y recio.

—No me refiero a eso —dijo Míndeles sonriendo—. Es que quiero hablar contigo. Jaim se acomodó en un extremo

del escritorio y sus pies quedaron en el aire. Hacía mucho tiempo que no se sentaba así, como un muchacho que espera saltar sobre algo. Cuando estaba niño, nos contaba, se sentaba en los altos de los muros para saltar sobre las carretas que pasaban y asustar a los conductores. También había saltado sobre camiones que llevaban arena o paja. Una vez saltó sobre uno que llevaba chivos y se rompió el pantalón con uno de los cuernos de un chivo, desnucando casi al animal. Milagrosamente no le pasó nada más ni el chofer escuchó el golpe.

—Me gusta cómo suena la Marcha Radetzky —dijo Míndele mirándolo mover los pies.

—¿Quieres que ponga el disco?

—No es necesario, la recuerdo bien. Cuando escapé de casa de mis primos alguien la oía en la calle. La música salía por una ventana. ¿Y sabes por qué escapé? Porque salí a buscarte. Supuse que estabas en alguna parte en Nueva York, quizá en las escaleras del Metro o en la puerta del zoológico. Estaba segura de que te iba a encontrar aunque también sabía que vivías con Rivka y que estabas aquí y luego irías a Jerusalén con ella. Es una contradicción, pero en ese momento yo no era nadie para cuestionarme nada. Las cosas se daban en el aire y simplemente salí a buscarte. Y cuando salí sonaba la Marcha Radetzky, por eso me gusta esa marcha. Siempre la oigo cuando te busco.

—Pero ya estoy aquí y me tienes a tu alcance —dijo Jaim

y se movió nervioso. Miró hacia la puerta del negocio. El sol seguía cayendo fuerte y la calle se mantenía vacía. En los almacenes de enfrente algunos cabeceaban tratando de conciliar una siesta, otros leían el periódico.

—No estás aquí, eres un aventurero. Pero te sigo buscando, así como te busqué entre los borrachos de Manhattan, emborrachándome con ellos, pero no perdí el sentido sino que te vi cerca, detrás de las esquinas, subiéndote a un bus, volando al lado de las gaviotas, izando la bandera de algún barco. Dos semanas estuve bebiendo porque te veía cerca y casi podía alcanzarte, hasta que alguien del ejército de salvación me llevó a un lugar donde me bañaron y me dieron sopa caliente. Y como te buscaba no vi quién me llevó ni qué comí ni dónde me bañé. En todo ese tiempo sonaba la Marcha Radetzky y las caras de los que miraban y las de quienes comían conmigo eran tu cara pero no la podía tocar. Es terrible tenerte cerca de mí sin poderte tocar. —La mujer jugaba con los dedos mientras hablaba. De un almacén cercano salió un hombre con un enorme sombrero blanco y pareció venir hacia la librería.

—No es bueno —dijo Jaim sin especificar qué no era bueno y saltó al piso. Fue hasta la puerta y miró a la calle. Los negocios de la calle del frente relumbraban por el sol y el hombre del sombrero no estaba por ninguna parte.

—Tú habías dicho que nadie vendría —dijo Mínde.

—No he podido ser profeta —se burló mi tío. Pero estaba nervioso porque presentía que la mujer bailaba para él como en el día de la boda. Cuando supimos esto en casa, mi madre miró hacia el suelo y se entretuvo un momento mirando los zapatos rojos que llevaba puestos. Pero la conversación entre mi tío y Míndele había pasado mucho antes y, para ese momento, mi madre hacía cuentas en un cuaderno y miraba el papel en el que le iba a escribir una carta a mi abuela. Volvería a decirle que nos estaba yendo bien y mi abuela respondería diciéndole que no mintiera, que al lado de un hombre como mi padre nadie podría estar bien y a través de un enmarañado de frases que parecían contradecirse, le insinuaría que mi padre la hacía sufrir mucho.

—¿Y tú, me has buscado? —Míndele subió un poco los hombros, tiró la cabeza hacia atrás y dijo: “¿Tienes un cigarrillo?”

—No es bueno fumar —contestó mi tío.

—Para mí todo lo malo es bueno.

Y ese fue el principio del amor que no conocíamos y que Jaim comenzó a cargar como si fuera un camello que iniciara una travesía por el desierto sin saber a dónde iría a parar con esa carga porque, como le contó a mi madre tres semanas después, ya que ella fue la única persona a la que le pudo hablar de esto, él no esperaba que suce-

diera algo así. Y no le importó que mi madre lo mirara acusándolo.

—¿Qué le has hecho? Eres un bárbaro.

—Nada, no le he tocado ni un dedo —Jaim parecía un niño explicando un sistema de canales en forma de octaedro en tercera dimensión.

—Si irrespetas a Rivka te mato.

—No la voy a irrespetar —pero Jaim ya la había irrespetado y lo que contaba era sólo el inicio, que lo demás no lo contó y le juró a mi madre que no había pasado más que lo que Míndele le había dicho en la librería (que fue sólo una parte), pero las palabras iban por otro camino y tejían la mentira y Rivka ya le había comentado a mi madre que su marido se encerraba en la habitación donde tenían la biblioteca y allí lo sentía maldecir y después ahogarse como si tuviera asma.

—Debe de ser que los negocios no están bien —decía mi madre mintiendo. O quizá ni mentía sino que no lograba interpretar bien lo que pasaba y entonces la palabra negocio era la más adecuada para definir lo que ella presentía como una nube negra que comenzaba a descender sobre la casa y que Zoila, con todos sus ensalmos, no lograba ahuyentar. La mujer del servicio, enterada por mi madre de lo que estaba sucediendo, ella era el eco de las angustias de mi madre, dijo que iba a quemar ramitas de perejil, que esas ayudaban a que los diablos se apestaran.

—Espero que sea eso. —Rivka estaba muy bella y parecía rejuvenecida.

—¿Pero cumple con los deberes? —La pregunta de mi madre hizo que el rubor se apoderara de la cara de Rivka.

14.

MI MADRE SE HABÍA CASADO CON MI PADRE porque él la atrajo hablándole de ingeniería y de cine. Y a ella le pareció que él era simpático y tenía futuro, idea que mi abuela materna refutó porque cómo podría tener futuro un hombre que se la pasaba estudiando metales y fórmulas matemáticas en lugar de abrir un almacén. Pero los argumentos que esgrimió el casamentero, que habló del mundo de la tecnología y cómo iban a desaparecer los almacenes para ser reemplazados por enormes máquinas que no sólo vendían sino que fabricaban cualquier cosa, hicieron más efecto que lo dicho por mi abuela aunque ésta siguió en sus trece y por días no quiso ver a mi madre, a la que ya presagiaba como una desgracia en la vida familiar, y caminaba por la casa de Salónica como un alma en pena, pero lo que dijo y maldijo hizo un efecto muy pobre. Mi abuelo, que por esos días ya estaba cercano a la muerte y no lo sabía, ¿cómo saber cuándo será?, se divirtió mucho con lo que sucedía en su casa y lo que el casamentero decía, que era lo contrario a lo que pregona mi abuela, que lo cierto era que no quería que mi madre se casara porque entonces quién la iba a peinar y a hacerle el arreglo de las uñas. Mi abuela era una niña princesa, nunca creció y antes de su matrimonio le dijo a mi abuelo “no voy

a crecer” y éste sólo se atusó los bigotes creyendo que era una broma, pero al fin tuvo que aceptar que era una niña y sus hijas sus muñecas preferidas, así que estaban hechas para hacer lo que mi abuela quisiera. Pero el abuelo le dijo al hombre que arreglaba matrimonios: “Dile al muchacho que venga”. Y mi padre fue y habló con él, tomaron café y vieron revistas técnicas que mi abuelo compraba en ocasiones para enterarse de cómo iba el mundo. Y le dio la bendición al matrimonio, aunque a mi abuela ese permiso le llegó como un diluvio y sólo se recuperó dos días antes de la boda, luego de que cuatro médicos le demostraron que su mal sólo era una excitación nerviosa que se curaba con un baño con sales de olor.

—Si es una desgraciada, se muere de hambre por su propia culpa —dijo mi abuela.

—No se morirán de hambre, para eso estamos nosotros. Y no hay culpas cuando alguien se casa con la bendición de sus padres.

Mi madre contaba que la boda había sido linda y que el abuelo mostraba a mi padre con orgullo a sus amistades, diciendo que ya la familia había entrado en la época de la tecnología moderna. Mi abuela en cambio dijo a todo el que la quiso escuchar que a partir de ese matrimonio sus días serían de dolor y desolación. Pero esto no se cumplió, ni siquiera cuando mi abuelo murió de una angina de pecho.

Mi abuela vivía en una caja de cristal y allí se conservaba intacta entre sus perfumes, cojines de seda y sillones enormes desde donde daba órdenes a mis tías, a las que sólo le bastaba una señal para entender qué debían hacer. Y cuando salía de allí, cosa que pasó cuando mi madre se casó y seguía sucediendo cada vez le llegaba una carta nuestra, la abuela se quejaba de la manera como giraba la tierra y todo lo que había encima, pero finalmente terminaba preguntando por nosotros y por ese yerno que no progresaba y al que mandaba una bendición a manera de purgante para que expulsara el demonio que tenía adentro. Y cada vez que mi madre le pedía una ayuda ella respondía dándola pero aclarando que el dinero no era para tornillos ni alicates sino para abrigos, zapatos y comida en abundancia. Y mi madre, a fin de cuentas había sido criada por ella, la entendía. El mundo de mi abuela y las tías, que seguían solteras y cada día engordaban hasta ser casi redondas, se movía entre Europa y América, sobre todo después de la guerra, cuando mi abuela se fue a vivir a España y desde allí pedía razones como si estuviera viviendo en una casa vecina y nosotros no la dejáramos dormir con nuestro ruido. Y mi madre las daba escribiendo cartas hasta que le dolían los dedos.

—¿Querías mucho a nuestro padre cuando te ibas a casar con él? —preguntamos nosotros.

—Lo quise más después de casada —contestó mi madre.

—Pero es riesgoso casarse con un hombre al que casi no se conoce —dijo Victoria sin agregar más para evitar una discusión o un regaño.

—Es el hombre que D-s pone en tu camino y D-s no se equivoca —contestó mi madre y eso que decía era todo lo que sabíamos del amor, agregando que también era importante que la mujer tuviera los ojos bonitos, como dijo mi padre.

—Entonces mi madre te hechizó. —La palabra hechizar la soltó Victoria con un tono de canción.

—No, sólo tenía los ojos bonitos.

—¿Y cómo los tengo ahora? —preguntó mi madre.

—Más bellos que cuando te conocí.

—Estás mintiendo. —Papá no miente, dijimos.

—Mírate al espejo y dime si no tienes los ojos bonitos.

—Eres un hombre coqueto —terminó por decir mi madre. Y eso era el amor: unos ojos que se volvían más bellos después del matrimonio. Y que aparecía cuando mi madre estaba tranquila porque tenía un dinero ahorrado, del que le enviaba mi abuela, que le permitiría pagar las clases de inglés que recibíamos o llevarnos al cine o al circo sin tener que pedirle nada a mi padre.

Pero un amor muy distinto fue el que entró en casa después de que Jaim habló con Míndele y que se fue construyendo entre los dos como se construye un cortocircuito en el mo-

mento en que se crea la chispa pero sin que se toquen aún los alambres. Y ese amor que había entre los dos lo presentíamos pero no lográbamos clasificarlo en ninguna de las formas porque entre Míndele y Jaim sólo había palabras y las decían lejos de nosotros o las pensaban entre ellos mientras comían en nuestra mesa o cuando íbamos al cine y mi tío no se acercaba a la hermana de Rivka sino que cargaba a una de mis hermanas y la lanzaba al aire para reír fuerte y así Míndele reía para poder mirarlo y decirle que tuviera cuidado, que una niña no era un niño. O que esa niña que estaba en el aire no era ella.

15.

REUVÉN TOLEDO SE CONVIRTIÓ EN LA PORCELANA FINA de la casa de la viuda. Todos los días lo veíamos pasar muy bien vestido y perfumado y a veces entraba en casa para beberse un café y preguntar sobre nuestra suerte. La palabra suerte se había convertido en una constante en su boca y la usaba para definir los días y los climas, las acciones que iba a emprender, que nunca eran claras, y lo que contaba de Míndele, que siempre se refería al orden con que ella llevaba la casa ahora que la mujer india se la pasaba todo el tiempo en el almacén de botones. “Es una suerte esta mujer, es una suerte la manera que tiene de cocinar, es una suerte saber que llego a casa y está ahí”, decía Reuvén Toledo y mi madre lo escuchaba como se escucha a un disco rayado porque el hombre siempre decía lo mismo y quizá lo decía, como dedujo mi hermana Victoria, para darse suerte él mismo en las cartas, donde perdía mucho dinero como ya se comentaba en nuestra mesa y lo decía el señor Súdít al referirse a lo que se comentaba en la sinagoga, así que todos estábamos enterados de lo que hacía Reuvén y de lo que se decía por debajo, que había embrujado a su suegra y la iba a llevar a la bancarrota porque el hombre no jugaba como jugaban en el club judío sino apostando grandes sumas y

entonces ya no se hablaba de él como de un judío sino que lo llamaban el tahúr y decir esa palabra era como maldecirlo y maldecirnos nosotros si entrábamos en contacto con él. Mi madre se ponía de mal humor cuando Reuvén venía a la casa y trataba de que se diera cuenta de que no lo queríamos, pero el hombre no caía en la cuenta de los desplantes o no quería saberlo y entonces seguía con su cantinela donde abundaba la palabra suerte.

—¿Y tu madre no se da cuenta? Le va a quitar hasta el último centavo —le preguntaba mi madre a Rivka.

—Claro que está enterada, pero ella dice que la única fortuna es la salud.

—¿Y Míndele?

—Se ha convertido en un robot y creo que no tiene relaciones con Reuvén.

—¿Y cómo vive entonces con ella?

—No le importa, él vive con mi madre. Es como si fuera su hijo. —Mi madre dijo que a Rivka le dio miedo decir marido porque esta palabra hubiera sido como la boca del *kraken*²² y la hubiera devorado, casos se sabían de yernos que dormían con sus suegras, de todo puso D-s en el mundo para saber qué es lo bueno y qué es lo malo, y así Míndele tendría el espacio para llegar hasta mi tío abiertamente, como presentía Rivka negándose, pero estas palabras no le llegaron a la boca sino que esperaba a

22 Monstruo marino, mitológico.

que los acontecimientos se dieran y ahora se refugiaba en mi madre tratando de que ésta le dijera algo, pero mi madre no tenía nada que decirle de lo poco que sabía. Eso que Jaim le generaba cuando estaba cerca era una sensación extraña que permanecía anclada en alguna parte de su cerebro, no como palabras sino como un nudo que no tenía de dónde coger y más parecía un pez rojo nadando en agua aceitosa. Y si bien no iba a suceder que Mínde le declarara públicamente que amaba a Jaim porque las cosas se estaban dando de otra manera, la palabra marido, aplicada a Reuvén Toledo en su relación con la viuda, habría desatado sospechas más grandes que las que teníamos y el amigo de mi padre habría sido una mancha podrida en nuestra mesa, cosa que mi madre no iba a tolerar.

—A mí no me gusta ese hombre —terminó por decir mi madre y luego la conversación tocó temas de cocina, de tejidos o de las tareas que nosotros no hacíamos por estar en la calle o leyendo libros que no eran para nuestra edad. Y al fin se habló de Jaim.

—Se ha vuelto muy cariñoso y ordenado, aunque a veces enloquece y me cuenta historias sobre pirañas e indios que se aman con delfines rosados. O recuerda sus días en otras tierras y no sé bien a qué se refiere porque mezcla recuerdos y nunca cuenta una historia completa. Es como si su pasado estuviera dentro de una licuadora funcionando.

—¿Y cuándo tendrás un hijo?

—Ojalá pudiera saberlo; el doctor Schmulson me ha dicho que debo esperar. Que quizá mi vientre está cerrado debido a que soy muy nerviosa.

—Tengo una receta —le dijo mi madre y fue a buscar una revista donde anunciaban lencería—. Debes enloquecer a tu marido. Es posible que él sea quien no puede producir el hijo. Ese día se rieron mucho rato viendo la revista y la única que estuvo presente fue Victoria, a la que mi madre ya educaba para casarla bien.

—No tengo el valor de vestirme así —dijo Rivka.

—Inténtalo, si no hay hijos se acaba el matrimonio.

Cuando mi madre supo que Míndele había hablado con Jaim, de inmediato se le vino el matrimonio de Rivka a la cabeza y la primera imagen que vio fue la del final de los tiempos, tal como alguna vez le había contado Zoila que sería y que era más asombrosa que la versión de nuestros libros, que sólo se reduce a una última batalla y a la resurrección de los muertos. La de Zoila en cambio contenía bestias, plagas, hambres, guerras, oscuridad y cielos rojos. En ocasiones la escuchábamos hablar de ese fin del mundo y teníamos que beber agua de albahaca para irnos a dormir porque estábamos asustados y, sobre todo Marta, temblábamos porque ese último día del tiempo del que Zoila hablaba llegaría de improviso, sin avisar, y arrancaría las puertas y ventanas de las casas y destruiría todo hasta reducirlo a una enorme nube

negra donde ni siquiera habría diablos ni ángeles sino un gran olor a carne quemada.

—¿Y cómo sabes tanta cosa? —preguntaba Victoria burlona.

—Tú leerás mucho, pero te hace falta creer, niña bonita —decía Zoila.

—¿Crear en qué?

—En todo lo terrible que puedas imaginar. Así será cuando el mundo se acabe.

16.

—EL HUDSON TIENE LAS AGUAS MUY FRÍAS. Yo entré en esas aguas para buscarte pero allí no vi peces plateados ni algas flotantes sino anclas enmohecidas y cadenas pesadas pegadas a barcos. —La voz de Míndele sonaba suave y no parecía hablar sino leer—. Cuatro veces entré en esas aguas y los borrachos me salvaron de no volver a salir de ahí. Ellos querían que nunca los abandonara y por eso me rescataron de hospitales y albergues. Tenían claro que mientras te buscara, ellos tendrían una razón para seguirme y asistir al momento del encuentro. Les dije que ellos serían los invitados a mi boda contigo. ¿Te da risa? Pues a mí me da tristeza, porque te busqué para que te casaras conmigo y no te encontré a pesar de que subía a las terrazas de los edificios más altos y dormí una noche en una sinagoga. Allí me escondí debajo de la mesa de rezos y salí a la medianoche. Estaba segura de que tú vendrías a rezar cuando no hubiera nadie. Y me pareció verte, pero desapareciste en la zona de mujeres.

—Nunca estuve en Nueva York —dijo Jaim por decir algo, mirando cómo Míndele hablaba y jugaba con los dedos.

—Eso lo sé, no creas que estoy loca. Pero te busqué en las calles y en los bares, en los museos y en las iglesias.

—¿En las iglesias?

—Sí, porque eres un hereje y me gusta que seas así.
—Míndele sonrió y puso las manos sobre los muslos. A Jaim le pareció que era una Virgen medieval. Había visto algunas en Barcelona, o quizá en otra ciudad de cualquiera de sus viajes o invenciones, y le llamó la atención que tuvieran manos de dedos tan largos.

—Te estás golpeando el corazón —dijo mi tío y se volvió a pasar la mano por encima del pelo. Tuvo la sensación de haberla pasado por encima de un papel de lija; eso siempre le sucedía cuando estaba asombrado.

—Pero tranquilízate, de allí me rescataron mis queridos borrachos. De donde no me pudieron rescatar fue del avión donde me colocaron mis primos. No sé cómo dieron conmigo pero lo hicieron. Quizá fue su rabino, el que vino a la boda, quien les dijo cómo hacerlo. Ese rabino que lee todo el tiempo tiene poderes especiales. Lo supe cuando me encontraron porque de inmediato, con que él sólo me tocara la cabeza, tú desapareciste de Nueva York y también los borrachos. Por eso no me rescataron esta vez ni pude seguir mi búsqueda. Esta historia no parece tener sentido, pero es la única de la que estoy segura. Míndele se puso de pie y se sacudió algo inexistente sobre la falda. Estaba un poco gorda pero seguía siendo atractiva. Llevaba el pelo suelto y la nariz parecía más fina.

—Creo que no debemos hablar más de esto —dijo Jaim y metió las manos en los bolsillos del pantalón. El calor y

las palabras de la mujer lo habían puesto a sudar.

—Me gusta escuchar la Marcha Radetzky. La oigo cuando quiero —dijo Míndeles y comenzó a pasear por entre los libros. Deberías escribir uno, ya sabes muchas cosas, terminó por decir la mujer—. Cuando salió del negocio, Jaim sentía una sed inmensa.

Y eso que decía Míndeles se repetía a veces completamente igual, en otras con pequeñas variaciones en las que los borrachos eran reemplazados por *boy-scouts*, y Jaim la escuchaba contarle lo que ya sabía y así se amaban, ella hablando de Nueva York y él tratando de imaginar el sitio exacto donde se daba la acción de Míndeles y que ella apenas si mencionaba dejando sólo entrever una referencia como un hidrante frente a un aviso de restaurante chino o una calle donde olía a sulfato o una iglesia a la que le faltaba una parte del friso o una avenida que atravesaba una zona de ladrillos rojos. Míndeles nunca hablaba de nada específico ni de calles con nombres y lo único claro era que en sus recorridos iba buscando a Jaim y éste trataba de imaginar cómo sería la cara de ella buscándolo y pronunciando su nombre o entrecerrando los ojos cuando lo veía en algún muelle o entrando en un callejón donde al fondo se notaba un nido de gavio-tas abandonado. Y en esas conversaciones repetidas, a veces por teléfono y en otras dentro de la librería, se amaban sin tocarse, sólo mirándose y oyéndose y entonces ese amor no

les dejaba más rastros que una mano invisible que les mecía las entrañas. Y esa mano dirigía la Marcha Radetzky que no sólo sonaba en la cabeza de Míndeles sino que ya Jaim la oía cuando la necesitaba y salía a la puerta del negocio para ver si ella estaba por alguna parte.

Esto se lo contó Jaim a mi padre jurándole que no la había tocado, que sólo fueron miradas y palabras.

—A ti debe haberte sucedido algo así. Somos hombres —dijo Jaim.

—Nunca, ni siquiera logro imaginar qué te está pasando. —Y ciertamente mi padre no lograba aclarar en su mente lo que decía Jaim y aunque trataba de imaginar unos campos magnéticos en proceso de atraerse y rechazarse, lo que lograba armar se le confundía de inmediato porque había algo más que la física no alcanzaba a definir y era la raíz del sentimiento.

—Deberías sentirlo.

—Respeta a tu hermana y a tus sobrinos.

—Es que no es pecado.

—No he dicho que lo sea, pero soy un padre de familia. —Pero esa respuesta moral de mi padre no era lo que él quería responder ni lo que un hombre de su cultura diría, pero fue lo único que le salió de la boca.

—Necesito que me ayudes —dijo Jaim con voz apagada.

—No sé cómo ayudarte —respondió mi padre tratando

de refugiarse entre sus herramientas y dibujos sobre piezas y partes de máquinas. Por la ventana del pequeño taller, que daba contra el patio de atrás de la casa, se veía caer una lluvia liviana.

Mi padre calló por días esta conversación y cuando Míndele estaba cerca la rehuía de manera inconsciente aunque trataba de mirarla bien para comprender lo que sentía Jaim.

—¿Por qué miras así a Míndele? —preguntaba Victoria que veía como un águila.

—Bueno, no puedo mirarla de otra manera más que con los ojos —decía mi padre sonriendo.

—Puedes abrir la puerta equivocada, papá.

—¿Qué sabes tú?

—Nada. —Y no mentía mi hermana porque efectivamente no sabía que Míndele y Jaim mantenían conversaciones. Pero la presencia de ese algo desconocido comenzó a tomarse la casa en las cenas de shabat y los cuatro hermanos mayores lo sentimos como un aire denso y frío. Mi hermana Victoria habló de los vuelos de los murciélagos.

—Debemos rezar por mi abuelo —dije yo. Era la única manera de certificar que pasaba algo y ese algo nos tocaba a todos mientras Jaim y Míndele estaban presentes. Y cuando se marchaban, mis padres se miraban sin tener nada claro que decirse. Los dos callaban la presencia del amor entre Míndele y mi tío, que realmente no era un amor como el

que podíamos entender o se leía en los libros sino un saber que conversaban como si se estuvieran escondiendo de ellos mismos o que ni siquiera era una conversación sino palabras que salían de Míndele y Jaim recibía como una jugada de ajedrez que siempre era la misma y que al final lo obligaba a mover una pieza inesperada.

—Recemos por el abuelo —dijo mi madre. Y de esta manera, aunque no rezábamos bien, la cosa que flotaba entre nosotros se fue diluyendo en el aire. Eso fue en los primeros tiempos, cuando los diablos jugaban con nosotros. Por esos días la librería progresaba y el almacén que atendía la mujer india no daba abasto con los pedidos. Era como si el dinero que se llevaba y jugaba Reuvén Toledo se devolviera en forma de clientes que compraban más de lo esperado.

17.

A FINALES DE 1955, EN UNA CENA DE SHABAT en casa de Rivka, Jaim volvió a sus viejos tiempos de titiritero, actor y acróbata. Y no sólo bailó la danza de los beduinos sino que, acompañado por Victoria, organizó un show de preguntas y respuestas como los que oíamos en la radio. Pero lo hizo a su estilo y fue bueno que esto sucediera porque ese algo extraño que lográbamos sentir cuando Mínde y él estaban presentes no hizo su aparición esa vez y entonces fue como volver al principio, cuando todavía estábamos asomados en las barandillas del barco que nos traía de la tierra de Israel y sabíamos poco de Reuvén Toledo y nada de lo que estaba sucediendo, así que lo único que veíamos era mar, cielo azul y costas cercanas. Y como si el viaje hubiera vuelto a nosotros, las preguntas que hacía Jaim tenían múltiples respuestas y cualquier cosa que dijéramos estaba acertada, pero la condición fue que no hubiera una respuesta corriente sino algo que fuera en contravía. Las respuestas más absurdas ganaban una moneda más que las otras: ¿Cómo prefieres el cielo? ¿Si un camello cuesta seis dinares persas, por cuánto lo venderías? ¿Dónde duerme el sol? ¿Cuántas agujas caben en un caballo con el tamaño que tú desees? Y claro, todos ganamos monedas porque las respuestas fueron: “Me gusta

el cielo con una capa de chocolate” o “el camello lo vendería por tres conejos” o “el sol duerme en los ojos de Míndele”, etcétera. Y en ese divertimento no sólo participamos los chicos sino mi padre y la viuda, Reuvén Toledo y Rivka, mi madre y Míndele. Y en especial esta última que no paraba de reír y de tirarnos migas de pan y de ir hasta el lugar que ocupaba Jaim para mesarle el cabello obligándolo a que se le ocurrieran más preguntas. Y mi tío respondía al estímulo casi delirando y con los ojos volteados, como esos derviches de los que nos había hablado una noche en que actuó de turco y nos hizo conocer cada calle y plaza de Estambul, aun las del puerto. Y aunque bailó como las mujeres de los bares, no nos dijo por qué lo hacían así ni cuál era su oficio. Creo que las miradas de las mujeres mayores le impidieron ir más allá. Después Victoria nos diría que ella sí sabía lo que hacían esas mujeres. “Hacen lo que las gatas en los tejados”.

—Vender libros afecta el cerebro —dijo mi madre, pero no fue ninguna crítica sino que aplaudió el acto.

—Y crea espacios en el corazón —dijo Míndele. Lo dijo tres veces como si estuviera cantando una canción. Y a mi padre le apareció el tic nervioso en el hombro.

En esa cena de shabat nos divertimos mucho y nos olvidamos de los delirios del señor Súdit, que mi padre había mencionado porque ya le preocupaba que su jefe estuviera delirando como un enfermo de fiebres malas. El señor Súdit

ya casi no entraba en contacto con la realidad sino que vivía en otro tiempo y con imágenes que se confundían entre ellas. Y así iba por la fábrica, mencionando pedidos con destino a Odessa o que había que pasar la mercancía a través de los Pirineos, sin que nadie supiera de qué estaba hablando o a qué se refería cuando decía que debían abrir las puertas a medianoche para cantar y bailar la llegada de la materia prima. Mi padre siempre iba detrás de él para que no fuera a suceder un accidente, porque a veces el señor Súdít entraba en el taller de telares y allí ponía las manos o los pies peligrosamente cerca de las lanzaderas. De allí lo sacaba mi padre con la ayuda de un obrero diciendo “tiene gripe, son estos climas”. Pero todos sabían en la fábrica que el señor Súdít no estaba bien y cuando lo veían se mantenían atentos a que no fuera a pasar nada y de inmediato llamaban a mi padre a la oficina de ingenieros, donde ya sólo trabajaba él, para ponerlo al tanto. Por esos días la fábrica estaba mal y se había reducido el personal en más de la mitad y sólo funcionaba por lo que hacía mi padre y aconsejaba Jaim, así que si el señor Súdít deliraba también deliraban en la fábrica, que ya todos veían cerrada. Y para hacer frente al azar del futuro, mi madre y Zoila se habían puesto a fabricar tortas y dulces, con la ayuda de Rivka y Victoria, que era quien llevaba los pedidos.

—Sólo entrégalos y no les digas nada de tus imaginaciones
—le decía mi madre a mi hermana.

—No diré nada, sólo contaré el dinero —se burlaba Victoria. Pero sabíamos que los clientes de las tortas y los dulces la ponían a hablar y se divertían con sus habladurías o se asombraban con los conocimientos de ella, que no sólo eran datos sacados de libros y enciclopedias sino hechos donde mostraba experiencia, como saber cortar las flores o conservar la carne en un refrigerador sin que perdiera el sabor o tocar puntos del cuerpo para quitar el dolor. Y como ella siempre estaba lista para que le preguntaran y si no había preguntas ella las inducía con algún comentario, el negocio de tortas comenzó a ser exitoso a pesar de que era chico y no se podían vender grandes cantidades.

—Nos podrías ayudar a vender telas —le comentó mi padre.

—Estás delirando también, ella lo que debe hacer es estudiar cosas que sirvan para que sea una buena mujer —dijo mi madre.

En esa cena de shabat, el tío Jaim hizo trucos de magia con un sombrero de papel que al final convirtió en un avión que echó a volar por la ventana. También hizo distintas caras mientras proyectó sombras chinescas en la pared y, cuando ya todos estábamos a punto de irnos a dormir, nos habló de un beduino que había conocido en el sur de Israel que tenía la virtud de encontrar agua lanzando piedras al aire. “No era mucha el agua que encontraba, pero le servía para sobre-

vivir”. Esas palabras le hicieron brillar los ojos a Míndele. Afuera la noche parecía un collar de perlas que se hubiera regado por encima de un suelo negro.

18.

UNO DE LOS VACÍOS QUE SIEMPRE ESTUVO PRESENTE en la familia fue el del tío abuelo Pinjas. Pero no como un misterio sino como un faltante que en verdad se notaba poco porque durante años no se supo de él en casa de mi abuela y nunca en la nuestra, o sea que jamás se mencionó en la correspondencia de mi madre que existiera un tío abuelo. Y al otro lado del mar la abuela lo nombraba poco a pesar de que era su hermano mayor. Así que Pinjas fue una especie de pájaro que volaba incierto cuando mis tías abrían un álbum de fotografías o aparecía en la mesa de ellas si alguna palabra que llevara a él, por ejemplo Alemania, se daba en la conversación. Claro que la palabra aparecía muy rara vez y de esta manera Pinjas también. En casa vivimos sin referencia de este tío abuelo y ni siquiera Victoria, que todo lo sabía, lo tenía ubicado en nuestra historia familiar. Sin embargo, mientras el amor entre Jaim y Míndeles se retorció como una serpiente en medio de una sartén con aceite hirviendo, o sea que se movía en todas las direcciones sin descansar ni estar en un punto cierto, el tío Pinjas se presentó a casa sin haber avisado con una carta previa o siquiera una llamada telefónica. Y esto fue un gran acontecimiento porque nadie sabía que vendría, ni siquiera mi abuela. Al principio nos desconcertó

este pasajero porque mi padre no sabía de él y tampoco nosotros, así que llamamos a mi madre y, como era tan parecido a mi abuela, ella lo reconoció. Claro que dudó un poco, pero las dudas se le fueron cuando él le dijo “mi rosa, mi pequeña rosa”, y esas palabras hicieron que mi madre se viera cuando era pequeña allá en Salónica, con su falda de cuadros y las medias de lana que le quedaban grandes. Esa fue la primera vez que ella vio al tío y por esos días él era un hombre grande con un enorme sombrero blanco, un bigote retorcido y negro y una sonrisa grande con un diente de oro. Y “mi rosa, mi pequeña rosa”, fue lo que él dijo cuando le acarició la cabeza. Por ese entonces mi abuelo tenía un negocio de madera con unos hombres griegos y mi abuela se ponía de mal humor cuando los escuchaba hablar en griego del puerto, lengua que despreciaba y por eso la entendía poco. El negocio estaba fracasando y el tío Pinjas había venido para ordenarlo o acabarlo. Era un hombre que entendía de estas cosas y el abuelo le había pedido que interviniera. Eso recordaba mi madre que sucedía en su casa de Salónica cuando el tío soltó aquello de “mi rosa, mi pequeña rosa”. También recordó que a sus hermanas las nombró con el nombre de otras flores.

Pero el hombre que teníamos enfrente no era el de esos tiempos, a pesar de que seguía con su sombrero blanco y los bigotes, que ya no eran negros sino blancos y amarillos por el humo del tabaco. Delante de nosotros vimos a un hombre

gordo de ojos tristes, de respiración agitada, pero a los ojos de mi madre fue el tío Pinjas.

—¿Y tu diente de oro? —preguntó ella, y esa pregunta nos desconcertó. Debió abrazarlo y llorar, pero no se dio nada de esto sino la pregunta.

—Lo vendí en la guerra —dijo y sonrió. Le faltaba un diente—. Pero me hace poca falta, ya como poco. —La voz le sonaba ronca.

—Debiste avisarnos que venías —dijo mi madre. Mi padre y nosotros rodeábamos al tío abuelo Pinjas y nadie se había movido de la puerta. Mi hermana Miriam jugaba con las correas de la maleta del tío.

—Le habrías contado a tu madre y no quiero saber de ella todavía. —Los ojos y la nariz eran iguales a los de la abuela—. Quiero que me indiques un hotel.

—Estás loco, aquí tienes un lugar —dijo mi padre y tomó del brazo a Pinjas.

—Quiero ir a un hotel —volvió a decir. Y lo dijo de una manera tan fuerte y fría que recibimos esas palabras como una orden.

—Pero puedes tomarte un café mientras lo busco —dijo mi madre.

—No, esperaré aquí en la puerta.

Fue extraño que el tío abuelo Pinjas se hospedara en un hotel porque eso iba contra la tradición familiar. Cualquiera,

primo lejano o mero amigo incluso, tenía un lugar en nuestra casa y en la de Jaim, en la de la abuela y donde estuviera alguno de la familia. Los hoteles nos desacreditaban y sólo íbamos a ellos en caso de urgencia o cuando ya no había posibilidad de nadie conocido. ¿Cómo comer lo que nos gusta si en los hoteles no saben quiénes somos? ¿Cómo encontrar las almohadas precisas? ¿Con quién hablar? Así que cuando el tío Pinjas nos pidió que lo lleváramos a un hotel, su pedido nos ofendió y él se dio cuenta. Sin embargo lo hizo y todos nosotros fuimos con él, como si fuéramos un circo, incluidos Jaim y Rivka, a buscarle un lugar. Mi madre encontró un sitio conocido en la calle Palacé, que cruzaba por nuestro barrio, pero en realidad no era un hotel sino una pensión sobria a la que iban viajeros y mujeres que estaban de paso en la ciudad. La mujer que lo atendía parecía embalsamada, pero se notaba que allí todo era limpio. Además la pensión estaba cerca de casa, lo que daba cierta seguridad por si pasaba algo, aunque no sabíamos qué podría pasarle a un hombre que venía de ninguna parte, como nos dijo, y se oponía a que lo atendiéramos. Lo único que lo identificaba como viajero era su enorme maleta. Cuando se despidió de nosotros, porque estaba cansado y necesitaba de un baño con agua caliente, dijo: “Pueden venir mañana, pero no todos”. Y era claro que así debía ser porque su voz lo ordenó. La pensión era una casa grande, con cierto aire mudéjar, con muchas macetas florecidas en las ventanas, un patio árabe

en el interior y, supusimos, habitaciones de buen tamaño y techo alto. Nunca habíamos estado allí y fue Rivka la que dio razón de esa pensión que había visto en sus caminatas por el barrio.

—Rosa, mi pequeña rosa —dijo el tío Pinjas y una mujer salió detrás de él cargando su maleta. Mi madre levantó la mano y lo mismo hicimos nosotros, pero Pinjas no volteó a mirarnos. Caminaba como un pato gordo.

19.

SIN QUE NOS DIÉRAMOS CUENTA, mi padre estaba trabajando ahora en el diseño de una máquina para hacer tornillos. Y trabajaba solo, sin decirle a nadie y con miedo de que eso que estaba haciendo fuera a resultar siendo otro fracaso. La única testigo de estos trabajos fue mi hermana Miriam, la menor, pero ella no hablaba ni entendía qué hacía mi padre, que mientras trabajaba escuchaba los discos de tango que le había regalado Miguel Saportas, ese hombre que apareció y desapareció como una lluvia torrencial del trópico, así que mi madre suponía que mi padre escuchaba música y no hacía otra cosa. Y esa música que escuchaba la odiaba mi madre porque provenía de las manos de un hombre que había retado todas las leyes y que seguro era un jugador que tenía también un hermano gitano, así que estar cerca de esa música podría alentar a los diablos para que se metieran de nuevo en casa, como lo dijo varias veces en la mesa. Pero lo cierto era que mi padre se iba a trabajar a su taller y ponía los discos, seguro de que así nadie metería las narices en lo que hacía, que esta vez era un proyecto más preciso y sin deseos de por medio, o sea que trabajaba simplemente por darse gusto y, como ya tenía una experiencia previa que consideraba un desastre, presumía dónde estaban los posibles errores y, si

los cometía, no se desalentaba. Adelantaba el proyecto como si trabajara en una sonata moderna, donde había palabras que hablaban de Buenos Aires y números que se mezclaban con líneas geométricas y ecuaciones. Y cuando supimos que estaba trabajando en la máquina de tornillos y le preguntamos para qué serviría, simplemente sonrió y se rascó la barba de varios días sin dar ninguna respuesta ni regañar a Marta porque lo había descubierto (y ese descubrimiento le llenó la boca de palabras) midiendo milimétricamente un plano donde había anotado fabricación de tornillos en serie. Pero esto que contó Marta, que seguía siendo una metiche y no guardaba nada en la boca e imagino que ni en el cerebro, a no ser sus notas en el cuaderno, pasó mucho después de la muerte del señor Súdit, cuando ya casi teníamos el futuro cifrado en la venta de tortas y confites, así que descubrir lo de la máquina de tornillos fue casi un descanso para mi madre que vio en ello una posibilidad para que mi padre dejara la fábrica, que en ese momento era una gran bodega donde había más silencio que ruido, y comenzara a trabajar para las ferreterías. O sea que saber sobre la máquina para hacer tornillos formó parte del inventario que se hacía en casa para tener cómo sobrevivir, aunque mi tío Jaim decía que no había por qué preocuparse y que si algo pasaba él vería por nosotros, afirmación que Rivka también hizo. Realmente la muerte del señor Súdit convulsionó la casa y no porque mi padre se fuera a quedar sin empleo, aunque hacía poco en la

fábrica y resolvía más problemas financieros que técnicos, sino porque al no tener la presencia del hombre que hablaba todas las lenguas juntas entre nosotros causó una especie de hueco que tenía fuerza propia, es decir, algo como un remolino que se movía y tenía una boca en el fondo y, de no tener cuidado, alguien podría caer allí. Mi madre tenía la creencia de que no se daban muertos solos sino que cuando había amistades grandes, el muerto regresaba por el vivo, lo que es una herejía porque esto no se debe pensar, pero ella lo pensaba y a cada momento certificaba si mi padre se sentía bien. Y ni el doctor Schmulson le quitó esas ideas, que le dieron vueltas semanas enteras en la cabeza. Quedó muy impresionada con la muerte del señor Súdit porque, como contó mi padre que lo asistió en la agonía, antes de morir se estaba lucido y hablaba en perfecto orden, sin mezclar palabras en otros idiomas, y en esa lucidez que antecede a la muerte pidió que le leyeran algo del séfer *Yetzirá*²³, ese libro que habla de la creación, y mi padre lo hizo en voz lenta mirando cómo el señor Súdit cerraba los ojos y se iba lentamente al más allá, así que antes de terminar el primer capítulo rezó el *Shemá Israel*²⁴ y miró al hombre de las mil lenguas que parecía un cachorro recién nacido. Cuando llegó el rabino y la gente de la *Jevrá kadischá*²⁵, había una vela encendida y

23 Libro de la Creación.

24 Credo judío: Escucha Israel, nuestro D-s es...

25 Sociedad funeraria.

mi padre miraba por la ventana. Desde allí la ciudad se veía misteriosamente amarilla.

El día de la muerte del señor Súdit, Míndele había estado en la librería y sólo había mirado a Jaim, sin decirle nada. La viuda, que estaba allí revisando unas facturas, supuso que su hija miraba a nadie y que Jaim simplemente se interponía en la mirada.

20.

EN LA MAÑANA, ANTES DE LAS DIEZ, estuvimos en la pensión donde se hospedaba el tío abuelo Pinjas. Fuimos mi madre, Victoria y yo después de que mi padre dijo, muy ofuscado, quién iría, acabando así con la discusión que teníamos en la mesa, en la que todos proponían ir a esa visita. Mientras desayunábamos, Victoria y yo inventamos a Pinjas y lo dotamos de poderes superiores para justificar por qué no se había hospedado en casa sino en otro sitio. Dijimos que cuando abrió la maleta salieron de allí otros seres y éstos bien podían hospedarse en el sótano de la pensión porque no eran humanos sino animales con cabeza de hombre y mujer, piel con escamas, largas colas y patas de pato con garras para caminar por las paredes. Mi hermano Joaquín movía las manos indicando cómo se movían esos seres y Marta gritaba para que no le pusiera ningún dedo encima. Imaginaba la maleta de Pinjas rebotando de babas rojas y verdes, y ella fue la primera en decir que no iría porque cuando saliera el tío a saludarnos estaría rodeado de todos esos seres asquerosos. Mis otros hermanos la miraban con ojos asombrados, como cuando ella imitó la muerte del señor Súdít y mi padre tuvo que darle una nalgada.

De día la pensión se veía más amplia y fresca. Y de verdad era muy bella en esa mezcla árabe e inglesa donde abundaban los vitrales y el mobiliario elegantemente colocado. Los papeles de colgadura le daban un aire respetable a las paredes y a la habitación donde estaba la recepción, y la mujer que atendía parecía menos gris. Una lámpara de cristal colgaba de la mitad del techo y hacía juego con unos floreros de porcelana con anturios y azucenas adentro. La mujer nos reconoció de inmediato y llamó al tío a través de un teléfono negro que tenía en el centro del disco de marcar la imagen de un santo. Lo esperamos en el recibo de la pensión, donde había otros cuadros, pero no religiosos sino de paisajes de los Alpes. Los niños de esos cuadros parecían santificados y antes que estar jugando o pastoreando cabras, como el pintor había intentado representar, parecían ángeles que no le dieran importancia al sitio ni a los animales que tenían a su alrededor. Una de las cabras se parecía mucho a la mamá de Mínde.

El tío abuelo apareció envuelto en un albornoz de seda azul, muy bien peinado y sonriente. Y el diente que le faltaba apareció reemplazado por otro, blanco y casi plano. Victoria se dio cuenta de esto porque pensaba preguntarle a Pinjas por el diente de oro, para de esta manera entrar en su historia, pero no pudo hacerlo y dejó que mi madre llevara la conversación mientras ella y yo mirábamos al hombre, sus manos

de dedos largos, la piel apergaminada y esos ojos por donde parecía que nos estuviera mirando la abuela, pero no era ella sino él y de forma muy distinta porque si bien los ojos eran iguales no lo era la mirada, que se parecía más a la de Jaim.

—Me gusta este sitio, me gustaría morirme aquí —dijo Pinjas. Estaba sentado al lado de mi madre y había cruzado las piernas. Movía un pie cubierto por una media de rombos.

—Tienes un lugar en casa —intentó decir mi madre, pero el tío la detuvo levantando la mano y diciéndole “rosa, mi bella rosa, no debes pensar en hombres viejos sino en tus hijos”. El hombre hablaba lento.

—Es que en casa hay un lugar y ahí puedes estar todo el tiempo que quieras —soltó Victoria y se puso de pie para que el tío abuelo se diera cuenta de que ya era casi una mujer grande y sus palabras no salían al azar. Pinjas la miró de pies a cabeza.

—Esta es Victoria —dijo mi madre tratando de darle otro rumbo a la conversación—, mi hija mayor. Y quiso decir que era una loca, pero el tío abuelo no le dio tiempo. Mi madre, cada vez que se le daba la oportunidad, como pasaba en este caso, ponía de manifiesto que Victoria no era normal y así se libraba de excusas posteriores. Claro que valía de poco, porque mi hermana siempre salía con algo inesperado y mi madre tenía que excusarse por lo que había dicho o hecho. “Es una maldición esta muchacha”—, le dijo

a mi padre más de una vez y la respuesta que recibió fue una sonrisa y una afirmación con la cabeza—. Y esto pasaba ahora con el tío abuelo.

—¿Y qué hiciste en la guerra? —preguntó Victoria.

21.

—ESTOY OYENDO LA MARCHA RADETZKY —le murmuró Míndele al tío Jaim y él la miró un poco asustado porque ese no era el lugar apropiado para que ella dijera esas palabras. Y eso que pensó se lo dijo gritando con los ojos, porque Míndele se volteó para mirar al rabino que recitaba el kadisch mientras en el fondo de la tumba permanecía el ataúd con el señor Súdít. Hacía un día bonito y el fuerte azul del cielo contrastaba con el color negro del ataúd haciéndolo brillar incluso cuando le echaron el contenido de una bolsa de la tierra de Israel encima y después la demás tierra, lo que hizo estremecer a mi madre y a Rivka que comenzaron a llorar en silencio, igual que estaba llorando mi padre. Los demás asistentes movían las cabezas siguiendo el rezo del rabino y el hombre de Estambul, que manejaba los dineros de la comunidad, cantaba algo en turco, pero la única que se dio cuenta de esto fue mi hermana Victoria que durante el sepelio no se interesó más que en leernos lo que decía en las lápidas, tratando de traducir lo que decía allí. En hebreo le iba bien pero en yidisch no acertó. ¿Y qué decía lo que cantaba el hombre de Estambul? Victoria no lo entendió tampoco, pero le gustó la tonada que era como un silbo largo que de repente se detenía para comenzar en otro tono.

—No canta sino que teje —dijo Victoria.

Esto de que sentía la Marcha Radetzky, lo dijo varias veces Míndeles en distintos lugares pero el tío Jaim evitaba responder y se separaba de la mujer hasta quedar a unos metros de ella, lo que hacía sonreír a Míndeles, que disimulaba muy bien la sonrisa porque de inmediato tomaba algo en las manos, una cajita de madera labrada, un reloj de mesa, y volvía a sonreír mirándolo, como si eso que tocaban sus dedos la llevara a un buen momento o volviera a volar por los aires de Nueva York, pasando por entre los avisos de los negocios y las cúpulas de los edificios. Lo que sí nunca tocaba era el jarrón azul que le dimos de regalo de bodas y al que casi le tenía miedo. “Tiene mucha historia”, decía. Y esto de que Míndeles fuera por ahí diciendo que escuchaba cosas no era extraño para Rivka, pero no lo comentó en ese entonces porque consideraba que esos cambios inesperados de su hermana eran todavía rescoldos de los días pasados, así que si se comportaba como un robot o cambiaba para actuar como si le estuvieran tomando una foto no venía al caso tenerlo en cuenta. Rivka estaba más preocupada por el negocio de tortas y dulces que por su hermana, a la que en las mañanas encontraba en su casa mirando hacia el techo o el suelo, volando quizá por algún valle donde no hubiera nada más que palabras sembradas y todavía sin nombre.

En el entierro del señor Súdít Míndeles se acercó varias veces a Jaim, tocándolo con los codos y mirándolo para decirle

con los ojos y el calor del cuerpo que estaba escuchando la Marcha Radetzky. Y el tío rezó fuerte, más que el rabino. Un viento fresco movió los árboles de afuera del cementerio y un grupo de petirrojos llegó hasta la fuente del centro para beber agua.

—Han venido por el alma del señor Súdít —nos dijo Victoria.

—Los pájaros no se llevan a nadie —dijo Marta, que colocaba piedrecillas sobre las tumbas cercanas.

—Hay cosas que nunca entenderás —respondió mi hermana mayor y miró al rabino que ya echaba paladas de tierra sobre el ataúd. Luego lo siguió mi padre.

Después del entierro nos reunimos en casa de la viuda y allí nos miramos sin decirnos nada.

22.

EL TÍO ABUELO PINJAS NO HIZO NADA EN LA GUERRA, eso nos dijo, y mi madre no le creyó. Porque Pinjas sí estuvo en la guerra, como mi abuela averiguó con la Cruz Roja, cosa que supimos después en la respuesta a la carta que mi madre envió por correo de entrega inmediata. Y algo debió hacer, pero él no dijo nada y sólo después de que se descubrió el amor entre Jaim y Mínde, o sea cuando el desorden llegó a su máximo límite, soltó algunas frases sobre ese pasado y la versión que nos dio fue la única verdad que tuvimos de él, y digo verdad porque luego no hubo más y eso que dijo fue entonces la única certidumbre, fuera cierta o no. Y se pegó a la historia de la familia como un patio nuevo que le agregáramos a la casa, en este caso un patio muy pequeño y sembrado con plantas desconocidas.

Armando frases y pegándolas como en un juego de rompecabezas, supimos que había estado en Alemania todo el tiempo y que al principio vivió en Hamburgo, en la zona del puerto, trabajando con unos húngaros que se dedicaban a algo que supimos contrabando (el tío abuelo nos confundió con la historia) hasta que todos los que estaban en el negocio tuvieron que zafarse de ahí, como los puntos de

cristal de un collar que se rompe, cada uno buscando una dirección nueva, debido a que el lugar fue detectado por la policía secreta o eso al menos fue lo que los húngaros dijeron. Y Pinjas terminó en la casa de un conductor de tranvía, pero no porque éste lo hospedara sino porque la hija de él escondió al tío abuelo a cambio de que le diera calor en la cama, como nos dijo riendo y delante de la cara escandalizada de mi madre. Luego fueron los bombardeos, la gente huyendo, muchas patatas al desayuno, el almuerzo y la cena, demasiados muertos y Pinjas yendo de un lugar a otro con la hija del conductor del tranvía hasta que ésta desapareció en un tren y el tío abuelo fue a dar a Viena que estaba llena de rusos y norteamericanos. Y ahí supuso que la guerra había terminado y que no había más opción que trabajar en lo que los húngaros de Hamburgo le habían enseñado, que en sus palabras para nosotros se redujo a almacenar cigarrillos y pastillas de chocolate.

—Pero es extraño que hayas sobrevivido la guerra sin que te pasara más —dijo Victoria.

—Es que no hice nada en la guerra. O sí hice algo: canté mucho. —La voz de Pinjas sonó muy suave, como si se deslizara por encima de una seda.

Y no se dijo más, así que en la historia de la familia Pinjas no había hecho nada especial en la guerra ni le había pasado ninguna cosa. En esto estuvo de acuerdo mi madre y los

demás no hicimos más preguntas, aunque los cuestionamientos nos daban vueltas en la cabeza.

—Podrías cantarnos algo —le pidió Marta a Pinjas.

—Ya no tengo voz. Pero puedo silbar. —Y silbó una marcha alegre a la que nosotros le hicimos palmas.

23.

MÍNDELE LE ESCRIBIÓ UNA CARTA AL TÍO JAIM. Pasó por la librería y la dejó sobre la caja registradora. Pero no habló ni sonrió sino que llegó como un viento y cuando Jaim quiso decir algo ella ya había salido. Entonces él tomó la carta y comenzó a leerla, buscando primero ponerse en vena con la letra que era pequeña y torcida. Era la primera vez que veía la letra de Mínde. “No me gustan los cementerios ni las lápidas. Odio asistir al entierro de alguien y me da mucho miedo morirme. Por eso escuchaba la Marcha Radetzky mientras el rabino rezaba el *kadisch*²⁶. Y te buscaba entre todos esos muertos porque tú estás muerto, querido, te has convertido en una momia y ya te pareces al jarrón azul que me regaló tu familia. Cada vez que miro ese jarrón te veo seco y viejo, olvidado y perdido en alguna calle de esas que tú mencionas en las historias que cuentas. Eres una momia, querido mío. Y no te olvides, me da miedo morirme”.

Jaim leyó la carta dos veces y luego la dobló y la guardó en el bolsillo del pantalón. Y como se imaginaba a Mínde sin quererse morir, cerrando todas las puertas de los cemen

26 Oración fúnebre.

terios y escondiéndosele al ángel de la muerte, no se dio cuenta de que la viuda acababa de entrar y estaba delante de él moviendo la mano como si alguna mosca le molestara la cara.

—¿Estás enfermo? —preguntó la viuda.

—Creo que sí —respondió Jaim y la respuesta le pareció inadecuada, porque él no se sentía enfermo sino convertido en una momia, cubierto de polvo y mordido por las cucarachas.

—Deben de ser los calores y las lluvias —dijo la viuda y abrió el bolso que tenía en la mano para buscar una aspirina. Siempre tenía aspirinas en su cartera y cada tanto se tomaba una para reanimarse.

—Esta pastilla te pondrá bien —le dijo y Jaim no vio la pastilla ni a la viuda sino una tumba que se abría y de ahí salía un resucitado. “Se acercan los días del juicio”, pensó y fue a sentarse. La viuda lo siguió y le dijo: “Cuando te sientas mejor, me dices. Quiero contarte algo interesante”.

—Puede hablar —dijo Jaim, aunque él no quería que ella hablara ni que el sol entrara en el negocio ni que hubiera libros a su alrededor. Su condición de momia le atenazaba las carnes y el entendimiento y las palabras le entraban en las orejas como polillas que fueran a vomitar allí.

—Reuvén Toledo me ha propuesto poner una lavandería. Lavaremos en seco y plancharemos camisas de seda. Es un buen negocio y hay poca competencia. —Los ojos de la mujer brillaban.

—Una lavandería —repitió el tío Jaim lentamente, como si la palabra fuera muy larga y él estuviera atento a que no se perdiera ninguna letra y entonces el negocio no sería una lavandería sino una venta de momias y él estaría exhibido allí como la más vieja y podrida. Y a su lado el jarrón azul que ojalá no hubiera sido original sino una copia, como pudo haber pensado.

—Estás enfermo, querido —se reafirmó la viuda.

—Estoy muerto, como el señor Súdit —dijo Jaim y sacudió la cabeza. Le pesaba.

—¡No digas eso!, debes dejarlo descansar en paz —dijo la viuda y buscó en la cartera la manita con el ojo y la letra *shin*²⁷ que la libraba de lo malo.

27 Penúltima letra del alfabeto hebreo. Con la shin se escribe *Shaday*, Todopoderoso.

24.

LA LAVANDERÍA COMENZÓ A FUNCIONAR la última semana de diciembre del 55, después de *Hánuca*²⁸ cuando casi no había clientes porque el tiempo no era para lavar sino de fiestas. Pero así se había pensado: “Tenemos que comenzar en una época fría para ensayar bien cada proceso y no quedar mal con los usuarios. Si abrimos en febrero o marzo, seguro nos equivocamos y no sabríamos cómo atender mucha gente. Hay que ensayar y conocer el negocio”, decía Reuvén Toledo tocándose el bigote con los dedos, haciendo creer que esas palabras eran suyas y no del tío Jaim que, momia y todo, fue quien realmente diseñó la lavandería y compró las máquinas, a las que mi padre les hizo unos ajustes porque el hombre que las vendió las había tenido guardadas mucho tiempo y ya tenían unas partes con problemas. Además, eran de segunda. En estos arreglos mi padre se lució ya que la maquinaria quedó como nueva, lo que hizo que la viuda lo obligara a aceptar un dinero que casi no toma porque consideraba que ayudar en el negocio era una obligación. Si ella nos había permitido el viaje a Jerusalén, lo de arreglar las máquinas era una manera de retornarle un poco de ese

²⁸ Fiesta de las Luces. Se celebra por diciembre.

dinero, dijo mi padre, pero ella insistió hasta el punto de que mi madre dijo: “o lo tomas o no nos hablará de nuevo”.

—Lo tomo, pero es para que vaya a uno de tus frascos —dijo mi padre y mi madre sonrió. Luego se encogió de hombros.

—A veces creo que mi madre tiene razón.

Jaim asumió el negocio de la lavandería para no pensar en Míndele sino en trajes y faldas, camisas y pantalones, en recibos de paquetes con ropa sucia y despachos de ropa limpia y con buen olor. Y no sólo creó el sistema de trabajo sino que buscó el local, uno que fuera amplio y central, y al fin encontró una bodega en la calle Bolivia, cerca de donde funcionaban unas panaderías y unos sindicatos, una iglesia protestante y otra católica. El sitio no estaba mal porque por allí pasaba mucha gente y Jaim no pensó que fuera una pirámide o un cementerio perdido de Nueva York porque se hizo acompañar por mi padre que lo ubicó en la realidad y le dijo: “esta bodega se convierte fácil en una lavandería”. Y entre los dos crearon el sistema de lavado, secado y planchado del que Reuvén Toledo se ufana diciendo que había sido creación suya, lo que hacía rabiar a mi madre que por esos días trabajaba como nunca en las tortas y dulces porque Victoria traía pedidos grandes aunque se le había dicho que no lo hiciera debido a que el pequeño negocio no daba abasto. Pero mi hermana resultó una apasionada por las ventas y

fue como si todos sus conocimientos se hubieran centrado únicamente en ofrecer tortas y dulces con una pericia que no había tenido nadie en la familia.

—Te tendré que casar para que tu marido nos ayude en la fabricación —dijo mi madre.

—No me voy a casar nunca —dijo Victoria.

—¡Te casarás! —ordenó mi madre. Parecía una versión femenina de Moshé quebrando las tablas de la Ley.

—Aquí están las seis tortas de fresa —dijo Zoila terciando en la discusión. La mujer se había vuelto más flaca y no paraba de fumar.

—Estas tortas deben de saber a humo. ¡Nos vas a quebrar! —explotó mi madre y Zoila sonrió. El embarazo la tenía un poco hinchada y siempre con calor.

—Llévatelas —le dijo Zoila a Victoria y mi hermana salió de la cocina con las seis cajas de una vez. “Eso fue increíble”, dijo Marta, “porque pareció como si trabajara en un circo”. Marta ayudaba en la cocina partiendo fruta y adornando las tortas. Y era muy hábil para hacer letras y dibujos.

El día en que se abrió la lavandería y Victoria dijo que nunca se iba a casar, mi padre hizo el prototipo de la máquina para fabricar tornillos en serie y mi hermano Joaquín y yo estuvimos presentes, pero no como testigos de lo que sucedería cuando empezara a funcionar sino completamente asustados porque la nueva máquina podría cobrar vida propia y

libre y estallar como una granada y entonces perderíamos los ojos y los brazos. Y quizá la casa volara por encima de la ciudad. Pero no sucedió así sino que la pequeña máquina comenzó a morder metal y a botar tornillos por una boca que se conectaba a un recipiente de acero.

—Funciona muy bien —dijimos ya más tranquilos. Mi padre no nos oyó, así como tampoco se dio cuenta de que lo dijimos cubriéndonos la cara con el brazo. Es que realmente esperábamos que explotara.

—No funciona bien, se desperdicia mucho metal —dijo mi padre. Y acarició la máquina que parecía un pequeño perro al que le entraba una cola de acero por encima y escupía tornillos y lascas de metal torcidas.

25.

FUERON DÍAS DE HUMOR PODRIDO los de Reuvén Toledo gerenciando la lavandería. Y no porque él estuviera mal en el puesto que tenía gracias a la viuda, sino porque iba por todos los lugares hablando de cómo él había concebido el negocio sin ayuda de ninguno y cómo no dejaba entrar a su oficina más que a los clientes grandes y a sus amigos de confianza, que eran los de juego, para que lo vieran gerenciar sobre las mujeres y hombres que accionaban las máquinas de vapor y luego colgaban decenas de vestidos en una estantería llena de perchas. También le gustaba mostrar la sala principal en la que los empleados se movían a un mismo ritmo colocando las planchas sobre camisas y trajes finos como si participaran de una coreografía de película. A esas personas las había entrenado Jaim, siguiendo las instrucciones de un libro, o sea que aprendían en la medida en que mi tío aprendía (cosa natural en su forma de ver la vida), así que en ese entrenamiento Jaim estaba en una de sus aventuras y quizá atravesara el Hudson para esconderse de Míndelev y así no hubiera sido en vano la búsqueda de ella, pero esto es sólo una suposición porque por esos días no sabíamos nada de lo que estaba ocurriendo entre ellos y Rivka hablada de cómo se estaba relajando para que su vientre se expandiera

y quedara embarazada. Pero la que se sentía en embarazo avanzado era mi madre a consecuencia de lo que hacía y decía Reuvén Toledo. Estaba como loco el amigo de mi padre y ya vivía dos realidades: una que se creaba para darse ínfulas aun en la sinagoga donde todos sabían que lo que decía no era cierto y otra que escondía y, en ocasiones, mi madre lograba vislumbrar quizá porque empezó a sentirlo como una vaharada caliente cargada de demonios del tamaño de un piojo cada vez que se encontraba con él. Y si bien no lo odiaba, porque el odio no cabía en el corazón de ella, sí lo sentía como un mordisco que se deleitaba en remorder la carne o como un vómito que le venía. Y pasaba que Reuvén Toledo había cambiado mucho y de ese primer hombre que se presentó en nuestra casa casi como una salvación o al menos como un cambio de suerte ahora no había el menor rastro. Era evidente que ya estaba habitado por otro y posiblemente el rabino, que se metía en el Talmud como quien se va a vivir a una ciudad conocida, podría descubrir quién era ese otro, un doble malo que jugaba con los demás y hasta podría hacer sufrir mucho a Reuvén, como dijo mi padre y que mi madre rechazó de plano.

—¿Qué puede pensarse de un hombre que pasa su juventud buscando mujeres para engañar? Sólo que es un depravado —dijo mi madre y pasó una servilleta por su frente. Sudaba copiosamente aunque no hacía calor.

—Ésas no son palabras para traer a esta mesa —dijo mi

padre y acercó hacia sí una ensalada de papas que había hecho mi hermana Marta, que ya era una experta en picar cualquier cosa y que incluso se hacía la enferma para no ir al colegio y así poder entrar en la cocina para ayudar en la fabricación de tortas y dulces. El doctor Schmulson dijo: “lo que tiene en la sangre es el negocio”, y Rivka se rió y la risa se le volvió una carcajada y casi se corta con un pequeño cuchillo que tenía en la mano porque al reírse se movió y fue Zoila la que logró colocar un trapo entre el cuchillo y la piel de la mujer de Jaim y así, consciente ya de la posibilidad de un accidente, Rivka pudo calmarse.

—No son palabras, son verdades —dijo mi madre y comenzó a servir trozos de carne con cebolla en nuestros platos.

—Hablemos de otras cosas, que estamos comiendo —dijo Victoria y eso que dijo fue como una explosión.

—¡Pues tú dejas de comer ya y te vas a tu cuarto! —Mi madre chilló y Victoria bajó la cabeza.

—Pero ella no ha dicho nada —la defendió mi padre.

—Si ha dicho o no ha dicho, eso sólo lo sé yo —y le señaló la puerta del comedor a Victoria mientras, simultáneamente, le quitaba a mi hermano Joaquín el trozo de carne que le había puesto en el plato. Joaquín la miró sorprendido.

—Mamá, me has quitado la carne —dijo con los ojos todavía muy abiertos.

—¡Pues no comes carne, querido!

Por esos mismos días de humor terrible en mi madre y de mucho trabajo en la cocina, mi padre llegó con una carta donde un tal Isaac Domb, sobrino del señor Súdit, anunciaba que vendría pero no daba la fecha. El hombre venía para la lectura del testamento y a vender la fábrica, cosa que sonó extraña porque todavía no se sabía lo que el señor Súdit había testado.

—Son muy efectivos los correos para traer desgracias —dijo mi madre.

—No es una desgracia, el señor Domb es el único heredero.

—Claro, como se preocupó tanto por su tío... Si lo vimos por acá cada año... Si siempre estuvo atento a la enfermedad... Supongo que debe tener alumbrada su fotografía... —Los dedos de mi madre se habían puesto rojos de tanto hacer tortas. Y cada pequeño detalle que la molestara le servía para explotar. Eso que no entendía bien qué era y que tenía que ver con Jaim y Míndele la mantenía al borde del abismo. Y el diablo que la empujaba era cualquier cosa. Para ella el matrimonio era olvidarse de todo lo que no fuera comida, hijos, cartas a la abuela y marido. Y si Jaim estaba casado y Míndele casada, lo que pudiera suceder entre ellos era peor que las plagas que le llegaron a Job.

—Tiene un embarazo difícil —dijo Zoila.

—Tengo lo que me da la gana —dijo mi madre. Zoila se sonó la nariz.

26.

EL TÍO ABUELO PINJAS NUNCA FUE A NUESTRA CASA, pero cada dos días nos invitaba a comer con él a algún sitio de la ciudad, a uno distinto. Nunca repitió lugar. Y si bien comíamos en lugares no muy lujosos como bares-restaurante porque “rosa, mi pequeña rosa” impedía que Pinjas gastara mucho dinero, “no debe tener mucho. Y si lo tiene, no tiene que gastárselo en invitaciones a comer. En casa hay suficiente comida tal y como se manda en la Torá”, el tío abuelo se gastaba una buena cantidad porque siempre pedía los platos más caros y se acompañaba de una buena botella de vino, en ocasiones blanco, en otras rojo. De acuerdo con la flor que llevara en el ojal, decía. Mi madre suponía que el tío abuelo estaba loco y que la locura era una de éstas de las que había oído hablar de chica: “cuando un judío sefardí se enloquece, le da por repartir comida”. Pero Pinjas no estaba mal de la cabeza ni tiraba el dinero como se tiran confites en una fiesta. Simplemente nos estaba acercando al futuro, como decía, porque el pasado no existía para él. Su teoría era muy elemental pero era consecuente con ella y por eso la guerra había desaparecido de su boca: “el porvenir existe si se zafa de todo tipo de pasado. Los recuerdos, las referencias de otros tiempos, los espacios sin movimiento, todo eso afecta

la idea de futuro porque siempre hay algo que nos ancla y nos llena de temor. Pasa como con mi hermana, que nunca salió de Salónica porque cargó la ciudad con ella; lleva su infancia a la espalda, las palabras de los viejos, los rezos y las supersticiones y por eso jamás asistió a los tiempos que venían. Nunca ha tenido futuro sino un pasado que la vuelve sorda”. Y proseguía: “sólo en aquellos lugares donde no hay referencia de nada, donde todos son recién llegados, el azar de lo que viene comienza a existir. El pasado está revelado y ya no sirve, nadie puede moverse ahí. Y esto es lo que necesito que aprendan, rosa, mi pequeña rosa; el tiempo no corre hacia atrás sino que va siguiendo la línea de adelante, donde todavía no se ve nada”.

Esta teoría sobre el futuro entró en mi padre como una pastilla contra el dolor de cabeza y sacudió a Jaim, pero éste resistió como un buen boxeador. No estaba para hacerse preguntas acerca de si estaba en el pasado, el presente o el porvenir. Mi tío simplemente vivía momentos atemporales, apariciones, y vagaba por el *tohú* y el *vohú*²⁹ como un ser sin crear, pero esta situación en lugar de llevarlo a la nada lo traía a varias realidades al mismo tiempo y, como un pianoforte, daba gotas agudas y sordas al unísono. La que sí consideró una idiotez la teoría fue mi madre. Para

29 El Caos y el Vacío.

ella la memoria, o sea, todos los componentes del pasado, tanto personales como colectivos, conformaban la estructura de la vida. ¿Cómo asistir al futuro vacío de tradiciones, experiencias y cartas que mantenían presentes los acontecimientos que de otra manera se olvidarían? Un futuro vacío no tenía sentido para mi madre. Quizá para el tío abuelo Pinjas, que sólo iba hacia delante, como un paria, y siempre estaba lejos, que nunca había tenido familia cerca y, según él, no había hecho nada en la guerra, ni perseguir ni ser perseguido, la falta de pasado fuera su manera de estar vivo, siempre floreciendo como en primavera, sin invierno que le apretara los huesos y carente de toda clase de oscuridades. Esa teoría la entendió Victoria como una novela que todavía no se escribía pero que se iniciaba todos los días.

Cuando le contamos a Míndele la teoría del tío abuelo, ella se fue a la ventana y miró hacia lo lejos. “Ese hombre debe ser un canalla”, dijo. Y nosotros salimos en silencio de la habitación. Por lo visto Pinjas tenía pocas oportunidades entre las mujeres casadas de la familia. El día había estado frío y amenazaba lluvia. Y mi padre había comido al mediodía con el tío abuelo, pero todavía no sabíamos de qué habían hablado.

—Lo que viene hace posible que hagamos cosas —dijo mi hermana Victoria. Tenía las manos en los bolsillos de la cha-

queta y lucía unos *jeans* sucios. Mi madre odiaba esa figura porque, decía ella, así no parecía una mujer sino un hombre abandonado, un tuberculoso.

—No volverás a comer con Pinjas —anotó mi madre.

—¿Por qué no? —La pregunta de mi padre fue lenta y con aire de desinterés. Miraba con una lente el mecanismo de un reloj de leontina que el señor Súdít le había regalado. Ese reloj había atravesado Rusia y China, luego la India y Francia. Y quizá fuera del padre de Súdít, aunque realmente mi padre nunca supo quién había sido su primer poseedor, lo que le daba mucho encanto al reloj. Jaim dijo que existían relojes que nunca habían tenido un primer poseedor sino un segundo. Él había conocido relojes así entre los kurdos.

—Porque son del mismo bando —contestó mi madre mirándonos a nosotros como un sargento que pasa revista a su compañía.

—Forman parte de la familia —fue la respuesta de mi padre. Pero no una respuesta con la que se comprometiera porque, como veíamos, el mecanismo del reloj lo tenía seducido.

27.

MÍNDELE MIRÓ AL TÍO JAIM DURANTE TODA UNA MAÑANA, sin hablarle ni hacerle ningún gesto. Sólo lo miró como se mira un objeto que no se define bien y entonces hay que estudiarlo con cuidado en cada detalle. Y en esas miradas continuas, en las que su cara no cambió ni ella se movió de sitio, Jaim se sintió más momia que nunca, vigilado por el ángel de la muerte. Y si bien pudo atender a los clientes y recomendar libros y discos, lo hizo de manera automática, como si lo movieran a control remoto. Pero al finalizar la mañana, ensayando un disco para una señora flaca y con una cabeza de pelos alborotados, que además tenía una boca roja y mal pintada, el tío despertó de esa especie de letargo en el que estaba sumido. Fue como si “La leyenda del beso”, la zarzuela que le ensayaba a la mujer, le hubiera inyectado vida.

—Es una música muy bella —dijo el tío.

—Es difícil ser vieja —anotó la mujer cambiando la dirección de lo que había dicho el tío y levantó su bolso hasta la barbilla. Tenía los ojos chicos y descoloridos.

—Todo es difícil en la vida —dijo Míndele desde su lugar. Y sonrió.

—Pero es más difícil ser vieja porque ya nadie la quiere a una. —La pequeña mujer miró a Jaim pidiéndole su

aprobación. Tenía los dientes torcidos y verdosos, largos.

Y durante toda esa mañana, en que las únicas palabras de Míndele fueron “todo es difícil en la vida”, ella inventó al tío. Como contó más tarde Victoria (que antes de que todo se revelara como una foto muy bien iluminada tenía conversaciones íntimas con Míndele y así sabía cosas que nosotros desconocíamos, como por ejemplo que Míndele miraba al tío en la librería y entonces lo convertía en otro), Jaim no era el tío ni vendía libros ni discos sino que, a los ojos de Míndele, se había ido convirtiendo en un viajero de tren que se acercaba a la estación para tomar a Míndele de la mano y llevársela hacia un horizonte de color arena, siguiendo un pájaro azul de seda. El tío, en la invención de Míndele, llevaba una pequeña maleta y un juego de bisturís con el que, presumió Míndele, la pensaba cortar en pequeños trozos que daría a las aves. Y luego él se cortaría también para irse comiendo a sí mismo hasta que no quedara ningún rastro de ellos. Esta última escena no fue clara para Victoria, que reflexionó en voz alta que nadie podría comerse a sí mismo del todo, porque llegaría un momento en que la acción sería imposible. Y si todavía se persistía en ello, necesitaría la ayuda de otro y ni aun así. Y algo peor, esa escena que era macabra pero poética dejaría de serlo para convertirse en un crimen en el que ya participaba un tercero.

—Jaim es capaz de todo —dijo Míndele—. Así que nadie

le ayudará.

—Y el pájaro azul, ¿qué papel desempeña en tu invención?

—No hay ninguna invención —dijo Míndeles—. Esto sucederá un día.

—¿Y el pájaro azul? —volvió a preguntar Victoria, que ya veía a Míndeles en los picos de las aves y al tío partiéndose de a trocitos y llevándose su carne a la boca.

—El pájaro azul de seda es la otra Míndeles, la que siempre está en Jaim —dijo la mujer y tomó las manos de mi hermana—. ¿Me crees?

—No sé, esto me asusta.

—¿Como nos asusta el *shofar*³⁰ cuando anuncia los días de penitencia?

El día en que Jaim fue inventado por Míndeles, que fue el mismo día en que él dejó de ser momia debido a la música de la zarzuela que compró la mujer vieja o quizá porque ya se le había cumplido el tiempo de estar así y entonces lo del sonido del disco fue una coincidencia, o tal vez fueron las miradas, en el azar se cruzan muchas líneas, mi tío miró de reojo a Míndeles y la encontró deseable, pero a la vez triste. Y supuso (esto se lo dijo después a mi padre), que pecar con ella sería como arrancarse la lengua.

30 Cuerno de carnero con el que se anuncian las grandes fiestas.

EL NEGOCIO DE LA LAVANDERÍA, que empezó bastante bien mientras Jaim y mi padre participaron de él, comenzó a venirse abajo con los malos manejos de Reuvén Toledo. Llegaba tarde en las mañanas y la mayoría de las veces no venía por la tarde porque prefería irse a jugar a las cartas o como ya se sabía en la sinagoga, y supo mi padre por un amigo de Súdít que fue a visitarlo para que le arreglara un aparato de radio que funcionaba mal (mi padre hacía arreglos menores por diversión), el marido de Mínde le tenía una amiga y con ella pasaba parte del tiempo. Lo habían visto con la mujer en una cafetería y entrando al cine. Y si bien no se aseguraba que hubiera entrado con ella a un hotel, se presumía. Esto que le contaron lo calló mi padre, pero le hizo mal en las entrañas. Dejó de trabajar en su máquina de hacer tornillos y pasó casi una semana dibujando líneas que no definían nada, o sea que el papel se perdió igual que el tiempo. Y como después pude leer en su diario, el azar le estaba jugando malas pasadas. Ya la situación no era el simple azar para el que existía una solución si se estaba en guardia; no, ahora era un caos creciente. Su amigo atraía a los demonios, como casi los atrajo en sus últimos días el señor Súdít (que ya descansaba en paz y ni siquiera se manifestaba

en sueños), igual que Jaim. Pero el tío sabía salir de ellos como un héroe de película. Y cuando esos diablos que criaba Reuvén Toledo estuvieran en la mesa, entonces vendrían los días de Babilonia y Egipto, juntos, para secar el corazón de mi madre y el de la viuda, a la par que ampliarían lo que vivían Jaim y Mínde, o sea que quizá llegarían las tinieblas y la familia se partiría y ya no habría tíos ni amigos, sólo miradas largas y conversaciones con odio o al menos palabras escupidas cuando se mencionara algo de esto que estaba pasando. A mi padre se le llenó el cerebro de confusión y las entrañas de guerra. Y, aunque lo veíamos sufrir, no le preguntamos nada, ni siquiera mi madre. Y esto nos extrañó porque ella no resistía que se cocieran dolores en silencio. Luego sabríamos que mi madre le había contado sus miedos al tío abuelo Pinjas y este le había dicho: “el mundo se crea en el caos, todo orden está precedido por un desorden. ¿Qué quieres que pase, rosa, mi pequeña rosa, si asistimos permanentemente al cambio?”. Y Pinjas le puso una mano en la cabeza, como en los días de Salónica, y le dio un confite de chocolate de los que mantenía en el bolsillo para darnos a nosotros. Entonces mi madre se sintió niña y alegre.

La lavandería no fue capaz de resistir los gastos de Reuvén Toledo y éste comenzó a sacar dinero del banco. Jaim se dio cuenta, porque él era quien revisaba las finanzas del negocio, y enfrentó al hombre en la oficina de la lavandería. Había

mucho polvo y papeles amarillos, señal de que Reuvén no iba por allí. Fue una conversación fría con muchas advertencias escondidas. Jaim le habló como si estuvieran en un café turco negociando el honor de una hija. Rivka contó que Reuvén se puso pálido como un recién muerto y juró que sólo estaba invirtiendo en acciones de otras empresas, como era corriente en los negocios.

—Estás mintiendo, querido amigo —dijo Jaim— y sacó una baraja del cajón del escritorio. Esto te tiene seducido —siguió mi tío— y puso unas cartas sobre el escritorio. Veo una mujer en tu vida, de pelo negro y tetas grandes —se burló—. Jaim también sabía lo de la amiga de Reuvén. Se lo habían contado en la sinagoga. El tío iba de vez en cuando a los servicios y allí, entre charlas y rezos, supo lo del marido de Míndele. Pero a Jaim la noticia no le entró como a mi padre. Ni siquiera le penetró. Para él, en la vida pasaban cosas.

Así, con la lavandería casi en quiebra, Reuvén Toledo traicionando a Míndele y el tío abuelo Pinjas pregonando la necesidad absoluta de borrar el pasado y asumir el futuro, el amor fue haciendo aparición. Primero como un amor puro, el de Pinjas por mi madre, que era muy distinto al de un tío por su sobrina, ya que en el tono de “rosa, mi pequeña rosa” no sólo se oían las palabras de una frase sino una especie de canción y quizá la síntesis, muy estrecha, de lo único que

el tío abuelo quería recordar. Algo así como una pequeña vidriera por la que en ocasiones entraba un sol de primavera. Diría que esa frase escondía un poema, una estancia en algún lugar, quizá lo que Pinjas hizo en la guerra y no quiso contar.

MÍNDELE DIJO (ESE DÍA ESTABA LLOVIENDO y la librería estaba bajo una luz medio verde y medio gris): “Nueva York es una extensión de hierro. Hay mucho metal en esa ciudad y los hombres y las mujeres no son más que tuercas y tornillos que una enorme llave inglesa aprieta más cada día hasta hacerlos estallar. Y mientras estallan, todos piensan sólo en avanzar como un tren que ha perdido su estación, yendo todo el tiempo a cualquier lugar, haciendo un ruido enorme y frenando en seco para morir mordiéndose el corazón. Esto me pudo pasar a mí: pude morderme el corazón, pero no lo hice porque me puse algodones en la boca. Te buscaba en esa enorme mole de cables y vigas de acero, por encima de los rieles de las estaciones, en los semáforos, en los anuncios de neón, en las faldas de las mujeres viejas, en las canastas con fruta, en los platos de *spaghetti*, y para eso necesitaba el corazón en buen estado, sin mordiscos”. Y mientras Míndele decía esto caminaba por entre los libros y los ojeaba. Luego miraba a Jaim y lo veía sentado como si estuviera esperando el bus en alguna parada, con las piernas cerradas, las manos sobre los muslos y la cabeza mirando de izquierda a derecha. “Fueron muy tristes esas miradas, como si en lugar de mirarme a mí estuviera mirando una tumba de cementerio”,

le dijo Jaim a mi padre y éste se lo contó al tío abuelo Pinjas, o sea que lo que sucedía entre Jaim y Míndele tenía como punto de encuentro al tío abuelo, que no daba una respuesta sino que movía el bastón y cerraba los ojos. Estaría, supongo, pensando en esos días de la guerra de los que no hablaba y al no decir nada entonces no hubo guerra para él. “El silencio borra los tiempos, los distorsiona, los hace distintos”, anotó mi padre en su cuaderno.

Cuando Míndele paró de hablar de Nueva York y de su corazón sin morder, Jaim se puso de pie y se acercó a ella. Le dio un beso en la frente como si se fuera a despedir de una hija o a Míndele la fueran a fusilar y entonces, en esta situación, era un último beso triste. En las conversaciones de Jaim con mi padre, que eran lentas y nunca directas sino a través de frases que entraban en un laberinto y se encontraban al azar (eso pretendía Jaim pero mi padre, conocedor de la confusión, sabía que ése no era un azar sino una especie de juego indio, pensado despaciosamente como una jugada decisiva de ajedrez), el tío se iba revelando. Y ahí no existía el azar sino una nueva puntada sobre el tejido que se había ido ampliando para que Jaim y Míndele se mostraran en su real situación: dos que se buscaban desesperadamente pero que al momento de encontrarse no se veían. Y a esta situación asistía mi padre como si fuera un turista perdido.

Míndele salió de la librería y en ese momento empezó a llover. El día había sido frío y las calles se veían estrechas. Mi hermana Victoria contó que Míndele, a la que vio en la tarde, le había hablado de fideos podridos. Y que en medio de la descripción que había hecho de esos fideos, donde habló también de gusanos verdes largos y de tiras rosadas llenas de moscas, se había detenido en seco y cantó *Mon vieux Lucien* imitando a Edith Piaf y al final a Maurice Chevalier, porque Míndele se movió como si estuviera en un escenario de cabaret o la estuvieran filmando para una película musical. La visión que Victoria tenía de Edith Piaf, *chansonista* que le gustaba mucho escuchar a mi padre y a la que le hacía una segunda voz desastrosa, era la de una ostra con el centro rojo y esa no fue la imagen que Victoria vio de Míndele. A Zoila le dijo que se había transformado en otra Míndele, no la de los pájaros sino en una que se volvía música, y la mujer de la cocina se encogió de hombros, encendió un cigarrillo y se echó una bendición. Ese día no se habían hecho tortas porque la harina se había humedecido mal y se había partido en varios pedazos.

30.

EL NEGOCIO DE LA LAVANDERÍA SIGUIÓ FATAL. Reuvén Toledo desaparecía por días enteros y mi padre decidió renunciar a su participación en él, que no era la de socio sino de asesor, para volver a su máquina de fabricar tornillos y aceptar un empleo que le ofrecieron en una empresa textil de la ciudad a través de un hombre que proveía de hilaza la fábrica del señor Súdít, aun en los últimos días, cuando todo era sólo confusión. Este hombre, al que mi padre llamaba el señor Espinosa, era flaco y de cara dura, vestía siempre de negro y nunca intimaba con nadie. Sus relaciones tenían que ver sólo con estopa y con hilazas. Pero él, sin más palabras que “¿desea trabajar aquí, en esta fábrica?” y mostrando una tarjeta, fue la conexión entre mi padre y la nueva empresa y así apareció el primer puesto que tuvo en un negocio de gente que no conocía, lo que nos creó muchas expectativas, en especial a mi madre que le recomendó trabajar con los oídos cerrados por si alguno le decía alguna cosa sobre la religión o no lo invitaban a participar de fiestas porque era judío, etc. Mi padre se reía de esto. No sabía que en la ciudad le hubiera sucedido algo a un judío (eso hubiera causado revuelo en la sinagoga), por el contrario, le habían dicho que se trabajaba bien en las empresas católicas y la gente común no tenía una

idea clara sobre qué cosa era judío. La idea más cercana a un judío o un hebreo la relacionaban en la ciudad con unas figuras que paseaban en las procesiones de Semana Santa, que en realidad no eran imágenes de israelitas sino de soldados romanos. “El trópico es otro mundo, no hay tantas tristezas como en otras partes”, dijo mi padre. Pero mi madre persistió en sus consejos de que todo lo hiciera bien en el sitio de trabajo y cuando terminara su jornada regresara a casa, que no se quedara por ahí a beber cerveza o jugar al billar, ella sabía que sucedían estas cosas. Y nosotros, que estábamos en la mesa haciéndonos los que comíamos, pero lo cierto era que nuestras orejas estaban convertidas en radares, vimos a nuestra madre muy chica y asustada. Jaime nos había dicho que donde había cerveza y mujer también había mujeres vestidas de rojo.

—Ahora sí vas a ser famoso —dijo Victoria señalando a mi padre.

—¿Por qué sería famoso? —preguntó Marta.

—Porque hay pocos judíos en empresas cristianas, así que todos hablarán de él —contestó mi hermana mayor y miró de reojo a mi madre esperando un regaño o al menos una mala cara. Victoria hablaba y de inmediato se ponía en guardia. En los últimos días sus palabras habían sido desafortunadas, sobre todo en las preguntas al tío abuelo. Pero no pasó nada. Mi madre jugaba con una cucharilla y dibujaba algo como letras sobre el flan de leche.

Cuando mi padre comenzó a trabajar en el cargo de asistente del director técnico, un hombre gordo y bonachón que se llamaba Samuel Echeverri, la lavandería se vino definitivamente al suelo y hubo que despedir a los hombres y mujeres que trabajaban allí y así lo que pudo ser un buen negocio quedó convertido en un espacio largo lleno de máquinas de lavar detenidas y planchas desconectadas sobre las mesas vacías. Los últimos vestidos lavados y planchados los entregó Jaim puerta a puerta y cuando ya no hubo ningún compromiso con los clientes, el tío se encerró en el local y Rivka y mi madre, al comprender que no saldría en dos o tres días de allí mientras tomaba una decisión, como juró Jaim, tuvieron que llevarle café y bocadillos. Primero una canasta completa y luego café y cigarrillos. Jaim fumaba y mordía, hacía cuentas y escuchaba radio a todo volumen. “Todo al mismo tiempo”, dijo Rivka. Estaba en alguno de sus mundos, quizá luchando contra alguna tribu en el Amazonas, donde si no hay flechas hay moscos asesinos, acotó Victoria.

—Pero éste no es tu problema —le dijo Rivka a Jaim varias veces, mientras veía a su marido en medio del humo. Mi madre permanecía de pie y miraba el estado de su hermano. Jaim tenía el pelo desordenado, la camisa por fuera, un pie aparecía con media y el otro no. Y como reflexionó mi madre después en la mesa, ese sí era problema de Jaim porque él se había entregado a la lavandería con la misma pasión que

a la librería y ella, que conocía a su hermano, tenía claro que lo que sucediera con la lavandería lo tocaba muy profundo y más ahora que la viuda, al aceptar por fin los desórdenes de su yerno, se había vuelto clienta diaria del consultorio del doctor Schmulson. Se puso enferma el mismo día en que se encerró Jaim y a cada momento le aparecía una enfermedad distinta, tal vez imaginaria o quizá detenida desde los días en que Míndele no estuvo en casa, así que todos estábamos atentos a lo que le sucediera a ella y a sus negocios porque en ocasiones la mujer deliraba parecido al señor Súdít, lo que nos llevó a pensar todas las cosas imaginables: ya existían antecedentes de la forma en que enloquecía. Rivka y Míndele asumieron entonces la librería y la mujer india trabajó a media marcha en el almacén de botones porque tuvo que atender a la viuda y estar pendiente de cada cosa que hacía. La mujer india la conocía bien y la resistía. Además, entre ellas había pactos de ayuda y de asistirse mutuamente cuando el mundo se estuviera acabando. De Reuvén Toledo sólo se supo que llegó tarde en las noches y salió al día siguiente muy perfumado, como si no estuviera sucediendo nada. La única frase que le oyó Míndele en esos días fue: “Es una suerte que la gripe no me haya dado a mí”, porque el hombre tomó la situación como una peste que atacaba los bronquios y no los bolsillos y el amor propio de su suegra. Y si bien esta actitud de Reuvén le habría dado a mi madre tema suficiente para maldecirlo y criticar a mi padre por tener amigos así,

nada de esto sucedió. O sea que mi madre se olía el final de Reuvén Toledo, pero no se sentía bien por esto sino que ahora el problema central que se le planteaba era Mínde y lo que pudiera suceder entre ella y Jaim, pues esa relación cada vez tomaba más cuerpo y ya casi se convertía en palabras en la mesa. Durante los tres días que Jaim permaneció encerrado en la lavandería, mi madre habló varias veces con el tío abuelo Pinjas. Incluso el tío abuelo se acercó hasta la esquina de la casa, pero no entró. Seguía en sus trece: su espacio era el futuro, eso que no se percibía bien pero que brindaba enormes oportunidades porque no estaba atado a nada ni a nadie.

—Está atado a nosotros —dijo Victoria.

—No discutas eso con Pinjas —dijo mi madre—. No quiero que aparezcan nuevas teorías.

31.

JAIM AL FIN NO TOMÓ LA DECISIÓN de cómo liquidar la lavandería porque no pudo encontrar una solución acertada que le permitiera seguir con el negocio de lavar y planchar ropa, como quería, porque así, escondido entre números y recibos, pagos y compromisos, escapaba de Míndele por horas y evitaba el caos que le producían esas apariciones imprevistas en la librería. Ya había probado que podía evadir la presencia de ella tomando una libreta y poniéndose a revisar facturas de pago y cuentas por cobrar. Era una situación absurda, ella mirándolo y él haciendo números, restando y multiplicando. Y el amor entre los dos, en lugar de escapar de ahí, haciéndose más fuerte, sólo que de una manera distinta. Luego Pinjas diría: “Ese es el amor que me gusta, el que trata de existir”.

Realmente Jaim no tuvo valor para cerrar el negocio y en esos días de encierro lo que buscó fue una solución para no cerrarlo, pero no encontró nada a pesar de lo gran imaginador que era. En los tres días en que permaneció encerrado y sin dormir, sólo alcanzó a tener unas ojeras enormes y una cara larga y amarillenta. Claro que Victoria dijo, y esto sí le valió un regaño, que un hombre con los diablos del amor

en las entrañas no tenía posibilidades de tomar decisiones económicas.

—¿Enamorado de quién? —preguntó mi madre con los ojos encendidos—. Esa palabra, enamorado, nos hizo abrir las orejas.

—No sé, supongo que de Rivka o de la librería, o... —dijo Victoria mordiéndose con ansias la uña del índice derecho. Detrás de ella estaba una foto de la abuela con las tías y con el grito la cara de la abuela se hizo más severa. Las tías parecían asustadas. Eso percibí desde el ángulo en que yo miraba.

—No siembres la cizaña en esta mesa —volvió casi a gritar mi madre y yo me hice a un lado porque esperé una cachetada en las mejillas de Victoria, que se encogió en el taburete dejando ver completo el cuadro en el que estaba la fotografía de las tías y la abuela. Esa fotografía nos había llegado con la orden, supongo que así fue la frase que mi madre leyó en la carta, de ser exhibida en una de las paredes del comedor. Desde allí nos vería comer cosas prohibidas, nos burlamos nosotros. Pero lo importante no era la foto ni Victoria con más de medio cuerpo por debajo de la mesa sino las palabras de mi hermana, que fueron las primeras que evidenciaron en la mesa la presencia de los demonios del amor entre Jaim y Mínde, pero no como una certeza sino como una pequeña ventana que se abrió y por ahí, en lugar de entrar luz, entró oscuridad con dos o tres luciérnagas

dando vueltas en torno a nosotros. Sin embargo mi madre no reaccionó como yo esperaba, abriendo los dedos y moviendo la mano con la celeridad de una serpiente, sino que entre ella y mi padre se cruzaron unas miradas que nos dieron a entender que algo de más sabía mi hermana, o sea que ya formaba parte del tejido que iba apareciendo. De alguna manera, a pesar de que los demonios son demonios y cuando pican causan dolor, éstos en ocasiones ayudan sin darse cuenta. Claro que no fue una ayuda buena sino el inicio de la aceptación de un hecho concreto que no se podía negar más. La más asombrada con la situación fue Victoria, que volvió a emerger de donde estaba y comenzó a partir el pan.

Dos días después, el tío Pinjas llamó a mi padre y le dijo: “Ya todo está resuelto. He vendido bien las máquinas, las mesas y las planchas, y he logrado una rebaja en varias deudas”. Luego le contó que había vendido la lavandería a una empresa competencia de donde trabajaba mi padre y el dinero que logró de todo, con la autorización de Jaim, se había invertido en acciones de carbón. “En cosa de un año volveremos a vender las acciones. El carbón ya es energía vieja”, terminó diciendo el tío abuelo. Después sabríamos que Pinjas, mientras hacía el negocio, había cambiado de pensión y ahora vivía en un hotel cercano al centro de la ciudad. “Es más grande y cómodo, rosa, mi pequeña rosa”, le dijo a mi

madre, pero mi padre pensó otra cosa: “Ese hombre no se ata a nada. Una vez se aprende un lugar, se va. Necesita incertidumbre todo el tiempo”.

Una semana después de la clausura de la lavandería, la viuda se puso mejor de salud y le pidió a Jaim que no le diera un solo centavo a Reuvén Toledo.

—Es el esposo de Míndele —dijo mi tío.

—Es mi enfermedad y tengo que acabarla —contestó la mujer.

32.

LA AMIGA DE REUVÉN TOLEDO APARECIÓ por la librería por pura coincidencia, porque le gustó el disco de bole-ros que había exhibido en la vitrina y entró a comprarlo. Y cuando fue a pagar se le cayó algo de la cartera y Jaim, que se agachó a recoger lo que había caído, vio que era una foto del amigo de mi padre. Estaba abrazado a la mujer y en actitud de darle un beso. Se veía muy enamorado y sonriente.

—Gracias —dijo la mujer. Era alta y bonita, con un pelo largo rizado. El vestido sastre le hacía lucir unas caderas redondas y unas piernas largas. Del cuello le colgaba un medallón con la letra shin.

—¿Es usted judía? —preguntó mi tío, que ya no tenía ojeras y se había afeitado, así que los días anteriores no se le notaban y, por el contrario, parecía un librero próspero.

—No, mi marido es el que es judío.

—Con la letra shin se escribe *sheker*³¹ —dijo Jaim alargando la cara y abriendo la registradora. La mujer pagó y sonrió. Tenía unos dientes y unos labios muy bellos. Y no le dio importancia a lo que dijo mi tío ni a las caras que

31 Mentira, en hebreo.

puso cuando recogió la foto y oyó que Reuvén Toledo era el marido de ella. Cuando la mujer salió, el ambiente quedó perfumado.

Y así, sin buscarlo, la amiga del marido de Míndeles fue conocida primero por Jaim, no para suerte de él sino para problemas porque la vio de nuevo dos días después y no porque regresara por otro disco o un libro, sino enfurecida.

—¡Usted fue el que estafó a mi marido! —chilló la mujer no más vio a mi tío.

—No sé de qué habla —dijo Jaim que en ese momento revisaba las facturas de unas cajas con libros que le habían llegado. Un par de mujeres que miraban unas revistas de moda observaron curiosas la escena en la que una mujer bella y furiosa, vestida con un traje verde, le hacía reclamos a Jaim.

—Que usted le robó la lavandería —dijo en un susurro la mujer que, al darse cuenta de que la estaban mirando, recuperó la compostura—. “Tiene clase”, pensó mi tío y la invitó a sentarse.

—Le digo que está equivocada —dijo Jaim y se puso el lápiz en la oreja. Cogió aspecto de carpintero.

—Vendré con la policía —dijo la mujer en voz baja. Las mujeres que miraban las revistas se acercaron un poco.

—No creo que sea necesario. Es una equivocación. —La cara de Jaim comenzó a ponerse roja. Le sucedía cuando

enfrentaba un obstáculo que no lograba controlar y eso que decía la mujer era una piedra que le había entrado en lo más hondo de las orejas y ahí se revolvía produciendo ruido. Además, las mujeres que miraban las revistas lo tenían nervioso. Casi las tenía encima. Las dos eran gordas y tenían el pelo rojizo. Daba mucho calor mirarlas.

—Vendré con Elías —dijo la mujer y se pasó la lengua por los dientes.

—Él no se llama Elías sino Reuvén —dijo Jaim y miró a las gordas que de inmediato dieron la vuelta y cuchichearon algo. Sonaron unas risas cortas. La amiga de Reuvén Toledo tenía los ojos muy abiertos y las manos sobre el medallón. El traje sastre verde se le había abierto un poco y mostraba una piel rosada.

—Vendré con la policía —reiteró la mujer casi en un ahogo y se marchó—. Las medias de vena le hicieron ver las piernas muy provocativas y el tío Jaim pudo verlas mejor, pero las mujeres gordas aparecieron frente a sus ojos.

—No tendrá problemas con esa pobre mujer... —las dos mujeres hablaron al mismo tiempo—. Las revistas que tenían en las manos estaban un poco ajadas.

Y esto último que pasó y que le alteró los nervios fue lo que hizo que el tío Jaim hablara y dijera frente a Rivka, Míndele y mi madre que había conocido a la amiga de Reuvén, que se presentaba como esposa de él. Si ella no lo hubiera tratado

de estafador, quizá nunca hubiera dicho nada. Jaim no se metía en la vida de nadie. Para él, que cada uno entrara en el tohú y el bohú era cosa suya. Había vivido demasiado para asustarse con tan poca cosa. Desiertos con serpientes, mares de todas las latitudes, noches en lugares peligrosos, hombres con puñales en el cinto, todo esto y más formaba parte de la biografía del tío, que últimamente nos contaba historias de Marco Polo diciéndonos que él no había visitado esos lugares que narraba en su libro, que eran bien distintos y allí no trataban tan bien a la gente. “Conozco mongoles y chinos del norte, traficantes de hachís y falsificadores de seda, eso es lo que hay en la ruta del Khan”, nos dijo.

Lo que Jaim contó de la mujer del traje verde hizo que Rivka y mi madre miraran a Míndele para verle la reacción, pero ella lo único que pidió fue un cigarrillo.

—Me cansan esas historias —dijo Míndele y se asomó a la ventana. “La ciudad es de hierro”, la escuchó decir mi madre. Rivka sacudía con la mano una mesa donde no había nada.

33.

LA AMIGA DE REUVÉN TOLEDO REGRESÓ A LA LIBRERÍA, no con la policía ni en actitud agresiva, el mismo día en que llamó por teléfono a casa el sobrino de Súdít, el señor Domb, que se nombró doctor, explicando que era físico y matemático puro, y que vendría en la noche a visitarnos. Así que el mismo día sucedieron dos hechos que nada tenían que ver entre ellos pero que al final se unieron en nuestra mesa a la hora de la cena, aunque el primero no fue muy claro. El único que no estuvo presente fue Pinjas, pero mi madre ya lo informaría de todo, no como una chismosa sino como alguien que busca tranquilidad a las angustias que estaba pasando porque por esos días estaba imaginando muchas cosas, como por ejemplo que el doctor Domb haría reclamos sobre asuntos que no existían o que Mínde le terminaría explotando porque no era creíble que una mujer casada recibiera con tanta tranquilidad la noticia de la traición de su esposo. Y si en verdad no le importaba, entonces lo de Jaim y ella era tan cierto como que los ríos llegan al mar y entonces la que haría duelo sería Rivka. Y si bien esto lo podría comentar con mi padre, el tío abuelo Pinjas le daba la tranquilidad que su marido no le daba: volverse una niña mimada. La situación era delirante: mi

madre buscando el pasado en un hombre que sólo admitía el futuro y él encontrándose en ella en una sola frase, “rosa, mi pequeña rosa”.

Ese mismo día se dieron dos historias. La historia de la amiga de Reuvén Toledo que llegó temprano a la librería y se acercó a Jaim y se lo quedó mirando por un rato, como si el tío fuera una vitrina de donde hubiera qué escoger. Y luego de mirarlo, le dijo: “Elías me ha dicho que usted miente”. Su voz era suave, baja. Ese día la mujer tenía el pelo cogido y parecía más joven. Y como a esas horas todavía no había clientes en el negocio, Jaim se dio el gusto de mirarla.

—¿Y él, por qué no viene? —preguntó mi tío.

—Porque tiene miedo y quien miente es él —dijo la mujer y miró hacia la pared. Se la veía triste.

—O quizá todo sea una equivocación —Jaim le miró el perfil, las manos largas, un pequeño bolso que llevaba con ella.

—No es mi marido, usted lo sabe. —La mujer volteó la cara hacia la calle y Jaim creyó que alguien la estaba esperando afuera.

—No sé nada —dijo mi tío buscando una libreta de facturas para jugar con ella. Estaba incómodo con esa mujer que no decía nada claro, o que lo decía, pero el tío no quería meterse ahí.

—Pero me quiero casar con él y llevármelo lejos —dijo

la mujer y se puso de pie. Y desde esa posición siguió hablando—: es un buen hombre, un mentiroso y un jugador de cartas, pero es bueno. La mujer volvió a mirar hacia fuera.

—No sé qué pueda hacer —dijo Jaim y comenzó a rayar una factura. Hizo dos círculos y los atravesó con una línea. Luego escribió unas letras latinas al revés.

—No se llama Elías, ¿cierto? La mujer abrió el bolso y sacó otra foto distinta de la que Jaim había visto. —Mírelo bien, dígame cuál es su nombre real—. En la foto aparecía Reuvén Toledo con la cara encima del hombro de ella.

—Tiene cara de llamarse Elías. Llámelo así. —En las rayas que mi tío hacía en la factura apareció un pequeño caracol. Jaim siempre dibujó caracoles cuando estaba tranquilo y en ese momento casi flotaba. Los caracoles que pintaba decían que su sangre entraba en estado de quietud. La mujer parecía vencida. Y era muy bella para seguirle la suerte a Reuvén Toledo.

—Elías, no me gusta ese nombre, creo que es más bonito Santiago. Le diré que se llama Santiago —dijo la mujer y salió de la librería, pero antes dejó su teléfono anotado en un papel. “Si no se llama Elías, me llama”—. Mi tío le contaba este diálogo de radionovela a mi padre y se mesaba los cabellos. “Mira que me tocan unos asuntos...”. Pero por la forma en como contó la historia no parecía hablar de Reuvén Toledo y de su amiga sino de él, que se cambiaría el

nombre y desaparecería. Hablando con mi padre, Jaim no fue capaz de dibujar siquiera la mitad de un caracol.

La otra historia de ese día se dio en nuestra mesa, en la que el invitado de honor fue el doctor Isaac Domb y sobre quien teníamos puestas todas las miradas porque era el sobrino desconocido del señor Súdit y venía de Rumania, así que cuando abriera la boca aparecerían historias desconocidas y nosotros nos asombraríamos porque de ese país no sabíamos nada, sólo que de allí no podía salir nadie porque Rumania era un país comunista, pero el doctor Domb había salido, o sea que tenía algo especial, quizá un don mágico para atravesar fronteras o hacerse invisible. El único que no le dio importancia al invitado fue el tío Jaim que tenía en la cabeza la imagen triste de la amiga de Reuvén Toledo, las piernas largas y bellas, el nombre de Elías. Y que todavía no le había contado a mi padre la situación que había vivido, lo que lo hacía en ese momento poseedor de un secreto. A su lado, Rivka se apoyaba en su hombro, casi como en la fotografía que la mujer le había mostrado.

El doctor Isaac Domb tenía una voz nasal y la nariz grande y carnosa, igual que los labios, los ojos hundidos y lucía una barba amarilla en puntas que le alargaba el mentón y la cara flaca. Pero resultó muy amable y educado, e hizo gala de un buen humor negro cuando le preguntamos cómo había

salido de Rumania. “Dentro de una caja con libros de propaganda”, nos dijo y Victoria aprovechó para decirle que eso no era posible, que él debía ser alguien importante o quizá hasta trabajara para la policía secreta.

—¿Haciendo qué? —preguntó divertido el doctor Domb.

—Espiendo a otros científicos para que no escapen.
—Victoria hablaba y miraba a mi madre, pero ella estaba muy ocupada con los platos, buscándoles un lugar en la mesa.

—Ya no cabemos aquí —dijo pasando una fuente con ensalada por encima de la cabeza de mi hermana Marta.

—Pronto me iré —dijo el doctor Domb.

—No lo digo por usted, sólo que la mesa...

—Es una mesa —completó el doctor Domb y encogió los hombros para empezar a comer. Sus manos se movían rápido y no dejaban caer ni una miga sobre el mantel. Mi padre lo miraba todo el tiempo y a Joaquín, que se apretaba al lado mío, se le ocurrió decir que en esa manera precisa de comer, en esos pasos tan exactos como tener el tenedor en el plato en el preciso momento en que tragaba un bocado y se llevaba ya otro a la boca, estaba el secreto del movimiento que le faltó a la máquina de hacer pan de mi padre. Si esa máquina hubiera funcionado como comía el doctor Domb, no sólo tendríamos una mesa más grande sino que en casa no se estarían haciendo tortas. Joaquín soñaba con tener dinero para no hacer nada. “Quiero vivir como las tortugas”, decía.

—Pero las tortugas viven mal —le había dicho Victoria—. Son sucias, pesadas, feas.

—Esa es la felicidad —le contestó mi hermano—. Pero ahora no se hablaba de tortugas sino de física porque el doctor Domb, mientras comía, comenzó a explicarle a Victoria (que como tenía un físico al frente no pudo evitar la pregunta) cómo era el asunto de la teoría de la relatividad y todos, incluso Jaim, nos metimos en la historia de un tren que visto desde lejos no se movía, pero que efectivamente estaba en movimiento y todo era un juego de espacio y masa, y a más velocidad y mayor lejanía más relativo el movimiento pero menos el tiempo para cubrir el espacio que recorría el tren, etc.

—Pero no nos ha contado cómo salió de Rumania —dijo mi madre para que la comida no se le echara a perder debido a que estaba más interesante lo que decía el doctor Domb que lo que ella había preparado a las carreras, con maldiciones incluidas de Zoila que se quejaba de que se debía anunciar con más tiempo una visita. Claro que a ella le gustaba que el mundo se revoliera porque así muchos diablos se alejaban de la casa y más en este momento en que no había nada claro en lo que sucedería entre Reuvén Toledo y Mínde. Zoila había hablado con la mujer india, pero no hubo nada que no se supiera ya, o sea que todo seguía como un globo que se iba inflando sin control, pero sin explotar, como un absceso en el paladar, le dijo Zoila

a mi madre. Estas descripciones horrorizaban a mi madre.

—Salí con un pasaporte normal. En Rumania tengo mujer y tres hijas. Y trabajo en una buena universidad. No tengo por qué escapar.

—¿Entonces usted es comunista? —dijo Marta y puso atención a la respuesta.

—Soy científico —respondió Domb. Y se acarició la barriga. Había comido demasiado.

—Y los científicos no leen periódicos. En todas partes los tienen guardados como conejos blancos —dijo Victoria, que ya ayudaba a llevar platos a la cocina. El doctor Domb se rió.

—Comunistas, fascistas, industriales, banqueros, todos son iguales —dijo Jaim despertando del letargo que le había producido el vino. Y como Míndele no estaba, sólo vio amigos de Reuvén Toledo multiplicándose.

Cuando terminó la cena, mi padre se retiró con el doctor Domb. Luego nos contaría que el hombre sólo quería que liquidaran todo y el dinero de la herencia, que fue toda para él, como decía en el testamento, se lo pusieran en una cuenta en los Estados Unidos. Y dijo: “a nombre de mis hijas, alguna vez se tiene que acabar Rumania”. Y no hizo ningún reclamo: “Si hay algo para mí, por favor”. Con esas palabras empezó la conversación con mi padre y con las mismas terminó (por favor). Del doctor Domb, al que sólo vimos una

vez y nos impresionó más su manera de comer que de hablar, nos quedó su figura flaca al despedirse, la nariz con gafas, pues se las puso para irse, y un abrigo enorme que hizo exclamar a Zoila: “¡Se va a morir con eso puesto en estos calores!”. Victoria lo definió bien: “es lo que queda del señor Súdít”, dijo.

34.

LA VIUDA VISITÓ A PINJAS PARA AGRADECERLE los oficios de la venta de la lavandería y la compra de las acciones. Claro que también quería conocerlo por lo que se decía de él, que ya no sólo era tema de nuestra mesa sino comidilla en la sinagoga donde se dijo “pero podría al menos venir para que sepa que existimos”. Y lo encontró trabajando en un cuaderno donde no escribía sino que dibujaba personas a las que les faltaba la cara. Esos dibujos los hacía con tinta azul y trazos finos. Estaba en la cafetería del hotel, al lado de un enorme florero de flores rosadas y rojas, y más parecía un hombre próspero del trópico, con su traje blanco impecable, que un extranjero que vivía sin tiempo. El tío abuelo le sonrió y, con sus maneras refinadas, la invitó a sentarse frente a él. Le gustaba mirar de frente a las personas con las que iniciaba una conversación y, además, era su manera de no perder al otro. Nos había dicho: “a la izquierda y a la derecha sólo está lo que no tiene forma precisa. Por eso no somos como las gallinas sino que tenemos los ojos de frente, para mirar hacia delante. Las gallinas no entienden lo que pasa”. Esta reflexión le había gustado a Victoria pero también la había puesto a pensar cómo un hombre que se escapaba del tiempo usaba palabras pasadas. Pero no quiso

preguntar a pesar de que en ese momento no estaba mi madre presente. Para ella Pinjas era un rompecabezas que iría armando lentamente.

La viuda se sentó haciendo caras y moviendo las manos como si estuviera sacudiendo polvo. El tío abuelo, como ella nos dijo después, la había puesto nerviosa. Le pareció un gran rabino y, aunque sabía por nosotros que Pinjas no creía en nada, lo sintió lleno de sabiduría. “He conocido grandes hombres, ustedes los han visto en mi familia, pero él es más grande que ellos”, nos comentó bajando los ojos, como una muchacha que acaba de conocer al hombre que ha ido creando, pacientemente, en lecturas y momentos de intimidad. “La enamoró” comentó Victoria, y mi madre sonrió. Ése era el amor que entendía mi madre, que una mujer mirara a un hombre y lo respetara, que se asombrara con él, que no lo inventara sino que lo tuviera ahí para dejarse bendecir. Y lo que sucedió entre Pinjas y la viuda fue, para mi madre, como el encuentro entre Rebeca e Isaac. Esa historia le gustaba mucho porque allí no se hablaba de una pasión sino del ángel de D-s uniendo lo que ya estaba escrito en el cielo. Cuando nos la leía en hebreo, sus palabras cantaban.

—Y qué hace —le preguntó la viuda al tío Pinjas.

—Escribo —dijo él mirándola a los ojos.

—Pero no son letras las que hace sino figuras.

—Los dibujos se convierten en palabras; si no, no podríamos entenderlos.

Luego tomaron un café, hablaron y en esa conversación el pasado desapareció para la mujer. Al final, el tío abuelo tomó la mano de la mujer y la besó dos veces.

—Y no me agradezca nada, las cosas suceden. Se crían en el aire y vienen hasta nosotros. Es lo bello del futuro: nos da lo que no conocemos, lo que todavía es puro y está sin contaminar.

—Pero puede ser terrible eso que llega.

—Eso depende de nosotros —dijo Pinjas y acompañó a la viuda hasta la salida del hotel. Afuera brillaba el día y los autobuses multicolores, con su ruido y movimiento, daban la sensación de otro inicio de la creación del mundo.

Y fue este encuentro de agradecimiento (y de amor aceptado por mi madre) el que sacó definitivamente a Reuvén Toledo del buen lugar que ocupaba frente a la viuda. Y no porque Pinjas dijera algo o lo insinuara sino porque la viuda entendió que su yerno también debía aceptar el futuro como norma y no sólo como un juego de cartas, o sea un azar completo y no ése que estaba limitado por el dinero y las trampas.

—Tendrás que hacerte a un lugar propio en la tierra —le dijo la viuda a Reuvén. Ese día Míndele lo había pasado

ordenando la casa y haciendo un inventario de todo lo que tenía forma y peso, anotándolo en un cuaderno y al final le dijo a su madre “creo que en esta casa viven cuatro generaciones juntas”.

—Lo tengo —dijo Reuvén sin hacerse aguas en la boca.

—Pues vete a él —le dijo la viuda—. Y con tu mujer. Las últimas palabras fueron tan serenas como abrir un libro de contabilidad donde todo está en orden.

—¿Me estás echando? —dijo Reuvén soplándose las uñas. Ese día Míndele también había dicho: “mi marido no va a crear la quinta”.

—Te estoy dando la oportunidad de que seas tú —dijo la viuda y fue hasta un estante para sacar de allí un frasco con confites. Le ofreció uno a Reuvén.

—¿Pero qué será de Míndele? —preguntó Reuvén rechazando el confite. Según dijo después mi padre, su amigo consideraba mala suerte recibir un confite de manos de una mujer viuda.

—Lo que sea, ella al menos sí tiene un sitio en el mundo —Los ojos de la mujer se opacaron un poco—. Ella no es cobarde como tú.

—Me estás ofendiendo, querida Leah. —Reuvén Toledo se puso de pie.

—Te estoy ofendiendo.

En la noche, Reuvén Toledo telefoneó a Jaim y lo maldijo.

“Y se te pudrirán las manos y los pies”, le dijo.

—Déjame dormir —respondió mi tío. Y colgó la bocina.

—¿Quién era? —preguntó Rivka que en ese momento leía un libro sobre plantas pero en verdad estaba esperando que su marido la acariciara porque sentía que su vientre estaba fértil. Eso le contó ella a mi madre, diciéndole también que Jaim le había contestado: “Un diablo al que le cayó un jarro de agua encima”.

35.

MÍNDELE APARECIÓ POR LA LIBRERÍA EN EL MOMENTO en que mi tío iba a cerrar. Jaim ya había hecho la contabilidad del día y organizado unos libros y unos discos nuevos y lo único que quería hacer era irse a casa para estirar las piernas y mirar al techo. Después del cierre de la lavandería, Jaim había descubierto, como le dijo a mi padre y a Pinjas, que mirar hacia arriba lo relajaba y lo ponía a pensar sobre los países que no conocía ni conocería ya porque no tendría tiempo y sentía además que le fallaban los huesos y carecía ya del sentido de la aventura, que ese motor no funcionaba y si de pronto daba algunas señales de vida era para fallar con mayor estruendo. En los últimos días Jaim había bordeado la muerte, no trayéndola hacia él sino pensando en que algún día se tendría que morir y ya no estaba para morir en cualquier parte, al azar de chacales y bárbaros, sino en un sitio donde pudieran rezar por él y guardarle alguna memoria. Así que miraba el techo e imaginaba gente y ciudades, caminos y ríos. Y descansaba aceptando que ya podía morir con dignidad. Pero cuando se presentó Mínde, el día había sido muy caluroso, ella no le permitió irse sino que le dijo que cerrara y se quedaran adentro. Y él obedeció.

—¿Apago las luces? —preguntó Jaim. Supuso que en

la oscuridad podría hablar sin nada que se interpusiera. “Porque la oscuridad te da seguridad, allí todos somos un fantasma”, le había dicho Jaim a mi padre.

—No, quiero verte —le dijo Míndeles sentándose en las piernas de mi tío. “Quiero que me acaricies”.

—Este no es lugar correcto —dijo Jaim y miró hacia la vitrina. Supuso que alguien podría verlos porque esa parte de la librería nunca la cerraba por si había gente que paseara de noche y quizá se interesara en algo o al menos se divirtiera mirando. Pero desde la vitrina no se veía el sitio donde estaba mi tío con Míndeles.

—Quiero sentir tus manos para sentir que tengo cuerpo —dijo Míndeles y acarició la cara de mi tío. La mano olía a perfume delicado.

—Será muy triste cuando terminemos —dijo Jaim y agregó: “podrían oírnos desde la calle”.

—Sólo se escuchará la Marcha Radetzky. —Míndeles se subió la falda y tomó una mano de Jaim para ponerla encima de los muslos blancos.

—Estás tibia —dijo Jaim con voz sorda.

—Soy un sol de invierno y tú puedes convertirme en un sol de junio. —Míndeles acercó su cara y le dio un beso a Jaim. Luego le mordió los labios.

—No quiero hacerlo aquí —dijo mi tío y apretó los muslos y el estómago de Míndeles. Sobre la piel de ella aparecieron unas suaves manchas rosadas.

—Pon un disco de Will Glahe, quiero viajar y tener fiebre. Míndele sonrió. Abrió un poco más las piernas para que las manos de mi tío se movieran más libres.

—Vamos a un hotel —propuso Jaim. En el vidrio de un estante se vio cargando a Míndele. La mujer tenía unas nalgas grandes.

—Será lo mismo aquí o allá. Sólo quiero que me acaricies para saber si tengo cuerpo. —Míndele puso un dedo en la bragueta de Jaim y lo movió de derecha a izquierda, negando.

—Pero es cruel lo que quieres que haga. —Jaim se movió y soltó los muslos de la mujer.

—Todo es cruel, que tú y yo existamos, que te busque y no estés. —La voz de Míndele sonó casi como una canción.

—Estoy aquí. Sólo quiero que vayamos a un hotel.

—Tú no estás aquí, querido, siempre andas en alguno de tus países imaginarios, en cualquier cueva, jugando con puñales chinos o atravesando el aire en un globo.

—Entonces, si no estoy, ¿cómo quieres que te acaricie? —Jaim le pidió a Míndele que se hiciera a un lado. “Se me ha dormido una pierna”. Ella se puso de pie pero siguió con la falda levantada.

—Busca un disco de Will Glahe, quizá así te tranquilices. —Míndele se veía muy joven con la falda hasta la cintura.

—Estoy tranquilo —dijo Jaim—. Pero no estaba tranquilo sino perdido. Esto se lo dijo tres veces a mi padre para que

supiera cómo se sentía, así que lo que hubiera pasado no podía servir para una acusación.

—Eres un mentiroso delicioso. Te ves muy lindo mintiendo. —La falda cayó y Míndeles comenzó a abrirse la camisa. “Busca el disco de Will Glahe”.

—Ya no hay discos de Will Glahe, cantaba antes de la guerra —murmuró mi tío. Frente a él estaba Míndeles semidesnuda y olía a jabón de leche.

—Siempre estamos antes de la guerra —sonrió Míndeles y se acercó al tío.

Jaim no quiso contarle más a mi padre porque notó que se estaba escandalizando o porque ahí terminaba toda la historia.

—¿Seguro que no pasó nada más? —preguntó mi padre que mientras hablaba con Jaim no había parado de dibujar tornillos y líneas que se cortaban entre sí.

—Terminamos llorando —respondió Jaim. “Y yo me fui a casa a mirar al techo y no vi nada”.

—Yo tengo discos de Will Glahe —dijo mi padre y rompió la hoja donde había hecho los dibujos.

36.

POR LOS DÍAS EN QUE MÍNDELE LE PIDIÓ A JAIM que la acariciara, que fueron de mucho calor y días muy azules (lo que hizo decir a Zoila que se avecinaba un temblor de tierra), a mi tío le contaron en la sinagoga que Samuel Barcas había regresado. Y no se lo dijeron con veneno sino de manera inocente, ya que como eran tan pocos los sefardíes de la comunidad dar cuenta de alguno siempre era importante. Y Jaim lo calló por una semana pero al fin nos lo vino a contar. Lo hizo para que mi padre recuperara lo que había hecho, como dijo, aunque en verdad lo que necesitaba era que la relación entre él y mi padre cambiara de rumbo pues desde la conversación sobre Míndele, Jaim sentía que mi padre lo miraba mal, que aunque sonriera lo acusaba y casi le pedía que desapareciera.

—Si tiene honor, vendrá hasta acá —dijo mi padre—. Aunque el honor se ha vuelto pieza rara, como los diamantes negros. —Estas últimas palabras taladraron los oídos de Jaim y pusieron en guardia a mi madre.

—Quizá traiga el dinero por el que vendió los planos —dijo Marta.

—No sabemos si los vendió, los perdió o se los comió —dijo mi padre y ordenó que no se hablara más del asunto.

—Pero... —intervino mi madre.

—Esa máquina de hacer pan no sirve, Reuvén Toledo tenía razón. Las hay más modernas y precisas —dijo mi padre y pidió más ensalada.

—Ahora la máquina que sí funciona es la de hacer tornillos. Sólo necesita de unos ajustes.

—¿Y seremos famosos? —preguntó Joaquín.

—Seremos útiles —dijo Victoria y mi padre le apretó cariñosamente la nariz. Lo hacía cada vez que mi hermana salía con algo que tenía mucho sentido para él.

Sin embargo, mi padre le pidió a Jaim que lo acompañara a buscar a Barcas para hablar con él y saber qué había sucedido. Y lo buscaron por todos los sitios conocidos, pero el hombre no apareció. Y en esta búsqueda mi padre fue toda una semana a la sinagoga, lo que hizo pensar al rabino y a los asistentes que al fin se había convertido y se había dado cuenta de que la herejía sólo conducía a que D-s se olvidara de uno, cosa que mi padre admitió para no crear controversias (su principio siempre fue: si los demás lo dicen, que lo crean) aunque cuando rezaba miraba a todos lados para ver si Barcas aparecía. Y en verdad no rezaba sino que mezclaba palabras en hebreo con los posibles sitios en los que pudiera estar el hombre que se había llevado los planos. Y aunque esta mezcla a veces daba resultado, de hecho la máquina de hacer tornillos la concibió rezando, en el caso de Barcas fue

un fracaso. Y también para Jaim que miró muchas veces el techo sin lograr que se le ocurriera nada.

—Nos estamos volviendo viejos —dijo mi tío.

—Me estaré volviendo viejo yo. Tú, por lo visto, te has convertido en algo que no sé qué palabra tenga —dijo mi padre.

—Te juro que terminamos llorando —dijo Jaim y puso el libro de rezos en las manos de mi padre. El rabino lo había llamado para subir a la Bimá.

Pero D-s hace los planos y nosotros los recorremos. Y Barcas fue a la clausura del Shabat y se encontró con los ojos de mi padre. Y antes de que se pudiera hacer nada, el hombre desapareció. Y así pasó varias veces desde ese sábado. Barcas entraba, miraba a mi padre y desaparecía. Quizá se escondiera en la *mikve*³² o en el pequeño jardín donde estaba la fuente de agua o en la cocina de la sinagoga. Nunca se supo bien. Hasta que al fin el hombre dio la cara y juró que había perdido los planos. Estaba flaco y tenía los ojos muy hundidos. Se notaba que no le iba bien.

—Si no es así, que me dé un ataque al corazón —dijo.

—Tu corazón es de trapo —dijo Jaim—. Los asistentes a la sinagoga habían hecho un corrillo y las palabras del rabino, que llamaba al rezo, se espantaban como mariposas frente a las manos de un niño.

32 Sitio donde se toman baños rituales.

—Si él jura que los perdió, es porque fue así —dijo mi padre. Y se acomodó mejor el talit y la quipá, que se le habían torcido.

—Amén —dijeron dos viejos y volvieron la cara hacia el rabino. Éste comenzó a cantar.

Por Jaim reafirmamos que mi padre no estuvo nunca en el plan de hacerle un reclamo a Barcas. Lo único que quería era mirarlo a los ojos y cuando esto pasó, mi padre se asustó. Barcas tenía los ojos de los que están a punto de ahorcar, tremendamente tristes.

Mi padre regresó a sus idas esporádicas a la sinagoga y cuando se encontraba con Barcas, lo miraba esconderse. “No es bueno encontrarse con él”, dijo mi padre y nos dio a entender que el hombre que se había llevado los planos sufría mucho cuando él lo miraba. Y fue raro que mi madre no dijera nada. Y cuando se lo contamos a Pinjas, este dijo: “Por eso sólo existe el futuro. Lo demás es un dolor”.

37.

SAMUEL ECHEVERRI ERA UN HOMBRE de una buena cultura. Se notaba que había leído bastante y que le gustaban el arte y la arquitectura, pero lo que más se destacaba en él era su afán permanente de saber cosas nuevas. Y no sólo de ingeniería o de sus gustos personales sino sobre música, los judíos, la comida, el origen de las porcelanas que mi madre tenía en la vitrina del comedor, los viejos libros en hebreo, todo. A mi madre le agradaba mucho cuando él venía a casa y se ponía a trabajar con mi padre en la máquina de hacer tornillos. Siempre llegaba con una bolsa donde había algo para nosotros: confites, tortas, muñecos de madera. Y si bien era tímido, nunca saludó de beso sino extendiendo una mano gruesa y velluda, cuando tenía la oportunidad lucía un sentido del humor muy fino. Exageraba, se reía, hacía comparaciones, actuaba. Sin embargo era muy decente y elegante en el trato (lo que evidenciaba una buena educación) y hablaba un castellano muy puro e incluso viejo. Sobre este último, que abundaba en arcaísmos, mi madre dijo: “parece hablando ladino”.

—Cuando me vaya a casar, mi marido será como el señor Echeverri —dijo Victoria. Mi hermana se ponía muy contenta cuando venía Samuel Echeverri a casa porque con él podía hablar de muchas cosas y el hombre no se

molestaba con que le hicieran preguntas o se hicieran a su lado para verlo trabajar.

Por los días en que la máquina de hacer tornillos llegó a su fin, funcionando como debía y sin dar desperdicios de metal, el negocio de las tortas caseras se había vuelto próspero (lo que hizo pensar en sacarlo de casa) y el embarazo de mi madre se notaba mucho. Se había puesto gorda y tenía las piernas hinchadas.

—Debe cuidarse, a su edad los embarazos no son fáciles —dijo Samuel. Ese día nos había traído arepas de chócolo y, como eran dulces y tenían queso encima, nos las comimos de inmediato.

—No me estará diciendo vieja —se burló mi madre—. Ella nunca pudo tutear a Samuel Echeverri porque el hombre le infundía mucho respeto y además, debido al bigote blanco y a la nariz curva, le recordaba sus tiempos de Salónica. Mi madre, como el abuelo, se bastaba con pocos detalles para construir un mundo.

—No se le ocurra pensar eso. Usted es todavía muy bella. Sólo que ha tenido muchos hijos y...

—Y ya estoy acabada —se rió mi madre. Cuando hablaba con Samuel Echeverri se relajaba y ni siquiera la ofuscaban las impertinencias de Victoria—. Entre otras cosas, lo invito este fin de semana a cenar. Venga con su familia, debe ser maravillosa.

—Vendré solo, no vivo con mi familia. —Esta fue la única vez que vimos una cara sombría en Samuel. Su cara rosada y pecosa se alargó y los ojos miraron a otra parte. Pero de inmediato se recuperó—: ¿Y cómo hay que venir, elegante o...?.

Por mi padre, que había intimado mucho con él, supimos que Samuel Echeverri vivía con unas hermanas. Y que se había separado de su mujer hacía ya cuatro años por cuestiones de alcohol. El hombre se había entregado a la bebida hasta que lo perdió todo y, cuando ya estuvo casi en la calle, las hermanas lo recuperaron llevándoselo primero a una finca, donde se volvió un gran lector, y después recuperándole el trabajo en la fábrica textil. Como eran accionistas importantes, no les fue difícil.

—Y no volverás a beber —le dijeron las hermanas.

—Ya el corazón no me duele —dijo él.

Samuel Echeverri vivía en una casa en el barrio Villanueva, demasiado grande para él y sus hermanas. Pero allí habían vivido ellas siempre y no se molestaban en vivir en un espacio tan grande, donde hacían su vida entre canarios y gatos. Cuando fui con mi padre a esa casa, llevábamos unos libros que Jaim le había importado, me pareció que entrábamos en un palacio. Tantas macetas sembradas en los corredores, tantos cuadros en las paredes, tantas vitrinas con vajillas fi-

nas en el interior, tantos muebles de distintos estilos. Allí había mucha historia reunida y, a la vez, mucha soledad, porque a las hermanas apenas si las vimos y fue una mujer negra la que nos atendió. Lucía un delantal blanco y tenía las uñas de los dedos de la mano recortadas con cuidado. Allí había demasiado orden en cada objeto y persona.

—Pronto se acabarán estas casas, no hay cómo mantenerlas. Se necesitan muchas mujeres del servicio y no tiene sentido que algo tan grande se mantenga tan solo —dijo Samuel. Un par de gatos nos miraban desde una silla.

—Pero es una casa muy bella —dijo mi padre, que estaba fascinado con lo que veía. Y sobre todo con el patio donde abundaban las bifloras.

—Y muy silenciosa —acotó Samuel.

—Como las calles del barrio —dije yo.

—Como los árboles, como las escaleras. Aquí ya quedamos los últimos. Luego vendrán otros que no entenderán lo que hicimos y lo destruirán todo. —Pero esto que dijo Samuel no lo dijo con pesadumbre ni odio. Simplemente lo soltó como si hubiera abierto la puerta de una jaula para que saliera un canario y se perdiera en el cielo. Los gatos nos seguían mirando.

Cuando la máquina de hacer tornillos estuvo lista, la llevaron a la fábrica y allí comenzó a funcionar. Y a ese lugar fue el tío abuelo Pinjas para verla.

—Ya te puedes olvidar de ella, vendrán otras máquinas —le dijo a mi padre—. Y, acercándose a Samuel Echeverri, invitó al hombre a cenar esa noche. Los dos se habían vuelto muy amigos y, contaba mi padre, se pasaban horas enteras hablando de todo lo que podría pasar. Los dos construían un futuro y de inmediato lo desarmaban para hacer otro. De esta manera cuando terminaban de conversar no habían hecho nada y seguían libres.

LAS DOS HERMANAS DE SAMUEL ECHEVERRI, vestidas muy elegantes para ser fin de semana, pasaron por casa un domingo en la tarde, casi en la noche. El día había sido lluvioso y nosotros, esta vez sí todos, habíamos almorzado con el tío abuelo Pinjas en el restaurante del hotel. Pero habíamos regresado temprano porque Pinjas dijo “ya es suficiente, estoy cansado” (y en verdad que no estaba bien porque eructó mucho), así que cuando las mujeres se hicieron presentes mis hermanos menores estaban dormidos y en la casa flotaba el silencio. Sólo en la cocina, mi madre y Zoila hablaban de los eructos de Pinjas.

—Quién sabe qué se comió anoche, debe estar loca —dijo Zoila. Esa tarde había hablado con la mujer india y ésta le había contado que Mínde le había dicho a Reuvén Toledo: “Nunca estuvimos casados, es mejor que te vayas”. Y Reuvén había hecho la maleta y se había ido. “Ahora sí no nacimos nunca los dos”, fueron las palabras de Mínde cuando sintió que él cerró la puerta. Y mientras estaban en esta conversación, sonó el timbre y mi madre salió a abrir y vio a las dos mujeres que le sonrieron, le entregaron una canasta con frutas, “son de la finca”, dijeron y se quedaron paradas en la puerta, sin querer entrar (como les pidió mi

madre), para decir al final: “Muchas gracias”. Y dieron la vuelta para regresar a un carro Pontiac azul claro que las estaba esperando. Eso fue todo, pero desde ese momento lo que se presagiaba como días de Egipto y de Babilonia comenzó a borrarse, primero en mi madre y después en nosotros, quizá porque Míndele había dicho que no había nacido nunca o porque los diablos eran atajados por el tío abuelo Pinjas y por Samuel Echeverri, como argumentó Victoria diciendo que los debíamos imitar: “Para ellos las cosas llegan de improviso, sin definir las, sin saber en qué dirección vienen. De esta manera siempre son desconocidas y nuevas, lo que permite entenderlas como se quiera, o no entenderlas porque no hay ningún compromiso con ellas”. Entendimos poco el argumento de mi hermana y mejor miramos las frutas que estaban en la canasta que nos habían traído: eran naranjas y limones, mangos y madroños. Y estaban recién cortados.

Pero pasó algo más importante ese día, de lo que Zoila no supo nada y sólo Rivka vino a enterarse en la noche: Míndele se había encontrado en un parque cercano al centro con la amante de Reuvén Toledo y no se habían echado nada en cara sino que se miraron y terminaron tomadas de la mano, sentadas en una banca.

—Yo quiero mucho a tu marido —dijo la amiga de Reuvén.

—Debe ser lindo saber que hoy no tiene miedo —había dicho Mínde.

—Pero es tu marido —reafirmó la mujer y apretó la mano de Mínde.

—¿Cuántos días hace que me sigues?

—Un mes entero. Quería saber cómo eras, qué hacías.

—¿Y qué vas a hacer con él?

—Lo voy a querer.

—No abuses de tus sueños —dijo Mínde—. Los crías y después te duelen como un parto que no pare nada.

—Yo no sueño —le había respondido la mujer. “Una mujer muy bella”, le reafirmó Mínde a Rivka.

Luego de esta conversación las dos mujeres caminaron por el parque hasta que la gente que había ido a misa de once salió y llenó el atrio y después el sitio donde siempre había retreta los domingos. Mínde se quedó a escuchar la música y la amiga de Reuvén Toledo se despidió varias veces. “Iba como una niña a la que le han dado el regalo que ella misma tenía escondido”, le dijo Mínde a Rivka.

—Pero es terrible lo que me cuentas —murmuró Rivka.

—Porque siempre usas palabras tan macabras —se burló Mínde.

—Porque hablaste con la amante de tu marido.

—No, hablé con la mujer que lo quiere a él.

Dos días después, Míndele le diría a Victoria que mientras hablaba con la amiga de Reuvén la imagen del tío Jaim se había ido acercando, pero que no la pudo tocar porque un vidrio enorme la separaba de él. “Estaba exhibido, pero era domingo y los almacenes están cerrados”.

—Si esto se sabe vas a matar a mi mamá y a Rivka.

—Dirán que tengo fiebre.

—Yo no diré nada —dijo Victoria.

—Lo debes decir cuando Jaim y yo seamos pájaros.

39.

—YA ESTOY VIEJO —VOLVIÓ A DECIRLE JAIM A MI PADRE—
Tengo el corazón seco.

—Entonces pronto te habrás de morir —le contestó mi padre mirando las piezas de un reloj que había desarmado.

—Es posible, abriré la ventana y me dejaré caer.

—No querrás matarte —dijo alarmado mi padre y algunas piezas del reloj se regaron por encima de la mesa. El reloj era viejo y amarillo, con algunas piezas rojizas.

—No, caeré sobre Barcas y él me servirá de colchón —intentó burlarse Jaim. Pero realmente estaba cansado. El tío no estaba bien, se le notaba en los silencios que asumía en la mesa, en que no ponía atención a las conversaciones y a veces hasta se quedaba dormido por momentos, lo que a Marta y a Joaquín les producía risa porque Jaim, cuando se dormía, abría la boca y producía un ruido sordo, como si el interior de sus entrañas fuera una carretera lejana repleta de autos y camiones.

—Creo que he perdido una pieza del reloj —dijo mi padre buscando sobre sus pantalones lo que posiblemente le faltaba.

—Tal vez si no hubiera relojes el mundo sería distinto, como entre las tribus del desierto. Allí miden el tiempo con

los ojos —dijo Jaim y se tiró un poco hacia atrás. Estaba un poco gordo y las manos se le habían arrugado en los dedos.

—Quizá un viaje te haría bien. Dile a tu madre que necesitas dinero para ir a Tánger. —Era la primera vez que mi padre mencionaba a la abuela en una conversación con mi tío.

—¿Y por qué a Tánger? Me gustaría más irme al Amazonas.

—Allí te acabarían los mosquitos. —Mi padre encontró la pieza que estaba buscando. Estaba sobre su zapato.

—Eso es lo que quiero —dijo Jaim y se puso de pie—. Y quizá se habría ido o se hubiera asomado a la ventana que daba al patio. Le gustaba mirar el árbol de limones y la pequeña huerta que habían sembrado mi madre y Zoila, en la que abundaban las hierbas aromáticas. Él decía que era un patio muy judío. Pero ni se fue ni se asomó a la ventana que daba al patio sino que miró a mi madre que entraba con una carta en la mano.

—Es del hermano de Reuvén Toledo. Dice que su hermana se está muriendo.

—Entonces ya se pudo haber muerto, esa carta debió de haber sido escrita hace 15 días —dijo Jaim.

—Aquí dice que la enfermedad que tenía en las piernas se le fue al estómago y luego a la garganta. Los hongos son terribles. Debes decirle a tu amigo que su hermana se está

muriendo —terminó por decir mi madre. Mi padre detuvo su tarea de armar el reloj y se encogió de hombros.

—El problema es saber dónde está.

Pero en la sinagoga lo sabían, así que mi padre fue hasta Reuvén Toledo para decirle que su hermana se estaba muriendo, que quizás ya estaba muerta. Y el hombre no se inmutó.

—Todos nos estamos muriendo —dijo. Vivía en el apartamento de su amiga y allí se veía que lo cuidaban bien. Para cuando llegó mi padre, el hombre vestía un albornoz rojo y unas zapatillas de seda. Estaba muy bien peinado y afeitado y olía a loción fina. Parecía un artista de película.

—Pero es tu hermana —dijo mi padre mirándolo a los ojos.

—Ya me visitará en sueños y le daré un abrazo. No tengo con qué ir a ninguna parte. Tengo qué comer, cómo vestir bien y fumar cigarrillos rubios, pero ni un centavo en el bolsillo. —La voz del hombre sonaba como si saliera de un gramófono oxidado.

—Pero al menos podrías escribir una carta. Yo te la envío.

Pero Reuvén Toledo no quiso escribir ni una palabra ni decir ninguna palabra más. Se retiró, y mi padre, solo en ese recibo, se dio cuenta de que su amigo era un objeto más en

ese apartamento. Que seguro la mujer le había puesto como condición que él sería sólo una cosa y Reuvén lo había aceptado. Un canario fino en una buena jaula. Salió entonces y, en un bar cercano escribió al hermano de Reuvén. La carta, nos dijo, fue corta. Y la envió por correo especial. Un mes después la recibiría de nuevo porque la dirección no existía.

—Debe de haber muerto —dijo mi padre.

—O se han ido a otro sitio —dijo Victoria—. En el hotel, el tío abuelo tuvo la misma premonición. —Se han ido a otro sitio. Yo también me iré pronto, dijo Pinjas. Mi madre lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cambiarás de hotel?

—Rosa, mi pequeña rosa —fue la respuesta—. El vestido de flores que tenía mi madre, que le daba al embarazo una sensación de frescura, le dio también un tono especial a las palabras de Pinjas. Funcionaron muy precisas, como el reloj que había armado mi padre.

40.

A MI MADRE LA IMPRESIONÓ MUCHO QUE LOS HONGOS estuvieran devorando a la hermana de Reuvén Toledo. Y no sólo se imaginó qué pasaba sino que averiguó con el doctor Schmulson cómo era la muerte de alguien que estaba invadido por los hongos. Y la respuesta fue tan confusa para ella que mejor aceptó la versión que le dio Zoila. La mujer del servicio le contó que había visto morir a alguien así: “Se duermen y al final se mueren. No se dan cuenta de nada”.

—¿Y qué será del hermano? —preguntó mi hermana Marta.

—Se esconderá en su sombrero gitano —dijo Joaquín.

—Y volará como los duendes de los cuentos —acotó Miriam, que ya decía algunas cosas—. Claro que no lo dijo así de claro sino que nos dio a entender que un hombre de sombrero grande tendría que volar. Y eso de que volara y nosotros lo imagináramos volando, dio punto final a la hermana de Reuvén Toledo y su hermano en las conversaciones de nuestra mesa. Los vimos atravesar el horizonte, irse y desaparecer. Y como por esos días llovía mucho, convertirse en agua.

Lo que sí dio mucho que hablar fue la carta de mi tía Lía. El cartero la trajo en medio de un gran aguacero y Zoila

creyó que era un paquete para mi padre, quizá una revista, así de grande era. En esa carta, escrita con letra grande y firme y abundante en notas, o sea que la tía la había escrito y releído varias veces, ella nos hablaba del amor y de Londres. Y si bien al principio mi madre se burló de lo que le oía leer a mi padre, al fin quedó atrapada por lo que decía la carta y luego pidió leerla de nuevo pero sólo para ella. Mi tía Lía, en más de diez páginas, decía que finalmente estaba viva. Y no porque quisiera a alguien ni se sintiera querida (cosa que alarmó a mi madre porque Lía también decía que estaba casada), sino porque ya estaba tranquila y podía caminar sin sentir que vivía en Londres sino donde ella quería. “Ya no tengo miedo”, escribía y colocaba una nota, “así que todos los días son bellos”.

De acuerdo con la carta, que debió ser muy cierta porque la letra era linda, Lía se había casado con un hombre que coleccionaba jarros y se entretenía tanto en ello que no reparaba que mi tía estuviera a su lado. “Entonces soy libre y salgo a un café o me voy a la cocina. Y mientras él revisa su colección, yo invento lo que quiero. Nunca me hace un reclamo. Yo tampoco. Y ustedes dirán, es terrible vivir así, sin ser percibida. Es una enorme soledad. Pero no, no estoy sola. Sólo estoy en silencio. Las palabras son las que atormentan”.

—Tu hermana se enloqueció —dijo mi madre.

—No creo —dijo Jaim—. Las palabras son las que nos atormentan. Si todos viviéramos en silencio, haciendo cada uno sus cosas, la vida sería linda.

—¡Tú también estás loco! —volteó a decir Rivka.

—La tía es linda. Me la imagino haciendo pasteles de manzana en la cocina, cantando y bailando —dijo Victoria.

—O montando en su bicicleta y yendo por la orilla del río —dijo Marta—. Y todo eso que se dijo de Lía hizo que estuviera de nuevo presente entre nosotros, con sus trajes elegantes y sus manos bien cuidadas, siempre preocupada porque todo fuera bello a nuestro alrededor. Muchos de los floreros y frascos, platos decorados y jarras nos los había traído ella de regalo. “Necesito que haya color en esta casa”, decía y colocaba en algún sitio lo que había traído. Luego pedía agua para las flores, porque siempre que vino a casa trajo flores.

Con la carta de Lía, que mi madre releyó y Victoria copió para llevarle una versión a Míndele, tuvimos en casa otra versión de amor. El amor era el silencio y las caminatas, ver cosas lindas y no saber dónde se estaba.

—Me gustaría conocer a tu hermana —le dijo el tío abuelo Pinjas a mi padre—. Es la mujer que me haría feliz con sólo verla.

—Puedes escribirle.

—No, me gustaría sólo verla y seguirla.

—Volverías al pasado y tú eres un hombre de futuro
—dijo mi padre y el tío abuelo sonrió.

—He dicho que me gustaría conocerla.

Luego Victoria le dijo a mi madre: “Míndele quiere oler la carta original, tocarla. Se ha emocionado mucho con la copia que le di. Se la sabe de memoria”.

—Dile que venga y la lea aquí —dijo mi madre. Y no le dio importancia a que mi hermana hubiera hecho una copia. La carta era tan linda y estaba tan bien escrita que no bastaba con leerla sino que había que tocarla y olerla. Mi madre ya lo había hecho.

Después de la carta de Lía mi padre buscó relojes para desarmar y rearmar de nuevo. Samuel Echeverri le proveyó de unos muy complicados y finos.

—Ahí no encontrarás lo que buscas.

—No importa —dijo mi padre.

41.

MÍNDELE LE DIJO A JAIM: “TE AMARÉ EN SILENCIO”. Y mi tío, que a todo el mundo le decía que se sentía viejo, le dijo a Míndele: “Un día se acabará ese amor”.

—No se acabará, así como los diamantes no se acaban. Y sabes qué tiene de lindo el amor en silencio, que no dañará a nadie. Ni siquiera a nosotros.

—Ya no estoy para estas cosas —murmuró Jaim y abrió un libro sobre flores que tenía unas grandes fotografías.

—Me estás imaginando. Soy una de esas flores.

—Sí, eres una de estas flores.

—Y soy el color que tienen.

—Creo que sí.

—Y entonces tú me besas y te vas porque estás en Nueva York y vas a tomar el tren. Tienes prisa.

—No tengo prisa, sólo estoy cansado.

—Pero me abrazas.

—Sí, te abrazo.

—Y mientras me abrazas sabes que has perdido el tren y no te importa.

—Es cierto, pero de todas maneras tomo calle abajo y me voy.

—Yo te sigo, gritando que me des otro beso.

—La gente se va a alarmar, creerán que te he quitado algo.

—No se alarmarán. En Nueva York nadie se alarma.

—Hay demasiado ruido, es cierto —dijo Jaim y sonrió. Las palabras de Míndele lo habían puesto a imaginar e incluso se veía de gabán y de sombrero, en medio de luces azules y verdes. “Gracias”, terminó por decir.

—Eres un machista, otro hombre se habría detenido —se burló Míndele.

Y de esa manera llegó el amor de Míndele por Jaim a nuestra mesa. En silencio. Mi madre sabía que ella lo amaba; mi padre también. Nosotros entendíamos que había algo. Rivka también lo entendió y quiso decir algo, pero al final se detuvo. “Si hay palabras, los diablos se crían en ellas”, le dijo a mi madre. Y entonces los demonios que esperábamos que destruirían nuestra casa no aparecieron. Y si bien al comienzo hubo tensión, porque cómo aceptar que Míndele y Jaim se quisieran delante de nosotros, al final todo quedó en la nada. Al tío abuelo le gusto mucho esta situación: “De esa manera nadie sabe qué sucede”.

—Todos sabemos qué pasa —dijo mi madre.

—No saben, lo imaginan. No hay palabras, rosa, mi pequeña rosa.

—Pero Rivka sufre con esto.

—Dile que silencie las palabras que se le ocurren.

—Eso es imposible.

—No lo es. Yo he silenciado todas las palabras que podrían hacerme sufrir.

—Vivo entre locos —dijo mi madre.

—Dale gracias a D-s por ello.

—Pero tú no crees en D-s —dijo Victoria que había acompañado a mi madre. Desde la carta de mi tía Lía, las relaciones entre mi hermana y mi madre se habían estrechado. Supongo que las dos silenciaban muchas palabras.

—Nunca he dicho que existe o no existe —dijo Pinjas y acarició la flor que llevaba en el ojal.

—¿Y tú qué crees?

—Que existe y no existe. Esa es su grandeza.

El embarazo había puesto a caminar lento a mi madre. Y si bien le faltaban meses para que naciera mi hermano, se veía muy gorda. Y al lado de ella, Victoria parecía una vara encerada con el pelo como una escoba. Pero así las veían por todas partes. Y donde las encontraban les pedían tortas porque verlas a las dos era pensar en tortas de naranja y vainilla, chocolate y almendras.

—Sería bueno montar el negocio en otra parte —dijo Rivka.

—No estoy para manejar negocios. Mi familia es suficiente.

—Lo podría manejar Zoila. Mira cómo lo hace de bien Blanca con los botones.

—Si Zoila sale de mi casa yo me voy con ella —dijo mi madre.

—Pero no están dando abasto con los pedidos.

—No daremos abasto —dijo mi madre y ahí paró la conversación—. Estaba claro que las tortas seguirían siendo caseras y que los que quisieran comerlas debían esperar. En las cartas que mi madre le escribió a la abuela nunca le contó que estaba haciendo tortas. Si lo hubiera hecho, habría sido como colocar una bomba en la imagen que mi abuela tenía de mi padre. No sólo lo vería trabajando en cosas sin sentido sino esclavizándonos a nosotros para seguir con sus invenciones. Lo de las tortas, entonces, fue un silencio.

—¿Y tu marido, cómo va? —le preguntó a Rivka. La mujer se sonrojó—. ¿Te ha dicho que te ves linda con tus nuevas pijamas? Rivka puso cara de niña descubierta en algo que hacía al escondido.

LA NOTICIA DE QUE RIVKA ESTABA EN EMBARAZO nos la dio el doctor Schmulson. La mujer de Jaim no había querido decir nada porque sintió miedo. Supuso que mi tío consideraría cumplido su deber y entonces ya no habría silencio sino muchas palabras y con ellas dolor. Míndele flotaba en el aire, se sentía. Pero cuando Jaim lo supo, estábamos en un restaurante a donde nos había invitado la viuda, así que ahí también estaba Pinjas, mi tío detuvo lo que estaba comiendo y comenzó a llorar. Luego abrazó a su mujer y nos dijo: “Ya no soy viejo”. Y cuando dijo esto, la mujer del doctor Schmulson, que siempre miraba a mi tío como a una peste, se llevó la mano al corazón y comenzó a llorar también.

—Te amo, Jaim —casi chilló.

—¿Lo amas? —dijimos los chicos en coro.

—Bueno, al menos mi mujer ama a alguien —dijo el doctor Schmulson y partió el pedazo de carne que quería comer. Antes se lo había llevado a la boca y lo notó muy grande.

—Yo también lo amo—dijo Victoria.

—Yo también —acotó Míndele y se puso de pie. Le dio un beso a mi tío. Rivka colocó la cabeza en el hombro de mi

madre y dijo: “creo que seré feliz”.

—Cree, no más —dijo Pinjas. Ese día no tenía una flor en el ojal sino una pequeña piedra negra. Según él, la había encontrado en la calle y le gustó.

—¿No será algo de la guerra? —le preguntó Victoria, burlona.

—No sé de qué guerra hablas, querida. Nunca ha habido guerra.

Así que a mi tío lo amaron ese día todas las mujeres y ése era el amor que le gustaba a mi madre, que todas se levantaran y pusieran el corazón frente a un hombre que había embarazado a su mujer. Y que ese hombre llorara. Esto sí lo escribiría a la abuela sabiendo que ella se burlaría de nosotros y nuestra vida siempre con tan pequeñas esperanzas. Claro que las hermanas de mi madre, cuando le escribían, decían que la abuela releía las cartas y al final exclamaba: “No sé qué pasará con esa familia, ojalá y yo no les falte algún día”. Era su manera de decir que nos quería.

—¿Debo seguir usando las pijamas? —le preguntó Rivka a mi madre.

—Hasta que ya no te sirvan —dijo mi madre.

—Me las podrías regalar a mí —dijo Victoria.

—No oigas lo que no debes —dijo mi madre, pero en sus ojos no hubo sino un brillo alegre. Cuando casara a mi hermana, como decía, todos los días serían azules y el

trigo de oro. Y en reuniones como ésta, donde se hablaba de embarazos y de hombres que eran amados, imaginaba que estaba casando a Victoria.

En esa reunión, también, el tío abuelo Pinjas anunció que se marchaba en una semana. Y pidió que nadie lo despidiera y que no recordáramos que él había estado entre nosotros.

—Pero es imposible, te estamos viendo y necesariamente, si no estás, te recordaremos —dijo Victoria.

—Puedo ser una alucinación, algo que ustedes crearon cuando salían a la calle.

—Nosotros también podríamos ser una alucinación tuya, así que ni tú ni nosotros existimos. —Victoria no era fácil de vencer.

—¿Estás enfermo? —preguntó mi madre.

—Por el contrario, me siento muy bien. Sólo que necesito irme a otra ciudad para ver otras caras. Si no me muevo mis huesos se partirán. —Pinjas habló como si formara parte de un teatro.

—Pero al menos danos una dirección. Quizá allí te llegue una carta mía. —Mi madre le jugó una carta al azar.

—Podría dártela, rosa, mi pequeña rosa.

—¿Y de qué vives tú? —preguntó Victoria. El dinero no se te termina. —El tío abuelo sobó la piedra negra.

—Supongo que alguien me lo da. Todos los días encuentro billetes debajo de la puerta.

—Eres un mentiroso —dijo mi hermana Marta.

—Te hiciste rico en la guerra —murmuró Victoria, y el tío abuelo, tomándola por los hombros y mirándola fijamente, preguntó: “¿Cómo puede volverse rico en una guerra? Allí todo es horrible y más el dinero”.

—Pero no se te acaba el dinero —balbució Victoria, que seguía persistiendo en lo de la guerra, aunque había dicho que no lo haría.

—Digamos que por arte de magia —dijo sonriendo el tío abuelo—. Y mi madre no protestó por estas preguntas que hacía mi hermana porque a ella también le daban vueltas en la cabeza. De la guerra se decían muchas cosas, pero más de la gente que había salido viva de ella. Y el tío abuelo la había sobrevivido y, a pesar de que él la evadía, él había estado en la guerra.

—Dime, ¿qué hiciste en la guerra? —Para hacer esta pregunta mi madre se dio mucho valor.

—Pensar en ti, rosa, mi pequeña rosa —dijo Pinjas.

Dos días después Samuel Echeverri se apareció con dos nuevos relojes para que mi padre armara y desarmara.

—Ya no los necesito —dijo mi padre. Ese día le había escrito una carta muy extensa a la tía Lía. Nunca supimos qué decía. Quizá le contara que armaba y desarmaba relojes.

43.

UN DÍA ANTES QUE PINJAS SE MARCHARA, el tío abuelo llamó a mi madre por teléfono y le dijo que necesitaba hablar con ella en el hotel.

—Pero al menos ven a comer este último día a mi casa —le dijo mi madre.

—No puedo, rosa, mi pequeña rosa. Ya no sería encantador para ti. —Lo dijo con palabras muy serias. Entonces mi madre fue al hotel y allí Pinjas le dijo que se iba con Míndele, no como esposa ni compañera sino como alguien que cuida una flor.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque tú le dirás a Jaim que ella lo querrá siempre. Que voy a cuidar el amor que existe entre Míndele y tu hermano. Y porque tú guardarás silencio para que ese amor exista.

—No seré capaz de mirar a Rivka a la cara.

—Ella sabe de ese amor. Ah, ¿querías una dirección? Aquí la tienes. Me puedes escribir ahí. —Era una dirección en Bélgica, en Leuven, en 19 de Brusselsestraat, segundo derecha. O sea que las cartas que escribiera mi madre seguirían cruzando el mar.

—¿Estarás allí?

—No hagas preguntas. Si me quieres escribir, hazlo a esa dirección. Rosa, mi pequeña rosa.

Ese fue el único secreto que guardó mi madre hasta que ya estuvo vieja.

—Siempre le escribí y siempre me contestó. Cuando murió, Míndele me siguió escribiendo. Siempre me dice que es muy feliz contigo, Jaim —dijo mi madre y nos mostró las cartas. No eran muchas, quizá dos o tres por año, pero estaban cuidadosamente empacadas.

Por los días de mi madre ya vieja, mi padre y mi abuela habían muerto y también la viuda. Mis hermanas estaban casadas y mi tío era un hombre gordo que tosía mucho. Pero seguía de buen humor e inventando historias, aunque a veces repetía escenarios o se contradecía. Sin embargo, lo dejábamos hablar y nadie le decía nada para que no se sintiera mal. Temía mucho que le estuviera fallando la memoria. “No me explico cómo Pinjas pudo vivir olvidando todo el tiempo”, nos dijo y mi madre lo miró sonriendo. Era una manera de decirle que estaba equivocado y que Pinjas no olvidaba, sólo que los recuerdos los comprimía y luego, bien aplastados y revueltos, los dejaba escapar para que aparecieran cosas nuevas. Con el tiempo y las pocas cartas, mi madre se había hecho una imagen del tío abuelo que le calentaba el corazón cuando estaba triste o recordaba a mi padre. Si la tristeza era

mucha, llamaba a Zoila para que le hablara de la mujer india. Seguía vendiendo botones y cada noche llamaba a Rivka para hacerle el inventario del día.

—Podrías darme cuentas cada semana.

—Me da miedo, la gente se muere muy fácil.

Jaim había tenido dos hijos con Rivka y la librería la había ampliado tres veces, lo que la hacía una librería importante. Sin embargo, mantenía el mismo escritorio y el mismo lugar de siempre, cerca de la vitrina. Y a veces se quedaba hasta tarde para ver a los que miraban los libros que estaban allí exhibidos. Quizá uno de esos transeúntes fuera Reuvén Toledo. Pero eso nunca pasó. Del marido de Míndele no volvimos a saber nada. Solo quedó de él un dibujo y una frase en el cuaderno de mi padre. La frase decía: “¡se parece a esta tuerca!”. El dibujo era una tuerca con demasiados lados. Cuando la vi, supuse que sería una locura hacer una llave para esa tuerca.

—¿Eres tú feliz con Míndele? —le preguntó Victoria a Jaim—. Mi hermana había cambiado mucho. Se había casado mal y pasaba más tiempo con mi madre que en su casa. De vez en cuando se veía con Samuel Echeverri para conversar y tomar un café con licor. A veces no conversaban sino que se reunían para mirarse.

—No sé, ya está vieja y habla sola —dijo Jaim.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté yo.

—Se está burlando de nosotras —dijo mi madre.

—Y Pinjas, ¿que hizo en la guerra? —preguntó Victoria. Era la primera vez que volvía a hacer la pregunta en años.

—Nada, olvidar cada día que iba pasando —dijo mi madre—. Victoria encendió un cigarrillo. Ella sabía que mi madre había hecho la misma pregunta en las cartas.

—Como hacen las tías, por eso duran tanto —dijo mi hermano menor, José. Era pequeño y medio calvo. Mantenía el bigote muy bien recortado y era el único de la familia que había visitado varias veces a mi tía Lía. “Esa mujer florece”, nos dijo de la última vez que la vio. Ella lo atendió en la cocina. Fue en invierno, cuando Londres es un lugar triste. Claro que en esa cocina fue todo lo contrario. Es bueno decir que José fue el primero de los hermanos que aprendió a bailar bien, contradiciendo de esta manera la teoría de Victoria sobre el músculo rígido. Y el único de la familia que fue cada sábado y en los grandes días a la sinagoga.

Fin.

